



El momento equivocado



CIARA GIANNETTI

@ciaragiannetti_



EL MOMENTO EQUIVOCADO

CIARA GIANNETTI

A ti, por pedirme que nunca deje de luchar por mis sueños.

A mis hermanas, por creer en mí siempre.

A mis padres, por toda la vida.

A mi niño Nico, te echo de menos.

“Mi imaginación me hace humana y me hace ignorante; me da todo un mundo, y hace que me exilie de este”

Úrsula K. Le Guin

1.

¡Vaya faena! Menuda semana ha escogido mi coche para romperse, es imposible pillar un taxi en Madrid a esta hora de la mañana... ¡genial! Llegaré tarde mi primer día de universidad, empiezo con buen pie, sí señor... Supongo que no me queda más remedio que ir en metro, aunque debe estar hasta la bandera. Desde que me he sacado el carnet el metro me parece algo mundano, una gilipollez por mi parte, pero me he acostumbrado a la comodidad de no tener que depender del transporte público. Sin embargo, hoy no tengo otra opción que ir en él hasta la universidad.

Cojo mi bolso, me aseguro de haber cerrado bien la puerta de casa y me dirijo hasta la parada de metro. Efectivamente, tal y cómo suponía, está a tope. Me abro paso entre la gente para intentar llegar a tiempo de pillar el de las ocho y cuarto. Son las ocho y doce, así que corro sorteando a todo el mundo por el pasillo del metro hasta que consigo entrar, justo cuando está sonando el pitido que indica que se van a cerrar las puertas. ¡Esto parece una lata de sardinas! Voy más apretada que en un vestido de tubo de la XS, y para colmo, el señor que está a mi lado parece que ha decidido no ducharse esta mañana ¡buag! Menos mal que siempre llevo un pequeño bote de colonia de nenes en el bolso para ponerme un poco cuando me baje de aquí.

Bueno, un momento; antes de seguir con la historia de mi desastroso día, creo que estoy en la obligación de contarte cómo he llegado hasta aquí...

Me llamo Cloe, tengo dieciocho años, soy rubia de pelo ondulado, un metro sesenta y nueve de estatura, cincuenta y ocho kilos, ojos de color miel, labios finos, nariz pequeña y una piel que se broncea con bastante facilidad; pensarás que soy guapa solo porque soy rubia, ¿verdad? Pues te equivocas,

soy una más del montón. Me encanta pasar tiempo con mis amigas, adoro los batidos, a mi hermano pequeño y a Melendi. Hoy es mi primer día en la facultad de periodismo, aunque, por ahora, eso es todo lo que te puedo contar acerca de mi vida en la actualidad. No obstante, para que me comprendas algo mejor, creo que tendremos que remontarnos hasta hace aproximadamente un año; más concretamente, a mi primer día del último curso en el instituto...

- ¡Chicos! Daos prisa o llegaremos tarde – grita mi madre desde la cocina.

Normalmente por las mañanas no suelo estar del todo despierta hasta pasada la primera hora de clase, así que, con mucha pereza después de tres meses de verano, me he puesto el uniforme del colegio y me he lavado la cara. Hoy he decidido llevar el pelo suelto, aunque no sé por qué lo cuento como si fuera una excepción, ya que la mayoría de los días simplemente lo cepillo y luego lo remuevo un poco para que coja algo de forma. Bajo las escaleras de casa, y cuando entro en la cocina, observo que mi madre nos ha preparado el desayuno; para mí un café con leche y magdalenas, y para mi hermano un chocolate con galletas; por más que me empeño en decirle que no hace falta que nos sirva el desayuno cada día, ella sigue haciéndolo.

Dentro de nueve meses cumpliré los dieciocho años, y si les cuento a mis amigas que mi madre aún me sirve el desayuno, no quiero ni imaginar todo lo que se podrán reír de mí... Mi hermano entra en la cocina algunos minutos después, y ya yo estoy sentada en la mesa cuando lo veo acercarse, con un lado del polo del uniforme por fuera del pantalón y el otro lado por dentro, los botones desabrochados y su pelo rubio tan alborotado que parece que le ha dado el viento nada más levantarse de la cama. Viene estregándose los ojos y bostezando, con la mirada perdida, como si aún estuviera dormido, y la

piel reluciente tras el bronceado del verano. Sé perfectamente que en general es un desastre, pero a estas horas de la mañana comprendo que lleve esas pintas; ni siquiera yo sé cómo he logrado ajustarme la falda del uniforme y dejar las dos medias a la misma altura.

Hoy es un día especial, es mi “último primer día de instituto”. Este año voy a segundo de bachillerato, y si me lo curro bastante, el año que viene a estas alturas seré alumna de periodismo en la Universidad Complutense. Me dará bastante pena tener que separarme de Alex, mi novio. Llevamos saliendo casi dos años y vamos juntos al instituto, pero él quiere estudiar arquitectura, así que ha escogido ciencias en lugar de letras. Estamos en clases separadas, pero nos vemos todos los días, en los recreos, por las mañanas y a la salida del instituto, sin contar con que los fines de semana paso la mayoría de las horas con él, así que, a partir del año que viene no me quedará otro remedio que verle solo los fines.

Al terminar de desayunar, y después de que mi madre le haya recolocado a mi hermano todo el uniforme y el pelo, me lavo los dientes y salimos rumbo al instituto.

- ¡Qué tengáis un buen primer día! - exclama mi madre de lo más contenta al bajarnos del coche en la puerta del instituto, y nos mira con sus penetrantes ojos marrones – Os recogeré a las dos.

Tras haber pasado el momento bochornoso de cada mañana, en el que nos da un beso antes de bajarnos del coche, mi hermano se separa de mí y se va hasta la esquina dónde están sus amigos haciéndose los malotes. Yo me dirijo hasta el muro de la entrada del insti dónde me siento todas las mañanas con las chicas y Alex para esperar a que abran las puertas y subir a clase. Cuando llego, Alex ya está sentado junto a Nora, Daniela, Carlota y Fabio, el novio de esta última, así que los saludo uno a uno y me siento entre las piernas de

Alex, justo en el escalón que hay debajo. Él pasa sus brazos por encima de mis hombros y los deja caer de forma que yo entrelazo mis dedos con los suyos, aunque los míos destacan notablemente porque estoy más morena que él. Aún son las ocho menos cuarto, y hasta las menos cinco no abren la verja verde para que podamos entrar, por tanto, nos ponemos a especular sobre cómo será este nuevo año, las asignaturas que tendremos, los profesores y las notas que debemos sacar para poder entrar cada uno a la carrera universitaria que queremos estudiar. Sin embargo, en lo único que piensa Dani es en la cantidad de fiestas a las que irá cuando esté en la universidad, ¡no tiene remedio! Mis amigas son polos opuestos, no sé ni cómo hemos llegado a unirnos; Daniela es una fiesterera innata, morena de ojos verdes y un cuerpo esbelto que daría envidia a cualquier chica; le encanta divertirse, beber ilegalmente y pasarlo bien, además, es una chica muy atractiva y suele ser el centro de atención en el instituto, sobre todo con los chicos. Pero ella es de las que piensan que no quiere amarrarse a nadie, así que por eso nunca ha tenido novio, solo rollos esporádicos.

Por otro lado, está Nora, la más estudiosa de todas, de pelo castaño liso, pequeñas pequitas sobre su nariz y mejillas, ojos marrones, labios carnosos y tez pálida. Se pasa las horas sentada en su escritorio delante de los libros, y muchas veces incluso no sale porque siempre “tiene que estudiar un poco más”, a pesar de que saca las mejores notas de la clase. Y por último, está Carlota, que al igual que yo, es una chica del montón, estudiamos lo justo y suficiente para conseguir nuestros objetivos, tenemos cada una nuestro novio, una vida tranquila y pasamos desapercibidas. Creo que de las cuatro, ella y yo somos las más parecidas, aunque no físicamente, ya que yo soy rubia y ella es morena con unos ojos marrones casi negros y enormes, pelo rizado, delgada y algunos centímetros más alta que yo.

Somos amigas desde que estábamos en primaria, pero en los últimos tres

años, se han unido a nuestro grupo dos integrantes más; primero fue Fabio, que con su tez morena, su pelo liso y castaño, su cuerpo robusto y sus pestañas infinitas conquistó a Carlota convirtiéndose en una novedad para todo el instituto; y luego llegó Alex, lo que supuso un acontecimiento aún mayor. Esto se debe a que mi novio es el típico chico guapo del insti; moreno, alto, inteligente, fuerte, definido y de ojos de un marón tan claro que parecen casi verdes, con el que todas las chicas se derriten cuando hablan y con el que la gran mayoría se ha enrollado, pero ese es un dato que prefiero obviar. Jamás había tenido una relación duradera, ya que era el mayor picaflor que podía existir, hasta que, un día de buenas a primeras, decidió fijarse en mí, y lo que empezó como un tonto de amigos acabó convirtiéndose en una relación de dos años.

Escucho a los chicos de fondo que no paran de crearse historias sobre lo que harán cuando vayan a la universidad, yo mientras estoy pensando en todo lo que tengo que estudiar este año, qué no es poco. Una de las veces en las que levanto la mirada veo que Jorge, nuestro profesor de Lengua, pasa delante de nosotros y nos da los buenos días con una sonrisa desde primera hora de la mañana. Tengo la sensación de que me mira a mí directamente a los ojos y noto un presentimiento extraño, no sabría explicarlo, pero me he puesto algo nerviosa. En realidad, siempre he tenido una sensación parecida con este profesor; llegó nuevo el año pasado, es un chico bastante joven, y quizá el hecho de que tenga treinta años ha contribuido a que se haya amoldado perfectamente a nosotros, por la “cercanía” de edad. No quiero decir que lo tratemos como un colega, porque eso en nuestro instituto está prohibido, teniendo en cuenta que debemos tratar a los profesores con respeto, pero sí que hemos creado un vínculo especial y cercano con él, ya que es una persona en la que podemos confiar cuando tenemos algún problema. Sin embargo, mi sensación de nerviosismo no se debe a eso, tiene

algo más que ver con su evidente atractivo físico y mi predilección por los tíos sexys; se trata de un hombre de treinta años, moreno de piel, de ojos y pelo negro y liso, una sonrisa increíblemente blanca que conquistaría a cualquiera, y con un cuerpo totalmente definido pero que no llega a ser bruto, simplemente tiene los músculos marcados. Es de esos hombres que al sonreírte te remueve todo de piernas para abajo. ¿Qué chica no se pondría nerviosa hablando con un hombre que es claramente un Dios griego?

Justo cuando Jorge va entrando por la puerta de hierro verde de la entrada suena el timbre del instituto para que vayamos entrando a clase. Nos levantamos de allí, subimos las escaleras de mármol beige y cada uno se dirige a su aula: Alex, Nora y Fabio se van al aula de ciencias, mientras que Dani, Carlota y yo nos vamos a la de letras. Nora siempre ha querido estudiar medicina, por eso al llegar a bachillerato tuvimos que separarnos de grupo. Abro la puerta de mi clase, con su tradicional chirrido de vejez y vuelvo a sentarme un curso más en esos pupitres tan antiguos que incluso mi madre y mis tíos estudiaron ahí. Me pregunto si alguno de ellos habrá estado sentado dónde estoy yo ahora...

La mañana se me pasa de lo más lento, al ser el primer día de clase, lo único que hacen los profesores es explicarnos cómo se va a desarrollar el curso, y al final de cada clase nos sobra una media hora más o menos en la que no hacemos absolutamente nada. La última clase del día es la de Lengua, y en cuanto Jorge entra en el aula el ambiente es mucho más distendido; estamos todos mucho más a gusto. Nos explica un poco cómo irá el curso y todo lo que tendremos que estudiar en su asignatura para la selectividad, aunque a mí no me parece para nada complicado, ya que adoro las letras, pero para Dani es un suplicio, porque siempre se le ha dado mal la sintaxis. Está sentada en su pupitre, justo a la izquierda del mío, y cuando me giro para ver su cara pone los ojos en blanco y exhala un suspiro, con lo que a mí me

entra la risa floja.

- ¿Qué te hace tanta gracia, Cloe? – pregunta Jorge mirándome directamente a los ojos desde su enorme mesa. Me quedo en blanco y no sé qué responder. No es porque no tenga confianza para comentarle de lo que me he reído, sino porque me impone muchísimo que un profesor me “riña”, y más si se trata de él.

- Es que... me ha hecho gracia la cara que ha puesto Daniela con lo de la sintaxis – respondo avergonzada.

- ¡Ah! Sabemos que no es tu fuerte, pero trabajaremos para mejorarlo, tranquila – responde sonriente mirando a Dani, a lo que ella contesta con una sonrisa y las mejillas rojas como el tomate. Noto como Carlota, detrás de mí, esboza una pequeña risita por lo bajo y Daniela me mira con una mirada de “te mataré en cuanto pueda”.

Durante un buen rato, el profe se dedica a preguntarnos uno a uno qué hemos hecho durante el verano. Es lo típico de estas fechas, pero es que realmente no tenemos nada más que hablar sobre el curso. Cuando llega mi turno, le cuento que me he ido con mi madre y mi hermano de viaje a Canarias una semana. También he estado casi un mes en la casa que tienen mis abuelos en el pueblo, a la cual vamos todos los veranos, y que Alex ha ido a visitarme unos días. Pone una cara forzada de que le interesa lo que le cuento, pero parece no prestarme tanta atención como a los demás, lo cual me sienta fatal. ¡No entiendo por qué mis planes no pueden ser interesantes! Tal vez piensa que soy una paleta de pueblo...

Justo a las dos, me despido de las chicas y de Alex en la puerta del instituto, aunque normalmente solemos ir hasta la parada del bus juntos, pero hoy mi madre se ha empeñado en recogernos a Pablo y a mí para ir a comer por ahí. En cuanto localizo el pelo rubio de mi hermano, entre la multitud que

sale por la puerta, le cojo del brazo y él se despide de sus “colegas” haciéndose el guay.

- ¿Qué tal ese primer día? – pregunta mi madre cuando subimos al coche. Nunca suele venir a recogernos, pero hoy le han dejado salir antes del trabajo y ha querido aprovechar para que comamos por ahí. Es abogada y trabaja en una importante empresa multinacional, se pasa las horas allí metida, tal vez por eso ya tenga arrugas en la frente y en las comisuras de la boca por el estrés. Aunque no puedo reprocharle nada, porque ha sido capaz de sacarnos a mi hermano y a mi hacia delante sola, pagándonos un buen colegio y procurando que nunca nos faltara nada; es por eso que la considero una luchadora incansable, aunque muchas veces un tanto tradicional en sus pensamientos, pero la mayor parte del tiempo solo intenta procurar lo mejor para nosotros dos.

- ¡Un coñazo! – contesta Pablo desde la parte trasera del coche.

- ¡Cómo vuelvas a decir un taco estás sin salir de casa lo que te resta de vida! – le reprende mi madre postrando su mirada fulminante en el espejo retrovisor - ¿Y tú, Cloe? ¿Te han comentado algo sobre la selectividad?

- ¡Buah! ¡Todo el mundo! Parece que no existe nada más que la selectividad después de segundo de bachillerato... ¡vaya rollo! – contesto enfadada mirando mi móvil – encima no hemos hecho nada en todo el día, porque ni siquiera teníamos los libros.

- Oye, ¿no le has dicho a Alex que se viniera a comer? – pregunta mi madre. Cuando se enteró de que tenía novio puso el grito en el cielo, pero con el paso del tiempo Alex se fue ganando su cariño y respeto, e incluso alguna que otra vez se ha quedado a dormir en mi

casa sin que mi madre pusiera ningún problema. Aunque yo tengo terminantemente prohibido dormir en su casa, porque sus padres sí que son de lo más tradicional y retrogrado que hay en este mundo, parece que nacieron en el siglo pasado.

- Sí, le he invitado, pero me ha dicho que tenía que comer con sus tíos, o algo así – contesto. Me habría gustado que se viniera, pero creo que en realidad no le apetecía, porque no ha puesto mucho interés cuando se lo dije.

Durante toda la tarde no sé qué hacer, hemos llegado hacia las cuatro, así que no he podido dormir la siesta. Lo único que hago es mensajearme con Alex por el móvil mientras veo una serie en internet. Cuando no tengo deberes ni nada que estudiar, me aburro muchísimo, supongo que es porque me he creado una rutina de estudiar cada día después del insti y si no tengo nada que hacer me siento poco productiva. Hoy me toca irme a la cama pronto, el verano ya se ha terminado y a partir de ahora tengo que madrugar, por tanto, tras pelear con mi hermano para ver quién recoge la mesa después de cenar, preparo la mochila y demás cosas para mañana, me ducho y me acuesto. No sin antes enviarle a mi chico un mensaje de buenas noches, aunque últimamente lo noto un poco extraño, cómo si todo lo que hacemos fuera rutinario después de tanto tiempo, pero creo que es lo normal a estas alturas de la relación.

A la mañana siguiente...

- ¡Buenos días hijos! – nos dice mi madre mientras desayunamos en la mesa de madera de la cocina – hoy no puedo recogeros, porque saldré más tarde del trabajo, así que coged el autobús de vuelta a casa, ¿vale?

- Mamá, pero si siempre cogemos el autobús... - responde mi hermano con el bigote manchado de chocolate, la cabeza apoyada sobre una mano y su cara de estar dormido aún.

- Tienes razón, pero como ayer fui a buscaros, no quería que os hicierais ilusiones – contesta mi madre riéndose sola, aunque en el fondo creo que desearía poder ir a buscarnos cada día. Mi hermano y yo arqueamos una ceja al unísono en señal de protesta y doy un mordisco a mi tostada.

Se nos ha hecho tarde por el tráfico, y cuando llegamos a la puerta del insti ya está sonando el timbre para que entremos. Pablo va a su bola, en cuanto bajamos del coche se separa de mí y entra por su cuenta, dirijo la mirada hacia el muro dónde nos sentamos siempre y veo que las chicas y Fabio ya están viniendo hacia la puerta, pero Alex no está, ¡qué extraño!

- ¿Dónde está Alex? – le pregunto con cara extrañada a Fabio mientras entramos por la puerta de hierro.

- Si no lo sabes tú, que eres su novia... – me contesta con un tono irónico – no sé, no ha venido hoy, supongo que estará enfermo.

- Le enviaré un mensaje para ver qué le ha pasado – respondo y saco mi móvil mientras camino para preguntarle a Alex por qué no ha

venido hoy.

Al llegar el recreo, saco el teléfono y veo que no he recibido ningún mensaje suyo. Me parecería extraño, pero conociéndolo, seguro que sí está enfermo estará durmiendo aún. Las tres primeras horas de clase han sido diferentes a las de ayer; ya hemos empezado a dar temario, así que probablemente las otras tres últimas serán igual. Durante el recreo lo único que comentamos es la agobiante asignatura de Historia, ¡es mortal! y encima la profesora que tenemos este año es muy exigente y antipática; nunca me había dado clase, y me alegro mucho de no habérmela encontrado antes, aunque debo reconocer que me gusta bastante como imparte sus clases, pero eso no quita que sea un palo. Subimos al aula y nos sentamos en nuestros pupitres, exhaustos como si hubiéramos corrido una maratón; pensar que me quedan otras tres horas de clase es desesperante. Al menos ahora toca lengua, y es una clase que me resulta más divertida, a pesar de los tochos de literatura que hay que leer, pero solo con tener la presencia de Jorge a cualquiera se le olvidaría todo lo que hay que estudiar...

Después de llevar media hora sentada en mi sitio, vuelvo a recordar que no tengo noticias de Alex y ya empiezo a preocuparme, así que disimuladamente y sin que Jorge se percate, saco el móvil de mi bolsillo y me lo pongo sobre la falda para mirar si me ha contestado. Observo que Carlota me mira con una expresión de asombro y haciéndome señas con disimulo para que guarde el móvil. ¡Al fin me ha contestado! Por lo visto está enfermo con gripe, aunque a mí me suena a cuento chino, porque apuesto lo que sea a que no le apetecía venir a clase. Mi novio es un chico muy responsable con los estudios, pero si algún que otro día tiene la oportunidad de quedarse en casa durmiendo no se lo piensa dos veces.

- ¡Dame lo que sea que tengas ahí, Cloe! – me grita Jorge desde la

pizarra con sus ojos negros fijos en mí. Estoy impactada, no sé cómo actuar y el corazón me late muy rápido por el susto. Nunca me habían pillado mirando el móvil en clase ni nada por el estilo, ¿qué hago? ¡Dios qué nervios!

Levanto la cabeza y le miro avergonzada; no me veo desde fuera, pero sé que en estos momentos estoy blanca como la pared, aunque poco a poco mis mejillas van cogiendo un tono rojo cereza y empiezo a notarlas calientes.

- Pero... es mi móvil – respondo abochornada.

- Y esta es mi clase y tú la estás interrumpiendo, ¡dámelo! – me exige. Nunca había visto a Jorge así, está realmente enfadado, y en este momento su sexy y blanca sonrisa brilla por su ausencia. Me siento culpable y no me queda otra opción, así que me levanto de mi silla sintiéndome humillada y me dirijo hasta su mesa para darle el teléfono, todos me miran asombrados, pero nadie se atreve a decir una palabra porque creo que, al igual que yo, están impactados por el cambio de humor de Jorge.

- Puedes recogerlo a las dos en la sala de profesores – me dice tajante y sin dejar de clavar su mirada en la mía cuando le pongo el móvil en la mano. Yo asiento agachando la cabeza y vuelvo a mi sitio, pero la clase transcurre con una tensión inevitable por mi culpa; nadie levanta la mano para preguntar dudas y ni siquiera hay voluntarios para corregir las actividades.

Cuando termina la hora más tensa de mi vida, tengo la esperanza de que me devuelva mi teléfono móvil, pero sale por la puerta marrón chirriante con sus cosas en la mano, sin siquiera dirigirme la mirada ni recordarme que puedo pasar a recogerlo luego. Sigo en shock y súper avergonzada por la situación, así que las chicas se acercan hasta mi pupitre para tratar de

animarme en cuanto él se va. El timbre suena a las dos en punto, y nadie se digna a esperar por mí hasta que recupere mi móvil, ni siquiera las chicas. Me encuentro con mi hermano por el pasillo y le digo que tengo que recogerlo en la sala de profesores, pero sin pararse para hablar conmigo, me dice que él se va y que pille yo el bus más tarde, ¡me quieren un muchísimo todos! Nótese la ironía...

Está bien, estoy sola ante el peligro. Bajo a la primera planta, pero Jorge tarda unos diez minutos en llegar, y mi poca paciencia y cabreo empiezan a aflorar con bastante facilidad porque noto que se me hace tarde para coger el autobús. Vale que me haya querido dar una lección quitándome el móvil, pero ya podía haberlo dejado en la sala de profesores si sabía que tardaría...

Cuando llega caminando por el pasillo con total pasividad, ya mi enfado ha alcanzado el máximo nivel, pero no puedo dejar que se me note porque me da muchísimo apuro ponerme chula con un profesor, además de que la presencia de su increíble cuerpo me quita todas las penas y cabreos que pueda tener.

- Sabes que está prohibido tener el teléfono móvil en el instituto, ¿verdad? – me pregunta parado delante de mí, tratando de reprenderme mientras saca mi móvil de uno de sus bolsillos para dármelo.

- Lo sé, pero es que... - respondo dubitativa y más nerviosa que nunca. No sé si es porque me siento mal por haber incumplido una norma o porque le tengo tan cerca que no doy pie con bola, pero definitivamente el olor de su perfume me nubla los pensamientos.

- Si tu chico está enfermo puedes hablar con él cuando salgas de clase - me contesta levantando las cejas en un tono chulesco. ¡Ha mirado mis mensajes!

- ¿Ha mirado mis mensajes? ¡Es mi intimidad! – contesto impresionada y con los ojos como platos haciendo notar ya mi cabreo.

- Lo siento, pero si se enciende sola la pantalla y se ven los mensajes, no es mi culpa, ¡es lo que pasa cuando tienes un Iphone! – contesta intentando justificarse enseñando su perfecta sonrisa.

- Pero, ¡eso no es justificación! Además, podría haberme dicho que guardara el móvil y yo no lo habría cogido más – respondo enfurecida haciendo un movimiento con la mano – pero ahora encima de que ha leído mis mensajes ¡he perdido el autobús para irme a casa! – añado abrumada y él muestra un gesto comprensivo en su cara.

- ¡Espera aquí! – me ordena pensativo y entra en la sala de profesores. Al cabo de dos minutos, sale impasible con su carpeta y el maletín donde lleva su ordenador - ¡Vamos, yo te llevo a casa!

- ¿Cómo? Pero... ¡está usted loco! Si me ven irme en su coche la gente pensará cosas extrañas – respondo asombrada y bajando un poco el tono de voz, a pesar de que ya no hay nadie por los pasillos.

- ¡Anda ya! No digas boberías, has perdido el autobús y lo mínimo que te debo es llevarte a casa, ¡vamos! – me dice con un tono exigente pero mostrando indiferencia ante lo que me está proponiendo. No debería irme en el coche de un “extraño”, pero me habla con tal imposición y confianza que me veo obligada a aceptar lo que me dice sin poder negarme, así que le sigo los pasos en silencio hasta su coche, aparcado en el parking para profesores que hay justo a un lado del insti.

- ¡Joder, vaya cochazo! – exclamo viendo que se dirige hacia un Mercedes GLA gris plata – ¡cuando sea mayor me compraré uno igual!

– él se ríe y pulsa un botón de la llave que ha sacado del bolsillo izquierdo de su pantalón para abrirlo.

Entramos en el coche y no hago más que flipar con todo. Tiene los asientos más limpios que he visto nunca, una pantalla enorme en el tablero a la que se puede conectar el móvil, huele riquísimo, como a fresa y frambuesa mezcladas ¡y no necesita llave! hay un solo botón junto al volante que debes apretarlo si quieres arrancar, ¡qué fuerte! Nunca me había subido en un coche así; el viejo Toyota azul de mi madre tiene casi diez años, y el pobre da para lo que da.

- ¿Te gusta? – me pregunta sonriente mientras salimos del aparcamiento.

- ¡Me flipa! ¡Y huele súper bien! ¿Es muy caro? – pregunto atrevida.

- No demasiado, si puedes permitirte pagarlo cada mes – responde con una risa irónica – A propósito, ¿dónde vives?

- ¡Ah, cierto! Pues vivo en Moratalaz – respondo pasando lentamente la mano por el tablero del coche para apreciar su suavidad.

- ¡Genial! Me queda cerca, yo vivo en San Blas – contesta con media sonrisa.

Le digo exactamente cuál es mi dirección para que la ponga en el GPS de la pantalla del coche, ya que yo soy nula dando indicaciones y podríamos acabar llegando a Toledo. Giro la mirada hacia la parte baja de la pantalla mientras él teclea y veo que hay unos pendientes de oro en uno de los huequitos de delante de la palanca de cambios; sin reparar en lo que estoy haciendo, le pregunto que si tiene novia.

- ¿A ti qué te importa? – contesta con una sonrisa inocente.

- Usted se ha metido en mi intimidad, creo que me lo debe...

- Tienes razón, pero no me trates de usted, que ya no estamos en el instituto – responde en un tono que me hace entrar en más confianza y gira el volante hacia la derecha – sí, tengo novia, para tu información.

- ¿Hace mucho tiempo? – pregunto entrometida.

- Pues unos cinco años, más o menos – contesta sin desconcentrarse de lo que está haciendo y se para en uno de los semáforos de Madrid - ¡Suficiente! Creo que por hoy ya ambos nos hemos inmiscuido demasiado en la intimidad del otro – añade dándose cuenta de que ha entrado en mi juego. Me hace mucha gracia cómo se ha distraído por un momento y ha dejado que lo embauque con mi pregunta, así que empiezo a reírme sola.

- ¿Qué te hace tanta gracia? – me dice mirándome fijamente a los ojos y se le escapa una pequeña risa. Por un momento nos quedamos ensimismados mirándonos, tanto que, de repente los coches empiezan a tocar el claxon porque el semáforo se ha puesto en verde y no nos hemos dado cuenta. Al escuchar los pitidos me repongo tímidamente en mi sillón y vuelvo a dirigir la mirada hacia el frente, él hace lo mismo.

- ¿Sigues queriendo estudiar periodismo? – pregunta para tratar de quitarle tensión al momento.

- ¡Sí! Quiero entrar en la UCM, pero para eso debo esforzarme mucho este año... - respondo apesadumbrada.

- ¡Tranquila! Eres muy buena estudiante, estoy seguro de que lo conseguirás – contesta con una sonrisa de lo más sexy.

Cuando ya hemos salido del centro y llegamos a mi barrio, le indico por

dónde debe ir, hasta que para justo delante de la puerta negra de mi jardín. Espero que mi madre no llegue todavía; si me ve en el coche de un chico tan mayor y a sabiendas de que es mi profesor de Lengua, me caerá una bronca impresionante de la cual no me repondría ni cuando me jubile.

- ¡Muchas gracias por traerme! Ha sido todo un placer ir en tu coche – le respondo agradecida poniendo énfasis sobre el tú para que se dé cuenta de que he dejado de tratarle de usted.

- No tienes que darme las gracias, te lo debía – responde sonriente poniendo el brazo izquierdo en la parte baja del marco de la ventanilla del conductor para apoyar la cabeza sobre su mano, y el brazo derecho lo sitúa sobre el freno de mano – espero que Alex se mejore.

- Se lo diré, aunque creo que ha sido un poco de cuento para no venir a clase – respondo riéndome aunque un poco abochornada por la actitud de mi novio. Él me sigue la risa – ¡Ah! por cierto, ayer cuando conté en clase cómo habían ido mis vacaciones ni siquiera me pusiste interés, me parece muy fuerte... ¡las mías han sido tan divertidas como las del resto!

- ¡No lo dudo! – contesta mostrando su perfecta dentadura – en ningún momento me pareció aburrido lo que estabas contando, disculpa si mi cara te hizo entender lo contrario. Apuesto a que lo pasaste en grande en Canarias – responde. Parece que se acuerda de lo que conté...

- ¡Sí! ¡Mira! – contesto sacando mi teléfono móvil de la mochila para enseñarle una foto mía en bikini entre dunas de arena blanca - ¡Esa soy yo en las dunas! ¡Estuvo genial! – he llegado a tal nivel de confianza que no soy consciente de a quién le estoy enseñando una foto mía en bikini. Él me mira asombrado por lo que estoy haciendo,

pero no puede parar de reír tímidamente. Le acerco mi teléfono para que vea la foto, y justo cuando se lo doy, mi mano roza con su piel cálida y suave provocando en mi interior un cosquilleo imposible de describir; es como si tuviera electricidad en el cuerpo. Por el gesto de impresión que pone, me percató de que a él también le ha ocurrido lo mismo.

- Creo que es mejor que te vayas a casa, te estarán esperando - contesta devolviéndome el teléfono con un semblante serio ante lo que ha sucedido.

- Sí, sí – respondo cortada guardándolo de nuevo en mi maleta - ¡Hasta mañana! - me despido nerviosa y bajo del coche. Cuando estoy abriendo la puerta del jardín, veo cómo arranca su coche y se aleja por la esquina de mi calle.

Introduzco la llave en la cerradura, y una vez estoy dentro, me quedo parada detrás de la puerta negra de hierro tratando de analizar lo que acaba de suceder. He vuelto a casa en el coche de un chico “desconocido” que me pasa trece años y que encima es mi profesor, pero lo peor de todo es que he sentido cosas cuando me ha rozado la mano y... ¡Mierda! Me he dejado la carpeta en su coche, ¡qué desastre!

Vuelvo a abrir a toda prisa la puerta con la esperanza de que se haya dado cuenta y diera la vuelta para devolvérmela, pero para mi sorpresa, al girar la manecilla y abrir, está justo detrás con mi carpeta rosa en la mano. Sin darme cuenta, apresuradamente y sin querer choco con él, pero me agarra por la cintura para que no me caiga hacia atrás. Nos quedamos a escasos tres centímetros mirándonos directamente a los ojos durante aproximadamente treinta segundos que me parecen una eternidad, y con la luz del día, me percató de que hay una pequeña diferencia entre el color negro de su pupila y

el de su iris; uno es más grisáceo que otro, pero ambos son preciosos . Cuando se da cuenta de la situación, se separa de mí avergonzado y me devuelve mi carpeta.

- Te la habías dejado en mi coche... - responde sofocado llevándose una mano al bolsillo trasero de su vaquero mientras con la otra señala la carpeta.

- Gracias – contesto sin más avergonzada – y disculpa mi torpeza.

- No te preocupes, me gusta la torpeza – responde mirándome de nuevo a los ojos – me tengo que ir – añade y agacha la cabeza mientras se pasa la mano por la nuca.

- Hasta mañana – respondo con una sonrisa. Él levanta el brazo para despedirse mientras camina; luego entra en su coche y se marcha. Esta vez sí que entro en casa definitivamente, sin parar de darle vueltas a lo que me ha sucedido en los últimos veinte minutos.

2.

Al día siguiente...

Durante toda la tarde de ayer no pude parar de pensar en lo que me había ocurrido a mediodía en la puerta de mi casa; al igual que por la noche, que tampoco pude pegar ojo durante un buen rato. Me quedé dormida a eso de las tres de la mañana, porque era imposible quitarme a Jorge de la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos me venía a la mente ese momento en el que le tuve tan cerca que casi pude sentir su respiración y no puedo olvidar el olor a madera de su perfume. Encima hoy vuelvo a tener clase con él, para no variar. Tengo Lengua cuatro horas a la semana, es decir, tendré que verle cuatro días durante la semana, después de la explosión que experimentó ayer mi cuerpo al rozarle. Debí haber rechazado su propuesta de llevarme a casa, pero habla en un tono tan seductor que es imposible decirle que no, es como si me volviera blanda y maleable cuando él me habla. Al llegar al instituto por la mañana, Alex me espera sentado en el muro con los demás, como siempre. Al verle me siento culpable por las sensaciones que tuve ayer mientras estaba con Jorge, pero creo que será mejor no decir nada; tal vez solo fue algo sin importancia. Además, se sentirá mal porque creerá que me gusta otro chico, y encima mucho mayor que él. ¿Se lo debo contar a las chicas? No, no; creo que es mejor guardármelo para mí.

Empieza a sonar el timbre precisamente cuando llego hasta dónde están sentados, así que lo único que me da tiempo de hacer es saludar a Alex con un furtivo beso en los labios y preguntarle que si está mejor, a lo que me responde afirmativamente con una sonrisa. Luego subimos a clase, y al separarnos y quedarme a solas con mis pensamientos sentada en mi pupitre,

únicamente puedo centrarme en la asignatura que tendré a cuarta hora del día de hoy. A propósito, no le he visto por ningún lado, ¿no habrá venido? He subido las escaleras del instituto mirando hacia todos los rincones y aulas para ver si le veía por alguna parte, pero nada. En fin, no me queda más remedio que sacar mis cosas de la mochila y prepararme para un largo y tedioso día más...

- ¡Buenos días a todos! – exclama Jorge sonriente entrando por la puerta de clase después del recreo. ¡Ha venido! Algo en mi interior se alegra demasiado al haberle visto aparecer.

En cuanto llega a su mesa, pone encima la carpeta y el ordenador, y levanta suavemente la cabeza para dirigir la mirada justo hacia mi pupitre mientras saca un par de hojas y las coloca de forma ordenada. Nos miramos durante unos dos segundos aproximadamente y otra vez vuelvo a tener esa misma sensación de nerviosismo en el estómago. ¿Qué me está pasando? Es imposible no sentirse intimidada cuando te mira, tiene la mirada más profunda que he visto jamás. Él en seguida mueve la cabeza como si volviera en sí después de haber tenido la mente en blanco, y comienza la clase. Durante toda la hora lo noto disperso, con una actitud diferente a la habitual, aunque, a decir verdad, yo también estoy igual, incluso me paso todo el tiempo mirando hacia mi libro sin levantar la cabeza para evitar de nuevo el choque entre mi mirada y la suya. Cuando acaba la hora, recoge sus cosas, se despide sin más y sale por la puerta del aula como siempre. ¿Qué esperabas Cloe?, ¿qué te dijera adiós de forma personalizada? ¡Qué ilusa soy a veces!

- ¡Tía! Se me había olvidado preguntarte si te habían devuelto el teléfono móvil – exclama Daniela dándome un susto que me saca de mis pensamientos internos mientras caminamos todos juntos hacia la parada del bus al salir de clase - ¿te dijo algo el profe?

- No, nada... - respondo pensativa – solo que no lo volviera a usar en clase.

- Jorge es un buen tío, no creo que te fuera a dejar sin móvil – responde con una sonrisa – ¡Por cierto! este sábado me he apuntado con las chicas de la academia para ir a una fiesta universitaria, ¿queréis venir? – pregunta ilusionada. Dani es bailarina “casi profesional”, va a una academia de baile y ensaya con un grupo de chicas para algunos eventos en los que cuentan con ellas para que realicen actuaciones remuneradas, y así se saca algún dinerillo.

- ¡Uf! Yo lo dudo, tengo muchos apuntes que pasar a limpio – contesta Nora agobiada abrazando su carpeta como si fuera su mayor tesoro.

- ¡Venga ya! Si solo llevamos dos días de clase, ¡no seas amargada! – le reprende Dani.

- Puede que nosotros vayamos, por ahora no tenemos ningún plan – responde Carlota levantado las cejas con un gesto pensativo refiriéndose a ella y a Fabio, a lo que él asiente con la cabeza.

- ¡Genial! Podemos ir calentando motores para la universidad – contesta Dani de lo más alegre frotándose las manos - ¿y vosotros, parejita? – pregunta dirigiéndose a mí y a Alex. La verdad es que no me importaría, por ahora no tengo plan para el finde, y podría estar bien salir a divertirnos antes de empezar a estudiar.

- Yo... ¡no puedo! – exclama Alex curvando la línea de su boca – he quedado con los chicos del fútbol para ver un partido el sábado por la noche – añade. No me asombra para nada lo que está diciendo, porque nunca me comenta los planes que hace con sus amigos, así que

no añadido nada a lo que comenta - ¡ve tú, nena! – me dice.

- ¡Pues sí, puede que me apunte también! – respondo convencida y le dedico a Dani una sonrisa.

Mientras vamos en el autobús, me siento justo delante de Carlota y Fabio, ya que los demás van en otra línea. Mi hermano anda perdido por los asientos traseros, pero desde aquí puedo ver su pequeña cabecilla rubia asomando por encima del respaldo de uno de ellos. Miro por la ventana y observo cómo Madrid está atascada a esta hora; todo el mundo va con prisas queriendo llegar antes que los demás, como si la vida se les fuera a escapar por ir despacio. De pronto, llegamos a un semáforo en rojo y el autobús se para. Dirijo la mirada desenfadadamente hacia el coche que ha parado justo al lado y, ¡es el de Jorge!, recordaría ese coche aunque me lo pusieran entre mil iguales. Agacho la cabeza un poco para ver si es él, y efectivamente, ahí está sentado con la mano izquierda apoyada entre el volante y la ventanilla, y la derecha sobre la palanca de cambios, con la mirada hacia el frente. Me resulta muy sexy la imagen que estoy viendo y me quedo ensimismada mirándole. De pronto gira la cabeza hacia la derecha pasándose la mano izquierda por su pelo negro, y se percató de que estoy ahí mirándole. ¡No sé qué hacer! Intento hacerme la loca como si no le hubiera visto, pero en cuanto me ve sonrío y me saluda haciendo un movimiento con la mano. Yo sonrío como una tonta y le devuelvo el gesto intentado que Carlota y Fabio no se den cuenta de que está ahí, pero van tan absortos discutiendo sobre lo que harán este fin de semana, que ni siquiera se percatan. De repente, los coches de atrás empiezan a pitar porque el semáforo se ha puesto en verde, justamente como ayer. Él se ríe de la situación mostrándome sus blancos dientes y vuelve a levantar la mano para decirme adiós, a lo cual solo me da tiempo de responderle sonriendo, porque en seguida arranca su coche y se va. Yo me quedo con una sonrisa plantada en la cara, como si me hubieran dado una gran noticia, y con

ella llego hasta casa.

Al entrar por la puerta subimos directamente las escaleras, mi hermano lanza la maleta en el suelo de su cuarto y yo me voy a cambiar de ropa para comer. Me encanta este momento del día en el que me quito el uniforme del colegio y me pongo la ropa de estar por casa, es como una liberación para mi cuerpo. Después de comer, me tumbo un rato a ver la tele; hoy no puedo dormir la siesta porque ya han empezado los deberes y trabajos, y este año me lo quiero tomar en serio desde el principio. Sé que cada año digo lo mismo y al final acabo dejándolo todo para el último día, pero ya es hora de madurar, porque este curso es el más crucial de todos; de mis notas este año depende mi futuro, o al menos mis próximos cuatro años...

Estoy un poco rayada, son las seis de la tarde y Alex no me ha contestado a mi mensaje desde las tres, ¿qué estará haciendo? ¡Me cabrea muchísimo que me ignoren! Aunque también es verdad que yo no he parado de recordar el momento en el que vi a Jorge en su coche y me sonrió, y eso me ha tenido un poco absorta; siento que le estoy siendo infiel a mi chico con mis pensamientos... ¡Está bien, se acabó! Pienso concentrarme en mis deberes y dejar a un lado cualquier tipo de idea referente a los chicos.

A la mañana siguiente...

- ¡Qué temprano has venido hoy! – me dice Carlota al verme llegar y sentarme en el muro junto a ella y Fabio, afirmándole con la cabeza y una cara de sueño que no me la quitan ni diez cafés. Justo detrás de mí llega Dani, y a los cinco minutos observo cómo se acercan Alex y Nora girando la esquina de la calle del instituto.

- Ya te vale, ayer pasaste de mi toda la tarde – le digo enfadada a mi chico cuando llega hasta dónde estoy. Viene con los botones del

polo blanco del uniforme desabrochados y su pelo negro algo despeinado. Lo de no peinarse por la mañana debe ser cosa de todos los chicos. Sin embargo, sus ojos claros captan toda mi atención, como siempre. No puedo negar que mi novio es el chico más guapo del instituto.

- Es que... estuve haciendo un trabajo para ciencias, ¡un coñazo! y por eso te contesté tan tarde – responde agobiado – perdona, nena – añade plantándome un beso para intentar que me olvide del asunto, pero no se me va a olvidar tan fácilmente, no me gusta que pasen de mí.

De pronto, veo que Jorge sale andando del aparcamiento para profesores y viene hacia la puerta del instituto y me evado de mi enfado con Alex. Está especialmente guapo hoy, o quizá sea yo que empiezo a fijarme demasiado en él, aunque no puedo negar que es un hombre que llamaría la atención de cualquiera. Si fuera su novia estaría todo el tiempo celosa de las chicas que hablaran con él. A propósito, ¿cómo será ella? Me la imagino alta, rubia de ojos claros y con un cuerpo perfecto, vamos, una modelo que pudiera estar a la altura del atractivo de él, aunque yo soy rubia de ojos casi claros y dudo que pueda estar a la altura de su atractivo. A mitad de camino se para durante un rato para hablar con un grupo de chicos de cuarto curso que están a escasos metros de nosotros, como si fueran colegas de toda la vida. Luego sigue y pasa por delante de mí, me sonrío directamente como si los demás no estuvieran a mi lado, y lanza un saludo general a todos con la amabilidad que le caracteriza. Siento de nuevo esa especie de electricidad en mi estómago cuando me mira; a pesar de que mi chico me tiene abrazada por la espalda, siento cosas por otro. ¿Qué me está pasando?

Un mes más tarde en ese mismo lugar...

- ¡Eh! Que te olvidas de tu carpeta – le grito a mi hermano al bajarme del coche. Él ha salido como un cohete en busca de su grupo de colegas guays.

- ¡No me grites! Que tengo una reputación – me reprende por lo bajo al volver a por su carpeta. Yo le miro arqueando una ceja y empiezo a reírme sola. Verle con esa gorra de los Yankees me hace mucha gracia, ni siquiera le ocupa toda la cabeza, le sobran como dos dedos. Solo se la pone para hacerse el chulo, porque en realidad no puede entrar con ella puesta al instituto. Está terminantemente prohibido llevar cualquier complemento o pieza de ropa que no pertenezca al uniforme de blusa blanca y parte inferior azul marino.

- ¡Anda! ¡Quítate esa gorra! – le digo riéndome mientras le doy un manotazo para molestarle y tratar de quitársela, pero él huye de mí hasta que consigue estar tan lejos que ya no puedo alcanzarle.

Este mes ha transcurrido de una manera muy diferente a lo que yo había imaginado que sería. Las cosas con Alex no están del todo bien, cada vez me ignora más, y a mí no es que me importe demasiado... Siempre me pone excusas, como que está muy ocupado estudiando o que ha quedado con sus amigos, pero creo que ya se empieza a aburrir conmigo o de la relación. Yo, por mi parte, me he centrado en los estudios y en mis amigas; el no salir con Alex tan a menudo me ha dejado más tiempo para preparar los exámenes y estar con las chicas, aunque Nora sigue en su línea de no tener tiempo nunca para dejar a un lado sus apuntes, así que a ella la he visto menos. La tensión con Jorge sigue presente cada día; nos miramos de una forma diferente y

cuando le veo por los pasillos trato de ir por su lado para saludarle y sacarle cualquier tema de conversación absurdo con tal de pasar más tiempo hablando con él. Es incomprensible hasta para mí, porque se supone que sigo queriendo a mi chico, pero no puedo negar que cada vez siento una atracción más fuerte con Jorge, y mi relación con Alex está cada día más fría.

Hoy tengo clase de Lengua a última hora, por lo que me paso el día deseando que llegue la una de la tarde para poder tener a Jorge un poco más cerca. Sé que lo que siento y pienso no está bien, pero es una especie de deseo incontrolable, que por más que trato de mantener a raya, siempre acaba surgiendo. Al terminar la clase con él, me siento algo apenada, como me sucede siempre que sé que ya no va a estar tan cerca de mí; me gustaría que esa hora del día durara un poquito más. Empiezo a recoger mis cosas poco a poco y con desgana.

- ¡Cloe! – exclama Jorge desde su mesa haciéndome dar un saltito sentada en la silla – me gustaría hablar contigo, ¿puedes quedarte un momento? - ¡Ay Dios! ¡Ya he hecho algo malo!

- ¡Uh! Bronca asegurada... - me dice Dani por lo bajo. Yo le doy un codazo disimulado en señal de protesta.

- ¡Sí, sí! - respondo asustada – chicas, decidle a Pablo que coja el autobús, por fa. Yo cogeré el siguiente porque ya no llegaré a tiempo... – les digo a Carlota y Daniela girándome hacia ellas que ya están preparadas con sus mochilas para irse. Carlota asiente y Dani me hace un gesto con la boca tratando de apiadarse de mí en caso de que me vaya a llevar una regañina por parte del profe.

Cojo mis cosas y me acerco hasta su mesa. En cuanto llego observo de cerca sus ojos negros y todas y cada una de las facciones de su cara, aunque poco puedo apreciar, porque la gran mayoría de su rostro está cubierta por

una barba corta pero perfectamente perfilada que se une con sus patillas en una sintonía casi impecable. Él, mientras, empieza a guardar sus cosas en el maletín hasta que deja la mesa completamente vacía, a excepción de su carpeta marrón, pero no deja de mirarme y sonreír levemente.

- Oye... - me dice titubeante mientras aparta la carpeta a un lado de la mesa para sentarse en el borde – quería hablar contigo sobre lo que pasó aquella vez, cuando te llevé a tu casa.

- Ajá... - respondo sofocada.

- Me gustaría que fuera algo que quedara entre nosotros – contesta – no quiero que eso te afecte con tus compañeros ni con el resto de profesores, ya sabes... pueden pensar que tengo cierto favoritismo contigo, y eso no es bueno para ti.

- No es bueno... ¿para mí o para usted? – pregunto un poco desconfiada – quizá su novia se ha puesto celosa... - respondo poniendo los ojos en blanco entornando un poco la cara y él esboza una pequeña sonrisa, como si le hablara desde la ignorancia, pero la verdad es que esa frase me ha salido del fondo del alma. Ya no se escucha el ruido de la gente saliendo de las aulas, creo que apenas quedamos él y yo en el instituto, y quizá algún que otro profesor más.

- ¡Para nada! – responde tajante – no te niego que no me conviene que sepan en el instituto que he llevado a una de mis alumnas en mi coche, pero más que nada te lo digo por ti – contesta poniendo una mano sobre mi hombro como si me estuviera dando un consejo. En el momento en que me toca siento de nuevo la explosión de sensaciones en mi estómago, y me alejo un poco de él porque me asusto - Por cierto, puedes tutearme, que ya no hay nadie en clase.

- Bueno... ¡está bien! – exclamo intentando normalizar la situación – te prometo que no diré nada, pero creo que deberás llevarme de nuevo, ¡he vuelto a perder el bus por tu culpa! – le digo encogiendo los hombros y entornando los ojos a un lado. Sé perfectamente que puedo coger el siguiente autobús, pero siento el deseo irrefrenable de pasar más tiempo hablando con él, así que me aprovecho de la situación.

- ¿Cómo? ¡Tendrás morro! – responde asombrado levantando la ceja izquierda. Yo le respondo con una sonrisa traviesa y pestañeo muchas veces. Él se ríe pasándose la mano por la barbilla y me dedica un gesto en señal de haberse rendido ante mis encantos - ¡Espero que nadie nos vea! De lo contrario se armará un follón.

- ¡Tranquilo! Sé esconderme y disimular, no es la primera vez que lo hago – le respondo guiñando un ojo. No para de sonreír, como si no fuera capaz de decirme que no a nada.

Salimos del aula y miro hacia todos los rincones esperando que todo el mundo se haya ido ya. Bajamos las escaleras y nos separamos un poco al salir por la puerta para que el portero no sospeche nada. Yo me adelanto y a toda prisa llego primero a su coche, él llega justo unos segundos después de mí. Pulsa el botón de apertura en su llave y nos subimos los dos al coche con la suerte de que no hay nadie alrededor.

- Esta vez te has librado – me dice poniendo el coche en marcha sonriente, pero a lo lejos observo cómo se acerca el profesor de química hasta el aparcamiento para recoger el suyo y me asusto muchísimo; el corazón empieza a palpitarme muy fuerte.

- ¡Mierda! El profe de química, ¡jarranca! – le grito agachándome, arqueada a más no poder para que no me vea. Él se asusta y saca el coche de allí a toda prisa pero sin llamar la atención para que nadie nos

descubra. Pasado ese momento de tensión, llegamos a un semáforo situado a unas calles del instituto y para el coche porque la luz está en rojo. Yo me incorporo, le miro a los ojos y los dos empezamos a reírnos con carcajadas provocadas por la adrenalina del momento.

- ¡Estás loca! – me dice entre risas - ¡casi me da un infarto!

- Lo sé – respondo – a tu edad no sería raro... - de repente deja de reírse y me mira con cara de enfado. ¡Mierda! Creo que la he cagado.

- ¡Muy graciosa! – responde arqueando la ceja izquierda.

- Lo siento, creo que me he pasado... - respondo avergonzada. Pero él vuelve a reírse de nuevo y arranca el coche cuando el semáforo se pone en verde. Antes de eso, enciende la pantallita del tablero y empieza a buscar una canción en sus listas de Spotify. Ha puesto “La Promesa” de Melendi. ¿Habría adivinado que es mi cantante favorito?

- ¿Te gusta Melendi? – pregunto asombrada y sonriente a la vez.

- ¡Sí! – exclama – me encantan sus letras, ¿a ti no?

- ¡Por supuesto! ¡Es mi cantante favorito! – exclamo con una inmensa alegría al darme cuenta de que tenemos algo en común.

- ¿De verdad? – pregunta impresionado – a la gente de tu edad solo suele gustarle el reggaetón...

- Ya, pero es que yo no suelo ser como la gente de mi edad – contesto orgullosa de mi respuesta, le guiño un ojo y empiezo a cantar la letra de la canción, la cual me sé de memoria como todo su repertorio.

Jorge se une a mí esbozando una pequeña sonrisa y también empieza a cantar, pero de repente me entra la risa floja al escucharle cantando. Lo hace

fatal, parece un gallo afónico, no obstante, lo que más me hace gracia es ver a mi profesor cantando después de dos años estando en clase con él, y que durante ese tiempo haya sido la persona más seria y correcta del mundo. Gira su cabeza hacia mí y se percata de que me he callado y estoy riéndome. Creo que se siente un poco avergonzado, pero se empieza a reír de sí mismo conmigo. De repente, vuelve la cabeza hacia delante, cambia el semblante de su cara y da un frenazo en seco pasando su brazo por delante de mi abdomen para intentar protegerme. Se ha cruzado un coche delante, pero, por suerte, se ha dado cuenta a tiempo; de lo contrario en este momento estaríamos estampados y probablemente muertos. Acabo de ver mi vida pasar por delante de mis ojos como si fuera una película, en la cual no ha salido mi novio en ningún momento. En su lugar salía el hombre que está sentado a mi lado y que acaba de intentar protegerme como si fuera un acto reflejo... El coche que se ha cruzado delante se ha ido tocando el claxon, como si no hubiera tenido la culpa de nada. ¡Joder que casi me matas, gilipollas! No me ha dado tiempo de ver quién era, pero seguro que era un troglodita de esos que creen que la carretera es suya.

- ¿Estás bien? – me pregunta Jorge asustado y con la respiración agitada. Yo asiento con la cabeza aún más asustada que él, el corazón me va a mil – Lo siento, se ha cruzado de repente – me dice poniendo su mano tiernamente sobre mi mejilla y tratando de apartar un mechón de pelo que con el movimiento del frenazo se me ha puesto en la cara. ¿Cómo no voy a estar bien? Ahora mismo siento que estoy en el cielo al sentir la suavidad y calor de su mano en mi cara. Mientras, “La Promesa” sigue sonando en los altavoces de su coche.

- No pasa nada, estoy bien – respondo poniendo mi mano suavemente sobre la suya. Él me sonrío, y en ese momento es como si todo pasara a cámara lenta, el tiempo se ha detenido. Después de unos

segundos absortos el uno en el otro, vuelve a arrancar su coche para llevarme hasta mi casa. Durante el camino no para de pedirme disculpas y de criticar a los conductores que van como locos por Madrid, pero yo subo el volumen de la radio y vuelvo a empezar a cantar para quitarle importancia al asunto y que no se sienta tan culpable por lo que ha sucedido. Esta vez suena “Septiembre”, qué canción más perfecta para un momento tan preciso como este.

Al llegar a mi calle, para su coche a unos metros de mi casa. Supongo que al igual que yo, no querrá que mi madre ni nadie me vea llegando con él, a saber lo que podrá pensar la gente... mis vecinas son muy cotillas, y me apuesto lo que sea a que si me ven con un chico tan mayor le irán a mi madre con el chisme antes de que me dé tiempo de entrar en casa.

- Bueno, ya hemos llegado – responde parando el coche – estamos en paz, ¿no? – pregunta retóricamente mirándome con una sonrisa perfecta en la cara.

- Sí, supongo que sí – respondo sonriendo también – puedes estar tranquilo, no le diré nada a nadie de que me has traído ni que has intentado matarme – respondo entre risas para molestarle. Él pone cara de asombro y los ojos en blanco, en su gesto percibo que aún se siente culpable por lo que ha pasado - ¡Es broma! – Añado frunciendo el ceño y pasando mi mano por su brazo en un acto reflejo para tranquilizarle. ¡Qué vergüenza! Ha sido algo instintivo, así que rápidamente aparto mi mano avergonzada y cojo mi carpeta, a pesar de que he vuelto a sentir esa especie de cosquillitas cuando le he tocado el antebrazo. Él sonrío.

- ¡Hasta mañana, Cloe! – responde intentando obviar lo que he hecho – ha sido un placer traerte de nuevo a casa.

- ¡Muchas gracias! Te prometo que estudiaré mucha literatura para tratar de compensarte – respondo risueña. Abro la puerta del coche y, muy a mi pesar, me bajo para emprender el camino hasta la puerta de mi casa.

- ¡Cloe! ¡Espera! – grita a mi espalda bajándose del coche y cerrando su puerta de un portazo cuando ya yo me he alejado algunos metros. ¡Mierda! Ya he vuelto a dejarme algo en su coche, si es que no escarmiento... Giro la cabeza y veo cómo se acerca hasta dónde estoy.

- ¿Qué pasa? – le pregunto confundida al ver que no trae nada en las manos.

- Ni si quiera yo lo sé – me dice acercándose hasta quedarse a dos centímetros de mi cara. Con la mano derecha me aparta el pelo detrás de la oreja, con la izquierda me agarra por la cintura, y de repente, me besa como nunca antes me habían besado. En ese momento siento que el tiempo se para, que nada de lo que pueda pasar alrededor está sucediendo y que el mundo entero está expectante ante ese beso. La electricidad de mi estómago se asienta más que nunca como una explosión dentro de mí; el corazón casi se me va a salir del pecho y lo único que escucho son mis propios latidos.

- Lo siento – me dice separando sus labios de los míos tras un intenso beso y se queda a unos centímetros de mi boca, pero sin quitar su mano del lateral izquierdo de mi cuello, ni la otra de mi cintura. Yo le miro directamente a los ojos y sonrío, pero él se aparta con un gesto en la cara que parece una mezcla entre miedo y culpabilidad – perdona, me tengo que ir.

Sin decir nada más, se aleja de mí y abre la puerta de su coche. Desde su posición me mira de nuevo con un gesto de culpabilidad increíble, pero yo

sigo parada ahí en medio de la acera sin saber qué hacer y sin moverme. Se sube en su coche, arranca y se aleja por la esquina de mi calle, entretanto, yo permanezco en esa misma posición durante algunos minutos, recordando ese increíble beso que ha sido diferente a todos los anteriores en mi vida; cálido, maduro y repleto de sensaciones. Cuando vuelvo a la tierra, me acuerdo de que tengo que entrar a casa, pero no sin antes mirar hacia los lados esperando que nadie haya visto lo que acaba de suceder.

- ¿Qué te pasa? – pregunta mi madre durante el almuerzo. Desde que he llegado no he pronunciado una palabra, solamente para saludar a mi madre y decirle que me quedé hablando sobre un trabajo con una profesora y por eso he llegado tarde; todo inventado sobre la marcha, por supuesto. Como con la mirada fija en un punto de la mesa, y sin levantar la cabeza para nada, he estado durante un rato llevándome a la boca los pedazos de la riquísima tortilla de patatas de mi madre.

- Nada, solo que tengo muchas cosas que estudiar y estoy algo agobiada pensando en eso – respondo levantando la cabeza y sonrío para tratar de quitarle hierro al asunto. Mi madre sonrío, vuelve a coger comida de su plato y se la echa a la boca, para luego preguntarle a mi hermano cómo le ha ido el día.

Durante toda la tarde no me quito de la cabeza ese beso, el olor a madera del perfume de Jorge cuando se acercó a mí, creo que me he hecho adicta a ese perfume, porque el aroma no se va de mi memoria. Si cierro los ojos puedo recordar perfectamente el tacto de sus manos calientes tocándome las mejillas; pero no puedo disuadirme de mis responsabilidades, debo empezar a hacer los deberes que ya es algo tarde. ¿Dónde está mi agenda? ¡Mierda! ¡Me la he vuelto a dejar en clase! Voy a tener que poner un GPS a todas mis cosas, porque cada día me dejo algo en algún lugar diferente. ¡Jolines! Ahora

no sé qué era lo que tenía que hacer. Bueno, que no cunda el pánico, les enviaré un mensaje a las chicas para que me digan qué había que estudiar. Cuando cojo mi móvil para escribirles veo en la pantalla que tengo un mensaje de un número que no tengo grabado en mi teléfono. Lo abro y leo: *“Parece que se ha convertido en una costumbre eso de dejarte las cosas en mi coche. Tengo tu agenda, mañana te la daré. Te pido perdón de nuevo por el beso, por favor olvídalo.”*

El mensaje es de Jorge evidentemente, pero... ¿por qué tiene mi número? ¡Ah, claro! Tengo mis datos de contacto en la primera página de mi agenda, ¡qué torpe soy Dios! Se me debe de haber caído de la maleta, ya que casi siempre la llevo algo abierta; a pesar de que mi madre siempre me lo advierte no consigo quitarme esa costumbre de no cerrarla del todo. ¿Qué lo olvide? ¡Ojalá! Pero creo que jamás podré olvidar ese dichoso e increíble beso. No sé qué hacer, si le contesto tal vez le parezca demasiado atrevida, pero si no lo hago quizá piense que soy una borde porque ya he leído su mensaje y se han quedado los dos palitos en azul. ¡Qué lío! No entiendo por qué me tiene que pasar todo a mí... ¡El mundo está en mi contra! Está bien, tranquilidad, le contestaré pero seré lo más distante posible para no confundirle.

“Muchas gracias y discúlpame a mí por dejarme siempre las cosas olvidadas. Hasta mañana.”

Ha sido un mensaje cordial, así que creo que no le he dejado margen a la confusión ni a que piense que soy borde. Cuando Carlota me envía los deberes, dejo el teléfono a un lado y empiezo manos a la obra. Al llegar la noche recuerdo que, aunque no lo parezca, tengo un novio, por más que él pase de mí, así que le envío un mensaje para desearle buenas noches, sin embargo, su respuesta es lo más seco y distante que pueda existir; un simple “buenas noches” con dos corazones, sin un “te quiero” ni nada por el estilo .

Me voy a la cama más confundida que nunca, Jorge y Alex abarcan todos mis pensamientos, aunque por desgracia, no a partes iguales.

3.

A la mañana siguiente llego al instituto un poco antes de que empiece sonar el timbre para entrar, así que tengo tiempo de charlar un rato con los chicos, pero lo cierto es que no me apetece demasiado. Me paso todo el rato callada limitándome a escuchar cómo Daniela se queja de lo que le costó acabar una actividad que tuvimos que hacer ayer en clase, y por dentro estoy deseando ver a Jorge aparecer por la esquina del instituto, así que no paro de mirar disimuladamente y en silencio hasta ese punto.

- ¿Te pasa algo, nena? Estás muy callada – me dice Alex dejando las quejas de Dani en un segundo plano y girando la cabeza hacia mí.

- No, solo que tengo un poco de sueño a esta hora – respondo con media sonrisa para tratar de disimular.

- Oye, ¿te apetece que vayamos esta tarde al cine? hace tiempo que no salimos – me dice. Realmente no me apetece salir con él, por mucho que sea mi novio, hace varias semanas que dejé de tener la misma ilusión por hacer planes juntos, pero me percaté de que está haciendo un esfuerzo por recuperar un poco la relación y creo que yo también debo poner de mi parte, así que le diré que sí.

- ¡Vale! miraré luego la cartelera – respondo con una sonrisa. De pronto veo por detrás de Alex cómo Jorge llega girando la esquina. Viene con la cabeza agachada, pero por un momento la levanta y me doy cuenta de que trata de buscarme disimuladamente entre la gente. Me encuentra y permanece mirándome impasible mientras camina. No saluda, no sonrío ni hace el más mínimo gesto, simplemente vuelve a agachar la cabeza y continúa su camino.

- ¿Qué le ocurre a Jorge? Se ha quedado mirando fijamente hacia nosotros como si le pasara algo – añade Fabio con un gesto extrañado cuando se ha percatado de la situación.

- No lo sé, últimamente está un poco raro, la verdad – le contesta Carlota – quizá lo haya dejado su novia – los demás se ríen con sus ocurrencias, pero yo no digo nada, ni siquiera les sigo el rollo. Suena el timbre del instituto para entrar, ¡salvada por la campana! y nunca mejor dicho. Me levanto del muro y cojo mis bártulos para subir a clase.

Cuando llego al aula, después de despedirme de mi chico, abro la puerta de madera chirriante, me siento en mi pupitre y veo que mi agenda está debajo. Hoy no tengo clase con Jorge porque la de Filosofía le ha pedido su hora, así que supongo que habrá venido a dejármela aquí para evitar sospechas. La abro y rebusco entre las páginas con la esperanza de que me haya dejado algo escrito, pero nada... ¡Joder Cloe, pareces una niña pequeña! ¡Para ya de fantasear!

Durante todo el día no le veo, ni siquiera por los pasillos. Me paso toda la mañana con la cara larga, deseando encontrarle por alguna de las esquinas del instituto, pero mis intentos fracasan. El fin de semana se me va a hacer larguísimo sin verle... ¿estaré enamorándome de él? ¡No, no! Eso es algo imposible, yo tengo novio y él tiene a su chica, además, ¡nos pasamos trece años y es mi profesor! Jamás en mi vida había estado tan confundida; vaya estafa esto del amor...

Esa misma tarde...

Salgo de casa camino al metro, he quedado con Alex en que nos veremos en la puerta del cine. Durante todo el tiempo voy con los auriculares puestos escuchando a Melendi y no puedo evitar que eso traiga a Jorge hasta mi cabeza, así que tengo que cambiar de lista para no liarme aún más. Llego a la puerta del cine y allí está Alex esperándome, se ha puesto muy guapo, o quizá será que llevo días viéndolo únicamente con el uniforme del insti. Ya ha comprado las entradas y las palomitas mientras me esperaba, así que entramos a la sala y nos sentamos en las butacas, las luces se apagan y empieza la película. Al cabo de un rato, Alex empieza a besarme el cuello en busca de algo más, pero me siento muy incómoda cuando lo hace, como si ya no me apeteciera intimar con él, así que le pido que pare. No me atrevo a decirle que no siento nada cuando me besa, porque no quiero hacerle daño, y no me queda más remedio que ponerle como excusa que hay mucha gente en la sala que puede vernos. Al acabar la peli, nos vamos a cenar a una hamburguesería que hay cerca del cine y él no para de hablarme sobre su equipo de fútbol y las hazañas que hacen con el balón sus compañeros, pero me aburro como una ostra. ¡Vaya rollo! ¿A quién le importa cómo ha marcado un gol un tío? ¡Es un puñetero gol! No ha ganado el Premio Nobel... Mientras él habla, no hago más que pensar en el punto en el que está nuestra relación; definitivamente creo que está más hundida que el Titanic.

- Alex – le interrumpo – ¿tú crees que estamos bien?

- ¿A qué te refieres? – pregunta desconcertado.

- Pues... a nuestra relación – respondo – por mi parte hace tiempo que estamos estancados, creo que hemos creado una rutina, como si ya

no hubiera ilusión por estar juntos – él se queda callado y con un gesto serio durante un rato mirando a su plato ya vacío.

- Bueno, quizá tengas razón, pero creo que podemos buscarle alguna solución – responde cogiéndome de la mano y sonrío tímidamente – yo te quiero, Cloe.

Sus palabras me enternecen y a la vez me hacen sentir aún más culpable. Sé que ya no siento lo mismo por él, pero ahora mismo estoy confundida y no quiero que mis líos mentales me conduzcan a tomar una decisión equivocada. No sé si es solo un bache pasajero en el que justamente ha aparecido Jorge, o si tal vez sea algo definitivo, no obstante, mi cabeza me dice que debo intentar solucionar esta situación y seguir adelante con mi relación con Alex, es lo más sensato por mi parte, aunque mi corazón diga lo contrario... Le cojo de la mano y sonrío.

- Yo también te quiero – respondo besándole suavemente en los labios.

Al día siguiente...

Esta noche he quedado con Daniela, Carlota y Fabio para ir a un pequeño concierto en una sala del centro. La última vez que salimos fue a esa fiesta universitaria, y me aburrí muchísimo; de no haber sido porque estaban las amigas de Dani me habría largado. Hoy iremos solos, y como de costumbre, Nora se ha quedado en casa estudiando, al contrario que Alex, que se ha ido con sus amigos a jugar al fútbol.

- ¿Qué te vas a poner? – me pregunta Carlota por nuestro chat de grupo.

- No lo sé, creo que me pondré una falda ajustada y una camisa, ¿y tú?

- Yo iré con pantalón, no quiero pasar frío – responde Carlota.

- ¡A la mierda el frío! Yo quiero estar sexy, me pondré un vestido – responde Dani.

- Nos vemos a las 9 en la puerta de la sala – les digo - Iré con Dani porque no tengo ni idea de cómo llegar a ese sitio.

Cuando llegamos a la puerta, milagrosamente no hay mucha cola para entrar. No es un grupo muy conocido, pero el que toca la guitarra es amigo de Daniela, así que nos ha convencido para que viniéramos y he aceptado a pesar de que no me sé ninguna de sus canciones. Nada más entrar, ella va directa a la barra y allí pide una ronda de chupitos para todos; en teoría no podemos beber alcohol aún, pero Daniela siempre sabe cómo ganarse a los camareros y nunca le piden el DNI. Para cuando me doy cuenta está ligando con uno de ellos, ¡no tiene remedio! Aunque tengo que decir que es bastante

guapo; es moreno y no muy alto, tiene un atractivo físico bastante evidente, una sonrisa blanca y recta, y su cara me resulta increíblemente familiar.

- ¡Una ronda para las amigas de la morena guapa! – dice el camarero en voz alta refiriéndose a Dani.

Supongo que su pelo negro y sus ojos verdes lo han cautivado, es normal, a todos les pasa, y eso a Dani le encanta. Adora saber que atrae a todos los chicos, y nada más lejos de cortarles el rollo, ella les da alas para que se creen ilusiones, pero creo que este chico sí que le ha gustado, porque le sigue el juego más de lo normal. El concierto empieza; suena una canción y luego otra y otra... ¡no me sé ni una! Creo que lo mejor será que me pida una copa, sino me voy a amurmar.

Me dirijo a la barra y allí está Dani que sigue hablando con el camarero, le pido una ginebra y el chico empieza a hablar conmigo mientras me la sirve advirtiéndome de que no debería hacerlo por mi edad. Es muy amable y simpático, y por más que le doy vueltas a la cabeza no sé de qué le conozco, pero al rato Dani me pone la copa en la mano y me echa disimuladamente de allí para poder seguir hablando con él a solas. Yo me río y vuelvo hasta donde están Carlota y Fabio, abrazados y observando el concierto. Contemplo la estampa de dos enamorados que están disfrutando de un concierto y me pongo un poco ñoña, de buenas a primeras Jorge aparece en mis pensamientos. ¡Mierda! Trato de evitarlo y le doy un trago a mi copa, luego otro y otro, y en menos de cinco minutos me la he acabado, así que vuelvo a por otra. Al llegar a la barra, Dani me pregunta asombrada que si ya me la he terminado, asiento con la cabeza y sonrió, el camarero empieza a reírse con nosotras y nos invita a un chupito, pero yo quiero otra copa, por tanto me bebo las dos cosas. Regreso a dónde está Carlota con su perfecto novio y su perfecta relación y empiezo a desmotivarme, no me sé ni una

canción y encima echo de menos a Jorge, porque todas las puñeteras canciones son lentas y románticas, ¡quiero llorar! Creo que estoy algo contenta, que no es lo mismo que estar borracha, ojo. Solo llevo dos copas y dos chupitos, lo suficiente para desinhibirme y sacar mi móvil para enviarle un mensaje al perturbador de mis pensamientos; guardé su número cuando me mandó el mensaje por lo de mi agenda.

“Me has jodido mucho, no puedo parar de pensar en ti, ¡joder! ¿por qué eres tan perfecto? Te odio.”

Releo el mensaje que le he enviado y me entra una risa floja, muy probablemente provocada por la cantidad de alcohol que tengo en el cuerpo. De pronto empieza a vibrar mi teléfono. ¡Mierda, me está llamando! Me alejo un poco de los chicos para atender la llamada.

- ¡Hola! – exclamo tremendamente emocionada y con una sonrisa provocada por mi “alegría”.

- ¿Cloe? ¿Has bebido? ¿Dónde estás? – pregunta al otro lado del teléfono.

- ¿A ti qué te importa? ¡No eres mi padre! Bueno, ni siquiera tengo padre, pero eso a ti no te interesa... - respondo poniéndome triste.

- ¡Joder Cloe! – exclama – me envías un mensaje diciéndome que te he jodido y te noto considerablemente borracha, ¿me vas a decir dónde estás? – responde cabreado.

- Es que no sé dónde estoy, es decir, sí que lo sé – respondo confundida y mirando hacia los lados – estoy en un concierto de un grupo nuevo en el centro, por la zona de Atocha, pero no sé exactamente qué lugar es.

- ¡Está bien! Ya sé dónde estás, no te muevas de ahí que voy a

buscarte – responde y cuelga. ¿Viene a buscarme? Si ni siquiera sabe dónde estoy, ni que fuera adivino... Me río sola mirando el teléfono y Carlota se da cuenta en cuanto vuelvo a acercarme a ellos.

- ¿De qué te ríes? – pregunta riéndose ella de mí.

- Nada, de una foto que he visto – le contesto disimulando e intentando que parezca que no estoy contenta por el alcohol. Me voy a ir a casa, porque me aburro muchísimo y tengo ganas de tumbarme en mi cama a llorar – chicos, creo que me voy a ir, me está empezando a doler la cabeza y me aburro un poco, no me sé ni una canción – les digo poniendo una cara triste a mi amiga y su novio.

- Pero, ¡si está genial! – exclama Fabio y yo cambio mi cara para poner una de aburrimiento.

- Está bien, ¿quieres que te acompañemos? – me pregunta Carlota en tono comprensivo.

- No te preocupes, pillaré un taxi, tranquila – respondo en tono tranquilizador – te envío un mensaje cuando llegue a casa, ¿vale? ¡Pasadlo bien!

Me despido de ellos y me dirijo hacia la barra dónde está Dani, que aún sigue limpiándose la baba, de forma metafórica, cuando habla con el camarero, el cual al presentarse me ha dicho que se llama Marc, así que he descartado que lo conozca porque no conozco a nadie con ese nombre. Me despido de ellos también y le deseo suerte a mi amiga al oído y ella me guiña un ojo; la conozco y sé que ese chico le gusta de verdad.

Cuando salgo de la sala empiezo a caminar hacia dónde están los taxis, ¡joder qué frío hace! Al llegar casi a la altura de la parada de taxis, observo que un coche se para a mi lado. Hace tiempo que me prometí a mí misma que

no permitiría que me infundieran el miedo de volver sola a casa, que sería una valiente y no me dejaría acobardar en ninguna situación, así que sigo caminando a lo mío, sin ponerle atención a ese coche.

- ¡Cloe! – escucho una voz de hombre a mi espalda cuando ya he avanzado algunos metros. Es Jorge.

- ¿Qué haces aquí? – le grito girándome en medio de la calle, moviendo los brazos hacia los lados en señal de confusión. Él deja su coche mal aparcado y se acerca hasta dónde estoy.

- Vamos, te llevaré a casa – me dice pasando su brazo por encima de mis hombros tiernamente.

- ¡No! Mi madre se dará cuenta de que he bebido y no me dejará salir más – le contesto revolviéndome; tenía pensado quedarme un rato en el jardín hasta que se me pasara el olor a alcohol.

- Está bien, te llevaré a mi casa hasta que se te pase la borrachera – me reprende – pero no te vas a quedar aquí sola.

- ¡Oye! Que no estoy borracha, solo he bebido un poco, ya quisieras tú verme a mí borracha... – respondo enfadada. En realidad, he llegado a estar más borracha de lo que estoy ahora mismo, pero solo estoy algo “contenta” - además, no quiero ir a tu casa dónde está tu perfecta novia seguro...

- Ella no está, no hay nadie en mi casa, así que podrás estar tranquila hasta que se te pase este olor a ginebra barata, ¡vamos! – me ordena insistente.

Enfurecida y cabizbaja me subo al coche, diría que lo hago a regañadientes, pero me moría de ganas de verle.

- ¿Cómo has sabido dónde estaba? – le pregunto confundida cuando ya estamos dentro del coche.

- Mi hermano está trabajando en esa sala, y por la descripción que me diste supe que estabas ahí – contesta.

- ¿Tu hermano? – respondo confundida.

- Sí, esta noche trabajaba ahí como camarero - ¡Claro! Ya sé por qué la cara del camarero me era familiar, ¡debe ser el hermano de Jorge! Y estaba ligando con mi amiga, ¡mierda!

- Tu hermano... ¿se llama Marc? – pregunto disimuladamente para salir de dudas.

- Sí, ¿cómo lo sabes? – pregunta desconcertado.

- Bueno, digamos que... Daniela y él estaban manteniendo una conversación de lo más interesante – respondo con una risa perversa. Él pone los ojos en blanco y se echa la mano derecha a la cabeza mientras con la otra sigue sujetando el volante – En realidad no te describí muy bien el sitio, así que te felicito por tus dotes de detective – añado y el esboza media sonrisa, aunque aún sigue algo cabreado.

Al llegar a su casa y salir del ascensor, saca la llave de su bolsillo, abre la puerta y me invita a entrar. Se trata de un piso de unos sesenta metros cuadrados, con una cocina, un salón y un solo baño, aparte de una habitación que se separa del salón por una pared de cristal opaca. Los muebles son de lo más moderno, y el piso es increíblemente acogedor, ¡me fascina! Cuando me independice tendré un piso así en el centro de Madrid.

Me siento en la barra de la cocina y me ofrece un vaso de agua, la verdad es que tengo la boca sequísima después de haber bebido alcohol, así que me lo bebo de un tajo y le pido otro.

- Muy bonito tu piso – le digo mientras me sirve el segundo vaso.

- Gracias, llevo solo tres años viviendo aquí – responde.

- Y tu... ¿chica? , ¿vive contigo? – pregunto abochornada.

- Bueno, ella vive entre la casa de sus padres y mi piso – responde, aunque por su tono percibo que no le gusta hablar del tema – ahora mismo está en casa de sus padres.

- Ajá... - contesto tratando de no volver a inmiscuirme – espero que no se enfade si aparece y me ve aquí...

- Tranquila, eso no pasará – contesta tajante sentándose en una butaca junto a la mía.

- ¿Por qué me has enviado ese mensaje? – pregunta y yo dejo el vaso sobre la barra. ¡Tierra trágame! Ese mensaje fue producto de un arrebato provocado por el alcohol, desearía no haberlo enviado nunca.

- Pues... porque había bebido y me sentía mal porque no podía parar de pensar en ti – respondo sincera con la cabeza baja mirando hacia el vaso de agua. Él permanece en silencio durante un rato, pero luego se acerca hasta mí y me levanta la cabeza suavemente poniendo una mano bajo mi barbilla.

- Yo tampoco he podido parar de pensar en ti – responde y se acerca cada vez más a mi hasta que vuelve a besarme.

Esta vez, más desinhibida por el alcohol, me dejo llevar; le sigo el juego pasando mis manos por detrás de su cabeza, rozando con mis dedos su suave pelo negro y pegándome cada vez más a su cuerpo que desprende un calor envolvente. Cómo si de un arrebato se tratara, me levanta en peso sin parar de besarme, con un ritmo intenso y delicado a la vez, para llevarme hasta la

cama, y yo paso mis piernas por detrás de su cintura aferrándome del todo a su cuerpo.

- ¿Estás segura de que quieres hacer esto? – me pregunta al tumbarme sobre las sábanas blancas y grises, alejándose un poco de mí y mirándome con un brillo especial en sus profundos ojos negros – no quiero obligarte a nada.

- No me estás obligando, quiero hacerlo – respondo contundentemente mirándole a los ojos.

Se tumba encima de mí y empieza a besarme dulcemente por el cuello; pasa las manos por mis muslos, acariciándolos con suavidad, y las mete por debajo de mi falda avanzando hacia mis nalgas hasta que la prenda se me queda como si fuera un cinturón. Yo misma me quito la camisa y él comienza a bajar la falda por mis piernas contemplando absorto mi cuerpo, para quedarme únicamente con mi conjunto negro de ropa interior. Después, se queda de rodillas justo encima de mí y se saca la camiseta por encima de los hombros. Me mira como si estuviera viendo algo increíblemente hermoso, y se agacha hasta el cajón de su mesilla de noche para sacar un preservativo; no es necesario si lo que quiere evitar es el embarazo, ya que tomo anticonceptivos, pero no quiero exponerme a ninguna enfermedad de transmisión sexual. Me incorporo y empiezo a desabrocharle el pantalón dejándome llevar por el momento. Cuando ambos hemos conseguido deshacernos de nuestra ropa interior, vuelve a besarme todo el cuerpo de una forma sumamente delicada, como si tuviera entre las manos una pieza de coleccionista que se pudiera romper, y luego se abalanza sobre mí de forma apasionada y tierna a la vez.

Cuando me doy cuenta, estoy tumbada en la cama de mi profesor, aunque durante todo este tiempo no lo he visto de esa manera; lo he tratado como el

hombre que me acaba de hacer el amor de la forma más dulce e increíble que pueda existir. Nunca me habían hecho el amor de esa manera, supongo que es cuestión de mi corta aunque intensa experiencia en el plano sexual, pero en este momento, acostada sobre su pecho, me siento como si estuviera en el mismo cielo.

4.

- ¿Qué hemos hecho? – le pregunto aún tumbada sobre su pecho caliente en el que se puede escuchar perfectamente cómo el corazón aún le va muy rápido. No me atrevo a mirarle a la cara, ambos estamos mirando al techo porque nos negamos a enfrentarnos a la realidad de lo que ha pasado.

- No sé qué ha pasado, pero me gustaría quedarme aquí eternamente – responde. Luego se incorpora para quedarse encima de mí, mirándome a los ojos, con ambos brazos apoyados a los lados de mi cabeza - ¿qué me estás haciendo, Cloe?

- Ni siquiera yo sé lo que estoy haciendo conmigo misma... - contesto confundida bajando la mirada.

Sin pensármelo dos veces, acabo de acostarme con mi profesor del instituto, en su cama. Cama que comparte con su novia, y he obviado el hecho de que yo también tengo novio y acabo de serle infiel. En estos momentos me siento la persona más rastrera y miserable del mundo, pero no me arrepiento de lo que acabo de hacer. Ha sido sencillamente increíble, y volvería a repetirlo mil veces más, a pesar de que indudablemente acabo de matar de una vez por todas con mi relación con Alex...

- Creo que es mejor que me vaya a casa – le digo incorporándome en la cama para ponerme la ropa interior. Él no se atreve a decirme nada para que cambie de idea, solamente se limita a apartarse. Sabe que lo que acabamos de hacer está mal, y se siente tanto o más culpable que yo, porque se le nota en la cara.

- Te llevaré, es muy tarde y no quisiera que te pasara nada – responde levantándose para ponerse sus vaqueros y la camisa. Yo asiento con la cabeza, aún absorta por las emociones del momento.

Me levanto y me pongo la falda, mi camisa y mis tacones. Cojo el bolso que dejé sobre la barra de la cocina, y cuando ya ha acabado de ponerse toda la ropa nos dirigimos hasta el garaje para coger el coche. Durante el trayecto ninguno de los dos dice nada, se crea un silencio demasiado incómodo, pero no tenemos el coraje de mencionar una palabra; él se limita a conducir y yo a escribirle a Carlota diciéndole que llegué a casa hace rato pero me había despistado con lo de avisarla.

- Por favor, te pido que no digas nada de lo que ha pasado – me dice al aparcar a unos metros de mi casa. Se pasa la mano que tiene apoyada en la ventanilla por la cabeza con semblante de preocupación e inspira muy hondo – no quiero que pienses que me arrepiento ni que me avergüenzo, pero tanto tú como yo sabemos que ha estado mal.

- Lo sé, tranquilo – respondo avergonzada por la situación – no diré nada. Soy consecuente con mis actos y sé que no ha sido lo más correcto por parte de ninguno de los dos – él asiente con la cabeza y esboza media sonrisa para darme las gracias – tengo que irme.

- Cloe, no pienses que hago esto con todas las chicas que se me cruzan por delante – me dice mirándome directamente a los ojos – contigo ha sido... diferente – añade con los ojos llenos de brillo.

- No te preocupes, nunca pensaría eso – le respondo con una sonrisa cómplice – Hasta luego, Jorge – me despido rápidamente y me bajo del coche, si permanezco ahí un segundo más sé que instintivamente volveré a besarle sin importarme nada más.

Arranca su coche y veo cómo se aleja por el fondo de la calle. Entro en casa, subo muy despacio las escaleras para no despertar a nadie y me voy directa a darme una ducha, tengo una sensación muy extraña en el cuerpo, entre alegría y tristeza; he hecho algo que está mal, pero me ha gustado, es más, me ha encantado. Durante todo ese tiempo me sentí libre y deseada. Él me miraba como si quisiera devorar el resto de su vida cada uno de los centímetros de mi cuerpo con suma delicadeza, y eso me hacía sentir especial. Cuando termino de ducharme me voy a la cama, pero no puedo quedarme dormida durante un buen rato. Mi cabeza es como una noria que da vueltas pensando en lo que he hecho, más concretamente en lo que he hecho con otro chico que no es mi novio, y con el que además se supone que tengo terminantemente prohibido mantener una relación más allá de la cordialidad. Esta vez se me ha ido de las manos... demasiado.

Al día siguiente...

- ¡Buenos días cariño! ¿tu hermano aún no se ha levantado? – me pregunta mi madre al verme entrar en la cocina para desayunar. La miro a los ojos y se me cae la cara de vergüenza cuando me acuerdo de lo que hice ayer. Si mi madre llegara a enterarse estoy segura de que me repudiaría de por vida.

- No, mamá, aún está durmiendo – le respondo agachando la mirada mientras me sirvo el café.

- ¡Son las doce de la mañana, que no piense que va a estar todo el día durmiendo! – exclama enfurecida con mi hermano, mientras se seca las manos después de haber fregado su taza del desayuno – Bueno, cuéntame, ¿qué tal el concierto de anoche?

En estos momentos me gustaría poder tener la capa de invisibilidad y esconderme del mundo entero... ¿Qué se supone que debo decirle a mi madre? Ella cree que fui a un concierto con mis amigos, y yo en realidad pasé la noche teniendo sexo con mi profesor, aunque probablemente esté loca, pero yo sentí algo más que simple sexo sin sentimientos. No sé ni siquiera qué decirle, pero por supuesto obviaré la segunda parte de mi noche desde que salí de la sala de conciertos.

- Pues... ¡guay! – exclamo tratando de disimular – el grupo tocaba muy bien, pero no me sabía ninguna canción y me aburrí un poco por eso... pero, al fin y al cabo, ¡nos divertimos! – y tanto que me divertí...

- ¡Genial! Es normal cariño, es un grupo nuevo y están empezando – responde convencida secando los platos – Ya verás que cuando

triunfen podrías decir que fuiste una de sus primeras fans – contesta intentando hacerse la graciosa. La miro de reajo mientras unto la tostada intentando decirle que “corte el rollo”, pero ella se ríe. Entretanto, Pablo entra en la cocina con su pijama de estrellitas y su pelo rubio alborotado. Si sus colegas del instituto supieran que utiliza un pijama de estrellitas se estarían riendo de él hasta que acabara la universidad. Tal vez algún día debería hacerle una foto y enseñársela a ellos. Solo de pensarlo me entra una risa maléfica interior.

Después de desayunar subo a mi cuarto; no tengo otra intención que pasar el resto del día en casa estudiando, pero Alex me ha mandado un mensaje en el que me pregunta si puede venir esta tarde para ver un capítulo de una de las series que estamos siguiendo juntos. De nuevo, se me vuelve a caer la cara de vergüenza al pensar en la noche de ayer. No voy a poder mirar a los ojos a mi novio nunca más, tengo un dilema mental entre contárselo o no contárselo que me está empezando a costar un buen dolor de cabeza, o tal vez sea la resaca. Si se lo cuento, sé que acabaré de una vez por todas con la relación, pero si no lo hago el remordimiento y la culpa estarán presentes cada día, cada vez que esté con él, y, sobre todo, cada vez que vuelva a ver a Jorge. ¡No puedo! No puedo contarle a nadie lo que he hecho, me expulsarían del instituto y aún me queda medio año para acabar, además de que a Jorge lo echarían de su trabajo también, y sé que Alex no soportaría verle la cara cada día. Dios mío... en qué lío me he metido. No me queda más remedio que hacer de la culpa y el arrepentimiento mis mejores amigos.

- ¡Hola nena! – me dice Alex dándome un beso en los labios cuando le abro la puerta de casa. Ni siquiera me he puesto guapa, le he recibido en leggins, sudadera y zapatillas, total, no vamos a salir de casa.

- ¡Hola! – le respondo a su beso con otro. Me siento como si en este momento tuviera en la frente un cartel luminoso que pone “infidel”. No sé ni qué hacer, actúo de una manera tan extraña y nerviosa que incluso le cojo de la mano para entrar en casa, a pesar de él siempre ha entrado por mi casa con total confianza.

- ¡Hola Alex! ¿cómo estás? – le saluda mi madre con dos besos incorporándose del sofá.

- Hola Celia, muy bien, gracias – responde él con total respeto - ¿qué pasa colega? – saluda a mi hermano que está tumbado en el otro sofá.

- Mamá, estaremos arriba en mi cuarto – le digo a mi madre y de fondo observo cómo mi hermano, para reírse de mí, hace muecas a escondidas dándose besitos a él mismo aprovechando que mi madre no le mira; yo le enseño el dedo en señal de enfado y salimos del salón.

- Está bien, cielo – responde mi madre sin quitar ojo de la película que está viendo en la televisión.

Cuando ya estamos en mi cuarto, Alex se sienta en mi sofá cama y comienza a preguntarme qué tal el concierto de ayer. Noto como las mejillas se me ponen coloradas al contarle cómo lo pasamos en la sala, pero intento no mirarle para que no se dé cuenta. Para tratar de evadirle, miro hacia mi ordenador en busca del último capítulo que vimos de la serie, y aprovecho para preguntarle qué tal le fue a él en el partido de fútbol. Empieza a relatarme cada jugada, minuto a minuto y me aburro tanto que ni le presto atención. Cuando consigo encontrar el episodio, apago la luz del cuarto y nos tumbamos los dos en el sofá cama para verlo.

De pronto, él empieza a meterme mano por debajo de la camisa, pero no

me apetece para nada que me toque, así que le rechazo intentando no ser del todo cortante para que no se me note nada extraño.

- ¿Qué te pasa, nena? ¿no te apetece? – me pregunta desconcertado ante mi negativa.

- No es eso, es que... mi madre puede subir, últimamente le ha dado por entrar mucho a mi cuarto sin avisar... - contesto sofocada sin saber muy bien de dónde me he sacado esa excusa.

Alex me responde con media sonrisa y un abrazo que no ha sido del todo convincente. Creo que no se ha quedado muy conforme con mi respuesta, pero tengo que admitir que ante todo es un chico bastante respetuoso, así que saca sus manos de debajo de mi camisa sin dejar de abrazarme ni un minuto mientras vemos la serie. Al llegar la hora de cenar, mi madre propone pedir unas pizzas, ya que Alex aún está en casa. Él acepta, pero no parece estar muy de acuerdo con la idea, creo que no le ha gustado mi respuesta de esta tarde, dado que ha estado la mayoría del tiempo distante conmigo, pero no puedo hacer algo que no me apetece hacer...

Mientras estamos cenando, charla con mi hermano sobre su equipo de fútbol, y yo diría que me aburro muchísimo, pero tengo la cabeza en otra parte, concretamente en Jorge. No entiendo muy bien mi sensación, pero la verdad es que me gustaría estar cenando con él ahora mismo, en lugar de estar aquí hablando de cosas que ni siquiera me gustan. Tengo la mirada perdida, y no he probado sino un pedazo de pizza barbacoa.

- Hija, ¿qué te pasa? – me pregunta mi madre riéndose de una de las ocurrencias de mi hermano – Estás ausente.

- ¡Nada mamá! Tengo un poco de sueño y mañana tenemos que presentar un trabajo así que, estoy pensando en eso – respondo

tratando de integrarme en el buen rollo que se traen los tres.

- ¡Joder! Es verdad, ¡no me acordaba del trabajo! – exclama Alex con cara de asombro – Debo irme, que tengo que repasar – añade sacudiéndose las manos manchadas con harina de la pizza.

- ¡Hala! ¿dónde tendrías la cabeza? – responde mi madre en tono irónico a lo que él contesta con una sonrisa vergonzosa.

Cuando acabamos de cenar, le acompaño y me despido de mi chico en la puerta de casa de la manera más fría que jamás he visto; simplemente nos besamos como si se tratara de una obligación y nos decimos hasta mañana. Luego subo las escalera, me doy una ducha y me pongo el pijama para acostarme en la cama a repasar el trabajo. En realidad me lo sé de memoria porque llevo toda la semana estudiando, pero necesito echarle un último vistazo, aunque por más que lo intento no puedo concentrarme. Solo pienso en la noche de ayer, en Jorge y en qué estará pensando sobre lo que pasó entre nosotros...

A la mañana siguiente...

- ¡Buenos días! ¿has estudiado? – me pregunta Daniela cuando me ve llegar al muro para saludarlas - Espero que sí, porque te fuiste súper pronto de la fiesta el sábado, y si no fue para estudiar ya me dirás... - la cara se me queda blanca, pero por suerte Alex y Nora aún no han llegado y no se enteran del impertinente comentario de Dani.

- ¡Oye! Que yo no te cuestiono lo que hayas hecho en tu finde... aunque seguro que la noche del sábado no lo pasaste nada mal – le respondo entornando la mirada intentando que me cuente lo que pasó al final con el camarero, y así evitar dar explicaciones de lo que hice

yo.

- ¡Es verdad! Venga, cuéntanos qué pasó – añade Carlota levantando ambas cejas y acercándose un poco a ella.

- Por mí no te cortes, que ya vi que estuviste pegada a la barra toda la noche... -contesta Fabio riéndose. Daniela se ríe vergonzosa y se le pone la cara del color del tomate.

- Está bien... ¡pasamos la noche juntos! Y bueno... ¡ayer volvimos a quedar! – exclama mi amiga con una ilusión evidente en sus palabras mientras se le van quedando solamente las mejillas de color escarlata, aunque es raro, porque ella no se suele avergonzar tan fácilmente cuando se trata de un chico.

- ¿En serio?, ¿y qué tal? ¡Cuéntanos todo! – le dice Carlota emocionada. Fabio hace un gesto con sus auriculares en la mano tratando de insinuarle que está ajeno a la conversación.

- ¡Oye! No seáis chismosas, ya os contaré – responde Daniela haciéndose la interesante – Además, Nora aún no ha llegado, cuando estemos todas lo contaré.

- Parece que te gusta de verdad, ¿no? – le pregunto insistente con un golpecito en el hombro.

- ¡Déjame! – responde y se aparta haciéndose la indignada.

En ese momento empieza a sonar el timbre para entrar a clase y veo cómo se acercan Nora y Alex por la esquina de la calle a toda prisa, se les debe de haber escapado el autobús de primera hora. Cuando llegan hasta donde estamos, no tenemos tiempo para ponernos a charlar, así que nos saludamos y nos dirigimos hacia la puerta de hierro verde para subir a clase, sin haber visto llegar a Jorge aún.

Al llegar la tercera hora de clase los nervios me van a consumir. De pronto, entra por la puerta chirriante de madera, directo a su mesa y sin quitar la mirada de la pizarra. Se sienta, saca las cosas de su maletín, pero ni siquiera me mira, aunque yo tampoco hago muchos esfuerzos por levantar la mirada del libro; debo tener las mejillas coloradas. Pasada media hora de clase, sin apenas cruzar nuestras miradas, él se levanta de su silla y empieza a repartirnos unos trabajos que recogió la semana pasada. ¿Un siete? Joder... ¡Pensaba que lo había hecho mejor! Nunca se me han dado bien los trabajos, soy nula con eso porque tengo poquísima imaginación, en cambio para los exámenes soy medianamente buena, ya que memorizar se me da muy bien. Abro la primera página del trabajo para ver si me ha puesto alguna corrección, pero me encuentro una nota escrita a lápiz: *“Quédate en clase durante el recreo, necesito hablar contigo”*

Se me pone el corazón a mil, rápidamente miro hacia los lados para cerciorarme de que nadie haya visto la nota y me apuro en borrarla, también sin que nadie se dé cuenta. En ese momento, levanto la mirada hacia la pizarra, y veo cómo Jorge me está mirando impasible desde allí. No hace ni un solo gesto, pero en su cara puedo observar que intenta cerciorarse de que haya leído lo que me ha escrito, así que disimuladamente hago un movimiento de cabeza a modo de afirmación y él medio sonrío.

- Chicas, bajad vosotras – les digo a Carlota y Daniela cuando suena el timbre para salir al recreo - la profe de Historia me ha dicho que me pase por la sala de profesores para revisar el examen.

- ¡Joder tía! Vaya coñazo has dado con el examen, ¡tranquila! – exclama Daniela con cara de agotamiento – es solo una nota, nadie se ha muerto por sacar un cinco, si no, mírame a mí... - la semana pasada me dieron mi primera nota de Historia este año y saqué un cinco. No

está nada mal, teniendo en cuenta que aprobó poquísima gente, pero siempre intento esforzarme lo máximo posible, y durante toda la semana he estado dándoles la tabarra con mi baja nota.

- Anda, déjala – le dice Carlota cogiéndola del brazo - ¡hay gente que se preocupa por sus notas! – exclama en tono de riña.

Observo cómo Jorge no se apura en recoger sus cosas, se lo toma con bastante calma para esperar a que salga todo el mundo de clase y poder así hablar conmigo a solas. Yo hago lo mismo, y una vez que se han ido las chicas y el resto de compañeros, me levanto de la silla y me quedo apoyada sobre mi mesa. Con un semblante de lo más serio, él se dirige hasta la puerta de clase, saca una llave pequeña de su bolsillo, la mete en la cerradura y cierra, pero a mí me entra el pánico al pensar en que alguien pueda intentar entrar y vea que estamos los dos ahí encerrados.

- ¿Qué haces? – le pregunto asustada.

- Tranquila, es para que no entre nadie y nos vean aquí hablando – contesta de lo más tranquilo acercándose hasta mí.

- Hombre, creo que sería menos sospechoso si dejáramos la puerta abierta, ¿no? – le pregunto irónicamente con la ceja izquierda levantada.

- Tal vez no... - contesta acercándose despacio hasta mí. De repente me coge de la cintura con una mano, con la otra me agarra suavemente la cabeza y empieza a besarme de una manera apasionada, a lo cual yo le respondo dejándome llevar, en lugar de apartarme.

- ¡¿Qué haces?! – le digo separando mi boca de la suya tras haber probado de nuevo su sabor.

- Besándote – contesta jadeante – necesitaba hacerlo – responde

con algo de confusión en sus palabras.

- Pero... esto no está bien... - le digo titubeante, sin embargo, él vuelve a besarme y no puedo seguir hablando. Caigo rendida a sus encantos en el momento en que acerca su cálido pecho al mío, y cuando me doy cuenta, me coge en peso para tumbarme sobre su mesa. Empieza a pasar sus manos por mis pechos, masajeándolos de una forma dulce y va bajando cada vez más, hasta que consigue entrar por debajo de la falda de mi uniforme. Arqueo mi espalda cada vez que me toca, porque hace que me sienta muy deseada, y esa sensación es maravillosa. En ese momento no me doy cuenta ni de dónde estoy, tengo tantas ganas de que me haga el amor aquí y ahora, que me da igual si nos descubre alguien, así que sucede...

- Esto no ha estado bien – me dice culpable mientras se abrocha el botón de sus vaqueros y yo, aún sentada sobre la mesa del profesor, trato de colocarme el polo del uniforme por dentro de la falda – lo siento Cloe, todo esto ha sido culpa mía – añade poniendo sus manos sobre mis muslos y mirando al suelo.

- Un poco tarde para decir eso, ¿no crees? Además, te recuerdo que yo también he participado en esto, así que la culpa en todo caso sería de los dos – le digo.

- Sí, pero... se supone que yo tengo una edad para hacer las cosas de la manera más correcta – me contesta pasándose la mano derecha por detrás de la cabeza con un gesto de culpabilidad en su cara sin quitar la izquierda de mi rodilla.

- Todos cometemos errores – respondo poniendo mi mano sobre la suya.

- No eres ningún error, Cloe – me dice volviendo a poner la otra mano sobre mi otra rodilla – pero no sé qué haces conmigo, siento la necesidad de que seas mía cada vez que te veo.

- Creo que a mí me sucede algo muy parecido... - le respondo en un tono culpable y él agacha la cabeza. De repente, miro hacia el reloj que hay colgado en la pared y me percató de que en cinco minutos acabará el recreo y alguien puede darse cuenta de que estamos ahí – ya va a acabar el recreo, creo que deberíamos salir del aula.

- Tienes razón – responde apartándose y se apura en recoger sus cosas – oye... ¿puedo recogerte esta tarde para que hablemos mejor las cosas?

- ¿Esta tarde? - pregunto confundida – sí, supongo que sí... ¿a las seis?

- Perfecto, te recojo en la esquina de tu calle – contesta con una sonrisa. Al despedirse me doy cuenta de que intenta acercarse para besarme, pero por un momento lo piensa y recula en su intención pasando su mano por mi mejilla para acariciarla de manera tierna.

Cuando ya se ha ido, salgo a la puerta para asegurarme de que nadie le ha visto salir. Me dirijo al baño para intentar peinarme y arreglar mi cara roja y acalorada. Me mojo las mejillas con agua fría, me repongo un poco el pelo y paso el gloss por mis labios para disimular la hinchazón después de haber estado besándole durante un buen rato.

- Tía, ¿qué te ha dicho la de Historia? Ni siquiera te ha dado tiempo de bajar a desayunar – me dice Carlota cuando ya hemos entrado en clase y estamos sentándonos en nuestros viejos pupitres de nuevo.

- Nada... lo típico, que debo esforzarme más en su asignatura para poder sacar mejores notas – respondo sin darle importancia tratando de ser convincente.

- ¿Más? ¡Joder! Pues entonces yo que he sacado un cuatro no sé lo que debo hacer... - responde Daniela indignada desde el otro lado de su pupitre. En ese momento entra la profe de Inglés en clase y se nos acaba el ratito de conversación.

La tarde de ese mismo día...

- ¡Mamá! Voy con las chicas a la biblioteca, vuelvo temprano – le grito a mi madre desde la puerta de la entrada mientras me coloco mi abrigo y mi bufanda.

- ¡Está bien! No vuelvas tarde – responde desde el salón tumbada en el sofá.

- ¡No lo haré! Adiós mamá – contesto.

Salgo de casa mirando en todas las direcciones en busca de algún vecino chismoso o esperando que mi madre no salga a tirar la basura, pero en cuanto miro hacia la esquina de la calle, observo que el Mercedes gris de Jorge está ahí parado. A toda prisa camino hacia él, abro la puerta del acompañante y me subo.

- ¡Hola! – le saludo tímidamente con dos besos al sentarme en el asiento del copiloto. Está increíblemente sexy con el abrigo azul que lleva puesto y sus pantalones vaqueros ajustados, aunque yo prefiero quedarme con lo que hay debajo.

- ¡Hola! ¿A dónde te apetece ir? – me pregunta con una sonrisa vergonzosa pasándose la mano izquierda por el brazo derecho. Qué

bien huele su coche, me encanta la mezcla entre fresa y frambuesa, aunque su perfume también huele increíble, no sé con cuál de los dos olores quedarme.

- Pues... no sé – respondo confundida – tal vez podríamos ir a un parque que está a varias calles de aquí – añado vergonzosa – te puedo indicar el camino.

- Vale, me parece bien – responde con media sonrisa y aprieta el botón para poner su coche en marcha.

Durante el camino lo único que se escucha son mis indicaciones hacia el parque y de fondo suena “One” de Ed Sheeran en los altavoces del coche. Cuando llegamos, Jorge aparca cerca de una de las entradas, nos bajamos y empezamos a caminar por los senderos ajardinados en completo silencio y sin rozarnos. De vez en cuando miro al suelo y disimuladamente giro la mirada hacia él; me gustaría cogerle de la mano en este momento y poder caminar sin que nadie nos mirara de una manera extraña por la notable diferencia de edad que hay entre los dos. Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias de la vida...

- ¿Te apetece sentarte? – me pregunta al acercarnos a un banco de madera situado entre algunos arbustos.

- Sí, claro – respondo con una sonrisa. Se sienta a mi lado haciéndome sentir de nuevo el calor que desprende su cuerpo y noto que le cuesta un poco hablar porque está nervioso. Se pasa la mano por detrás de la cabeza y mira hacia el suelo sin saber exactamente qué decir.

- Cloe... - espeta dubitativo entrelazando los dedos, con los codos apoyados en sus rodillas – no sé exactamente por dónde empezar...

- Puedes empezar por el principio – le digo con una sonrisa y le paso la mano por el muslo intentando darle confianza, aunque rápidamente la quito por si acaso alguien me pueda ver.

- Ni siquiera sé cuándo empezó todo esto... - responde confundido mirando al suelo – el año pasado eras una de mis mejores alumnas, manteníamos una relación de confianza, al igual que con el resto, pero de repente empecé a sentir que contigo era diferente – añade explicándose y moviendo las manos en la misma posición – sentía la necesidad de verte cada día por el instituto, y cuando no te veía me pasaba las horas buscándote por los pasillos o yendo a tu clase con cualquier excusa estúpida simplemente para ver si ese día habías ido al instituto y seguías estando ahí... - levanta la cara y me mira fijamente con sus ojos negros y profundos. El gesto de mi cara cada vez va cambiando más hacia el asombro absoluto – Cuando llegaron las vacaciones de verano pasé tres meses sin verte, y no hubo un solo día en el que no sintiera la necesidad de volver a clase y que estuvieras ahí sentada en tu mesa, como cada día. De pronto noté que te estaba echando de menos, mucho más de lo normal...

- ¿Me estás hablando en serio? – le pregunto con los ojos muy abiertos sin salir de mi asombro.

- Completamente en serio... - responde abochornado con un movimiento de cabeza en señal de afirmación – no deseaba otra cosa, sino que empezara el curso para poder verte de nuevo. Y por eso, cuando pasó aquello con tu móvil, lo vi como una oportunidad de estar a solas contigo y tenerte un poco más cerca...

- Sí, recuerdo que cotilleaste mis mensajes sin permiso... - le respondo tratando de parecer enfadada y entornando un poco los ojos,

a lo que él me contesta con una pequeña risa.

- Pensarás que estoy loco, que soy un acosador o cualquier cosa de esas... - contesta avergonzado y poniéndose serio de nuevo - ¡mírate! Eres una niña, y yo a tu lado parezco un pederasta...

- ¡Eh! ¡eh! ¡eh! Soy una mujer hecha y derecha, que tenga diecisiete años aún no quiere decir que tenga la inmadurez típica de mi edad – respondo tajante y seria – puede que a veces actúe un poco inmadura, pero, ¿y quién no? Incluso las personas con cuarenta años cometen actos inmaduros. Sin embargo, cuando se trata de algo serio, ya soy lo suficientemente mayorcita como para tratar las cosas con madurez.

- Lo sé, te conozco lo suficiente como para saber que tienes una madurez superior a la propia de tu edad – responde comprensivo – eso nunca lo pondré en duda, pero entiéndelo... te llevo trece años, ¿qué pensaría la gente? Me quedaría sin trabajo y lo peor de todo es que te jodería tu futuro...

- Lo sé, pero, hay algo que no me cuadra... ¿qué pasa con tu chica? – pregunto directa - ¿ya no sientes nada por ella?

- Bueno... a decir verdad, hace casi un año que nuestra relación está al borde del precipicio... - responde cabizbajo – sé que ella me quiere, pero yo ya no siento lo mismo y no quiero hacerle daño. No puedo estar con una persona cuando hay otra que ocupa mis pensamientos las veinticuatro horas del día...

- Ya, te entiendo perfectamente... - respondo también cabizbaja.

- ¿Me entiendes? ¿por qué? – pregunta confuso – cuando estás con Alex en el instituto no se os ve nada mal, aunque si te soy sincero es

algo que me rompe por dentro, pero no puedo hacer nada por evitarlo...

- Las apariencias engañan – contesto – también hace tiempo que nuestra relación no es igual; él se ha vuelto distante y yo me he aburrido de eso – añadido con un tono agotado – y bueno... de repente apareciste tú y no puedo dejar de pensar en ti un solo momento.

Él me mira con un brillo especial en los ojos, como si hubiera estado deseando durante toda la vida escuchar esas palabras. Se crea un silencio entre los dos, pero no dejamos de mirarnos fijamente a los ojos con una sonrisa tímida. Me gustaría poder decirle todo lo que siento, quisiera que sepa que desde que él entró en mi vida no he podido quitármelo de la cabeza en ningún momento, que cada noche antes de dormir creo historias en mi cabeza imaginando que algún día deje de haber impedimentos para que podamos estar juntos. Quiero decirle que he llegado a imaginarme pasando mi vida con él, y eso jamás me había sucedido con nadie. Hasta que él llegó yo no pensaba en el amor romántico a pesar de tener novio; mi prioridad eran mis estudios y triunfar en mi carrera, pero ahora incluso he barajado la posibilidad de casarme o tener hijos. Ni siquiera reconozco mis propios pensamientos.

- Cloe... ojalá hubieras aparecido un poco más tarde en mi vida, pero creo que nos hemos conocido en el momento equivocado – responde pesaroso pasando su mano por mi mejilla y acariciándola suavemente.

- Tal vez tengas razón... - contesto entrelazando mis manos para tratar de evitar el frío – Alex tampoco se merece que le pueda hacer algo así, y yo nunca me perdonaría que te quedaras sin trabajo por mi culpa...

- Eso no tiene importancia, para mí lo más importante es tu futuro, y el medio año que te queda en el instituto para poder entrar en la universidad – responde convencido – yo sí que no me perdonaría joderte de esa manera.

- Creo que lo mejor será que sigamos cada uno por nuestro lado y tomemos esto como una historia que quede entre nosotros – respondo cogiendo aire y habiendo sopesado mi decisión - quién sabe si en un futuro podamos coincidir – le añado sonriente intentando quitarle hierro al asunto.

- ¿En un futuro? De aquí a mayo debemos vernos al menos durante cuatro horas a la semana, será mejor que nos acostumbremos a eso – responde con una pequeña risa y muestra su perfecta y blanca sonrisa. Luego se crea de nuevo otro momento de silencio y nos quedamos mirándonos directamente a los ojos guardándonos las ganas de volver a besarnos..

- Entonces... ¿amigos? – le pregunto levantando la mano a modo de saludo conciliador con una sonrisa.

- Me parece bien, ¡amigos! – contesta dándome la mano para seguirme el rollo.

Tras un momento de risas y con la situación más que aclarada, nos levantamos del banco y se ofrece para llevarme de vuelta a casa, pero me apetece ir caminando y él acepta mi decisión. Nos despedimos de manera cordial, aunque tratando no ser demasiado serios, me da un tierno beso en la mejilla, un abrazo cálido y se monta en su coche para irse. Observo como se aleja hasta el final de la calle mientras yo avanzo por la acera, luego saco de mi bolso los auriculares para escuchar de nuevo “One” mientras camino hasta casa.

- ¿No ibas a la biblioteca? ¡Pero si hace una hora que saliste! – pregunta mi madre confundida cuando me ve entrando de nuevo por la puerta de casa.

- Sí, pero es que... cuando hemos llegado a la puerta, resulta que estaba cerrada por obras, así que nos hemos ido a merendar algo y hemos vuelto a casa – le contesto inventándome toda la historia mientras me quito el abrigo y lo dejo en el perchero.

- ¿Obras? ¡Ya podían arreglarla en verano! ¡Qué caraduras! – contesta mi madre ofuscada.

Yo me río, cojo una botella de agua de la despensa y subo hasta mi habitación para ponerme a estudiar y aprovechar el resto de la tarde. No puedo evitar sentirme triste en este momento, tengo la sensación de haberle puesto fin a una relación, la cual nunca empezó, pero que tampoco queríamos que acabara. Hacía tiempo que no tenía esta sensación, concretamente desde antes de estar con Alex no sentía el llamado “mal de amores”, pero esta vez es distinto, como si me importara mucho más que las veces anteriores. ¡Está bien! Será mejor que me ponga a estudiar o seguiré sacando notas bajas en Historia, ahora mismo lo que más debe importarme son mis estudios...

5.

Dos meses más tarde...

- ¡Buah tía! He aprobado todas por los pelos, no te imaginas lo contenta que me voy de vacaciones – me dice Daniela casi dando saltitos en la puerta del instituto.

- ¡Ahora podrás pasar más tiempo con tu amorcito! – le dice Carlota con un movimiento de cejas para molestarla. Daniela se indigna y corretea detrás de ella para darle un golpecito en el hombro a modo de protesta.

Hoy ha sido el último día del primer trimestre y nos han dado las notas; por suerte he aprobado todas las asignaturas con notas medianamente buenas. Estos dos meses no he vuelto a saber nada de Jorge en el plano personal, a excepción de lo que nos hemos visto o hemos hablado dentro de clase. De resto todo ha transcurrido con normalidad entre los dos. Finalmente, hace un par de semanas me decidí y le pedí a Alex que nos diéramos un tiempo, las cosas ya no estaban yendo bien, ni siquiera nos veíamos los fines de semana y la situación era insostenible. Él se lo tomó bien, aunque no esperaba que se indignara conmigo después de haber estado mal durante tanto tiempo, así que acordamos actuar de manera normal con el resto de los chicos para no crear ninguna situación incómoda en el grupo.

Nora está bastante rayada porque sus notas han dado un bajón considerable este trimestre, así que en lo que transcurren las navidades nos tocará hacerle de apoyo moral. Lo mismo pasa con Fabio, que le ha quedado química y no sabe dónde meterse para que su madre no lo mate. Yo no pienso hacer nada durante las navidades, me tumbaré en el sofá y me tragaré todas

las películas navideñas que pongan en la tele mientras como mantecados, creo que me lo merezco. Aunque no puedo decir lo mismo de mi hermano; ha suspendido cinco, así que le esperan unas navidades de clausura en su cuarto.

A pesar de que estos dos meses Jorge y yo hemos tratado de aparentar normalidad después de lo que pasó, no hemos podido evitar que sigan saltando chispas al cruzar nuestras miradas. Por más que hemos tratado de alejarnos, no he dejado de sentir lo que sentía por él, incluso me atrevería a decir que ese sentimiento se ha hecho más grande con el paso del tiempo. Le echo muchísimo de menos, siento que lo he perdido a pesar de que nunca llegamos a tener ninguna relación. Cuánta razón tiene Melendi al afirmar que es difícil echar de menos algo que nunca has tenido...

Ojalá pudiera adelantar el tiempo y situarme en el día de mi dieciocho cumpleaños. Correría hasta su casa desde que me levantara de la cama por la mañana, solamente para decirle que ya no hay nada que nos impida estar juntos y que podemos besarnos sin sentirnos culpables. Pero por desgracia, para ese momento aún quedan seis meses; mientras tanto, tendré que soportar verle cada día desde el otro lado de la clase, pensando en lo afortunada que es la chica que comparte su vida con él, a pesar de que no sé si seguirán juntos después de lo sucedido.

- Deberías tomártelo más en serio, de lo contrario tendrás muy complicado estudiar la carrera que quieres... - reprende Nora a Daniela poniéndose seria.

- Sí, sí, lo sé – responde pasota sacando su móvil del bolsillo – te prometo que en la segunda evaluación me pongo en serio.

- ¡Ya! Todos los años dices lo mismo... - añade Carlota, y Daniela se ríe quitándole importancia a su asunto.

- ¿Por qué no vamos esta tarde a tomar algo al centro? – propone Fabio - ¡estamos de vacaciones!

- ¡Sí! Podemos ir a esa cafetería nueva que han abierto por El Retiro, mi hermana fue la semana pasada y dice que hay muchísimas cosas guays para merendar – contesta Daniela levantando la mirada del teléfono.

- Vale, por mí perfecto – dice Alex. Me extraña que no haya quedado para salir con sus amigos del fútbol...

Finalmente, quedamos en vernos a las seis en El Retiro, y una vez nos hemos despedido, cada uno pillamos su autobús para volver a casa. Cuando llegamos, mi hermano sube la escalera para irse directo a su cuarto, pero su intento de fuga no le sirve de nada porque mi madre va detrás suya para ver las notas. Estimo que se pasa unos veinte minutos echándole la bronca mientras veo por la puerta entreabierta que él lo único que hace es asentir con la cabeza agachada; vaya navidades le esperan... creo que puede ir olvidándose de la videoconsola que ha pedido.

Cuando termino de comer me acuesto un rato a dormir antes de empezar a prepararme, pero de pronto abro los ojos sobresaltada. He tenido una pesadilla en la que veía cómo Jorge se iba alejando de mí cada vez más hasta que acababa por desaparecer, y yo no podía moverme ni hacer nada por evitarlo. Al despertarme el corazón me late a mil y me siento como si en el sueño hubiera estado a punto de perder la vida, tengo una angustia muy fuerte en el pecho. Ojalá pudiera contarle a alguien cómo me siento, pero ni siquiera puedo hablar con mis amigas del tema porque sé que eso podría acarrear problemas, tendré que tragarme yo sola mis inquietudes...

Después de prepararme, me pongo el abrigo y salgo de casa hacia el metro para quedar con los chicos; es algo pronto, pero me apetece pasear un

rato por El Retiro antes de que ellos lleguen. Cuando estoy melancólica me gusta ir allí a caminar o a sentarme en algún banco frente al estanque para observar a la gente que pasea mientras escucho música. Al bajar del metro me voy directa al parque, no sé ni lo que parezco, voy más abrigada que un esquimal; bufanda, guantes, chaquetón, botas, gorro... ¡de milagro puedo moverme!

Con mis auriculares puestos y con Taburete cantando “Sirenas” empiezo a caminar por los senderos del parque en dirección al estanque. Hay muchísima gente, Madrid en esta época del año siempre está llena y eso la pone aún más preciosa. Camino mirando al suelo y con las manos dentro de los bolsillos, porque hace tanto frío que hasta me cuesta levantar la cabeza; el aire gélido me impacta directamente en la cara. Voy avanzando por delante del estanque, y una de las veces en las que me atrevo a levantar la cabeza, observo a lo lejos algo que jamás habría deseado ver. Es una pareja, sentada en uno de los bancos justo frente al monumento. Están cogidos de la mano, uno al lado del otro casi abrazados y se besan de forma tierna cada dos segundos; son Alex y Nora. No puedo creer lo que están viendo mis ojos en este momento, me quedo parada como si hubiera visto un fantasma y no me muevo de ahí durante al menos tres minutos observando el panorama. En este momento tengo una mezcla de sentimientos en mi interior que no sé ni cómo describir; siento rabia, tristeza y alivio a la vez. Rabia porque se trata de una de mis mejores amigas, tristeza porque él es la persona con la que he compartido dos años mi vida, y alivio porque sé que no está pasándolo mal después de que hayamos decidido darnos un tiempo, pero en este momento el sentimiento de rabia predomina sobre todos los demás. De pronto veo que Nora, con su gorro azul, levanta la cabeza y gira la mirada en mi dirección; me ve ahí parada mirándoles, y el color de su cara pasa de estar rosado por el frío a estar blanco como la cal. La cara de Alex es un poco más de lo mismo,

pero en cuanto vuelve en sí después del impacto de haberme visto, hace un amago de levantarse del banco para venir hasta dónde estoy. Sin embargo, le hago un gesto de negativa con la cabeza, me doy media vuelta y empiezo a correr hacia la salida del parque. Voy tan rápido que en cuanto salgo de allí me dirijo hacia el metro instintivamente, y en cuanto llego a las escaleras de la entrada me tengo que sentar porque me derrumbo y comienzo a llorar.

Ahora lo entiendo todo; las veces que llegaban tarde juntos, todas las ocasiones en las que quedábamos para hacer algo todos y ninguno de los dos podía quedar. La distancia que había creado Alex entre nosotros desde hacía un tiempo, los fines de semana en los que me decía que no podía verme porque tenía que estudiar, y yo quedaba con las chicas, pero Nora nunca podía venir... ahora todo encaja. ¿Cómo he podido ser tan estúpida de no darme cuenta de que me estaba poniendo los cuernos con una de mis mejores amigas? ¡Qué torpe Dios! ¿Lo sabrán los demás y me lo han ocultado? Espero que no, de lo contrario me acabo de hundir del todo... ¿Qué se supone que debo hacer ahora? No quiero ni mirarles a la cara, son dos traidores asquerosos que se han reído de mí todo este tiempo. Aunque, por otro lado, me siento menos culpable al saber que Alex también me ha puesto los cuernos y no he sido la única, que lo mío también tiene tela... ¿Qué hago ahora? No quiero contarle nada a Carlota y Daniela porque me da miedo que me digan algo que no quiero escuchar y me decepcione aún más... En estos momentos siento una increíble necesidad de estar con Jorge; solo él podría mejorar la situación de mierda que tengo ahora mismo, necesito verle y que me abrace hasta que pase todo.

Trato de recomponerme después de un buen rato llorando con la cara entre las manos, me levanto de las escaleras, me seco las mejillas y me paso de nuevo la bufanda por delante de la boca. No obstante, es un intento inútil de que nadie se dé cuenta de que he estado llorando, ya que me han visto las

trescientas mil personas que han pasado por la escalera. Entro al metro y, sin pensármelo dos veces, me subo a la línea que me lleva hasta San Blas. La noche que fui a casa de Jorge había bebido, pero recuerdo perfectamente dónde queda su edificio y el número de su puerta.

Salgo del metro, y aún afligida camino a paso rápido hasta su casa. Cuando llego al portal, hay una señora mayor saliendo de allí, y con una sonrisa muy amable y tierna me ofrece dejar la puerta abierta para que pueda entrar, así que subo al ascensor sin siquiera haber llamado al porterillo para ver si Jorge está en casa. Camino por el pasillo de mármol beige hasta llegar a la puerta del cuarto b y noto cómo los nervios me recorren todo el estómago por lo que estoy a punto de hacer, pero le necesito más que nunca, así que me da igual todo. Justo cuando reúno el valor para pulsar el timbre, la puerta se abre; aparece una chica de pelo castaño y ojos marrones mínimamente achinados, alta, delgada y de cintura ancha. ¡Dios mío! ¿qué he hecho? Esta debe de ser su chica... ¿qué hago ahora? Podría decirle que vengo a repartir publicidad, pero ni siquiera llevo panfletos en la mano.

- Hola... así que eres tú – me dice con un tono afligido – imaginaba que serías guapa, pero no esperaba que fueras tan joven... - añade visiblemente triste. No entiendo nada de lo que me está diciendo, pero por sus palabras intuyo que Jorge le ha contado lo nuestro.

- ¡Penélope! te dejas la cazad... - grita Jorge acercándose hasta la puerta mientras su tono de voz se va haciendo cada vez más pequeño – Cloe, ¿qué haces aquí? – pregunta asombrado al verme. Me quedo en blanco ahí parada, no consigo formar ninguna palabra para sacarla de mi boca.

- Yo... me voy – dice la chica cogiendo un bolso grande que hay

en el suelo junto a la puerta y luego se gira hacia Jorge para coger su cazadora – espero que te merezca la pena lo que estás haciendo – le dice con cierto rencor en sus palabras – Hasta luego – añade con rabia y sale por la puerta en dirección al ascensor con su bolso marrón colgado del hombro.

Una vez las puertas de metal del ascensor se cierran y ella ha desaparecido, Jorge me invita a pasar a su piso. Entro, me despojo de mi abrigo y demás accesorios de invierno, y me pide que me siente en el sofá ofreciéndome algo de beber. Me siento tímidamente y me quedo callada, mirando hacia mis dedos entrelazados durante varios segundos.

- Lo... lo siento – le digo avergonzada – no sabía que ella estaría aquí.

- No te preocupes, ya no estamos juntos – responde. Esas palabras suenan en mi cabeza como si alguien estuviera cantando el Hallelujah y en mi interior doy pequeños saltitos de alegría sin que se me note en la cara.

- ¿Qué ha pasado? – le pregunto interesada en el tema. Quiero saber si le ha contado lo nuestro, probablemente en estos momentos yo sea la persona a la que más odie esa chica.

- Pues... le he dicho que ya no sentía lo mismo – responde mirando al suelo – y que había otra persona – añade. ¿Otra persona? ¿Seré yo? ¡Cloe por favor! ¡Por supuesto que eres tú! A veces le das la razón a todos los que dicen que las rubias son tontas...

- ¿Le has dicho que era yo? – pregunto cuando consigo salir de mi discusión conmigo misma.

- Por supuesto que no, pero al verte creo que ha sacado sus propias

conclusiones... - responde avergonzado mirándome a los ojos – no te preocupes, le diré cualquier cosa para que olvide la situación.

- No, no tiene importancia, de verdad – respondo – la culpa es mía por venir sin avisar.

- Tranquila, hace varios días que empezó a llevarse sus cosas, y hoy había venido a por lo que le quedaba – contesta intentando tranquilizarme – pero, ¿por qué has venido?

- Bueno... estaba muy mal y sentía la necesidad de verte porque cuando estoy contigo los problemas desaparecen – respondo ruborizada.

- ¿Mal? ¿te ha pasado algo? – pregunta asustado cogiéndome ambas manos. Por fin vuelvo a sentir el roce de su piel, el tacto de sus manos suaves y calientes.

Le cuento lo que me ha pasado en el parque y sin poder evitarlo me sale alguna que otra lágrima. Trato de explicarle que no lloro porque aún quiera a Alex, sino porque me duele la traición por parte de ambos, sobre todo de Nora. Somos amigas desde la infancia, y jamás pensé que pudiera hacerme algo así. Él no sale de su asombro, me seca las lágrimas suavemente con la yema de los dedos y de vez en cuando lanza algún taco en contra de Alex, supongo que no quiere hacerlo, pero los celos le ganan la batalla. A pesar de eso, observo en su cara que lo que le cuento no le parece tan sorprendente como a mí, aunque me imagino que pensará que son historias de adolescentes.

- Puedo entender cómo te sientes, es una situación difícil... - responde comprensivo – pero no llores, no me gusta verte llorar – añade pasando la mano de nuevo por mi mejilla.

- Discúlpame, no tenía que haber venido... - le contesto con culpa – solamente necesitaba hablar con alguien y eras la única persona con la que me apetecía hacerlo, pero creo que debo irme – añado haciendo amago de levantarme del sillón.

- No te vayas – me dice agarrándome el brazo – quédate un poco más.

Vuelvo a sentarme en mi posición anterior y me giro hacia él mirándole directamente a los ojos. Levanta su brazo izquierdo para acariciar con delicadeza mi cara y después pasa la mano por la parte derecha de mi cabeza entrelazando sus dedos en mi pelo de una forma muy sutil. Se acerca un poco más hasta mi posición para unir sus labios con los míos y vuelvo a percibir el sabor de su boca; echaba en falta el tacto de sus labios carnosos y suaves, y el calor que desprende su cuerpo cuando se acerca a mí.

- Te necesito – me dice jadeante alejándose de mi boca – he intentado hacerme a la idea de no estar contigo, pero después de lo que pasó no he podido olvidarte.

- Yo tampoco he podido – respondo mirándole a los ojos – me haces falta – añado subiendo las manos hasta entrelazarlas en el pelo de la parte trasera de su cabeza.

Él vuelve a besarme, esta vez de una manera más intensa. Lo hace como si tuviera la necesidad de demostrarme que me necesita. Me agarra por la cintura y suavemente me tumba hacia atrás dejando mi cabeza sobre uno de los cojines del sofá, para quedarse sobre mí envolviéndome con el calor que desprende su cuerpo. Pasa las manos por debajo de mi jersey y mi camiseta y consigue arrebatármelos, para luego hacer lo mismo con el suyo. Se queda de rodillas sobre mí observando mis pechos cubiertos por el sujetador morado de encaje y lleva las manos hasta el botón de mi pantalón vaquero para

desabrocharlo y comenzar a bajarlo lentamente observando con detenimiento cada centímetro de mis piernas. Una vez lo ha conseguido, desabrocha el suyo y se pone en pie para dejarlo en el suelo. Luego vuelve a tumbarse encima de mí, y mientras me besa cada parte del cuerpo dulcemente, se va deshaciendo de mi ropa interior.

- Eres mucho más de lo que podría desear – me dice con los brazos apoyados a ambos lados de mi cuerpo y acariciando suavemente mi pelo con su mano derecha para luego comenzar a hacerme el amor de una manera mágica, incluso mejor que las anteriores.

Esta vez es como si nos perteneciéramos por completo el uno al otro, sin ataduras ni problemas que nos impidan estar juntos aquí y ahora. Siento que verdaderamente esto es lo que quiero, le quiero a él, sin importarme lo que pueda pensar el resto ni los números que nos separan. Mi corazón y mi cuerpo le pertenecen, y pienso entregárselos por completo...

- ¡Tengo hambre! – le digo después de un buen tiempo de caricias y besos tumbados en el sofá.

- ¿Te apetece comer algo? Te advierto que no soy muy buen cocinero... - me responde avergonzado acariciándome el pelo y yo me río.

- ¡Podemos pedir algo para comer! ¿Qué te parece? - le sugiero dirigiendo mi mirada hacia la suya.

- Mmm... ¡vale! Me parece bien – responde con una sonrisa y me besa tiernamente en la frente.

Después de coger el teléfono y pedir algo de sushi para cenar, me pongo en pie y me dirijo hacia el baño para intentar arreglar mis pelos y darme una ducha. Cuando entro, observo que el cuarto de baño está perfectamente

ordenado, cada toalla está estratégicamente colocada en su lugar. Aunque no es muy grande; hay un pequeño lavamanos, el inodoro y una ducha de un tamaño normal, todo en tonos blancos y beige. Mientras improviso una pequeña coreografía sin música, me doy una ducha rápida, me pongo la ropa y vuelvo al salón dónde Jorge está sentado en el sofá escribiendo algo en su ordenador.

- Tienes la casa muy ordenada – le digo sentándome a su lado y él esboza una pequeña sonrisa.

- Sí, es que no me gusta el desorden – responde sin quitar la vista de lo que está escribiendo – mi madre es muy meticulosa con ese tema y yo lo he heredado – añade riendo.

- ¿Cómo se llama tu madre? – pregunto entrometida.

- Patricia – responde.

- ¿En serio? Nunca lo hubiera pensado, es un nombre demasiado moderno... - respondo sorprendida.

- ¡Eh! ¡Que mi madre no es ninguna vieja! – contesta enfadado mirándome – Tiene cincuenta y tres años.

- ¡¿De verdad?! – contesto abriendo los ojos aún más sorprendida – pero si mi madre tiene cuarenta y cinco, ¿cómo es posible?

- Bueno, me tuvo con veintitrés años, si haces las cuentas te cuadrará... - responde.

- Lo siento, es que soy de letras... - contesto entre risas. Él comienza a reírse y luego me tumba hacia atrás en el sofá y empieza a besarme. En ese momento suena el timbre; es el repartidor de la comida.

Mientras cenamos le hago más preguntas acerca de su familia. Evidentemente a su hermano ya lo conozco, tiene veinticuatro años, es camarero los fines de semana y mi amiga Daniela está loquita por él. Pero también me cuenta que tiene una hermana más pequeña, de trece años y que se llama Natalia. Su padre es un poco mayor que su madre, tiene sesenta años, se llama Javier y tiene una empresa de publicidad, y además, tienen un pequeño bulldog francés llamado Coco, al cual me muero de ganas por conocer. Me encantan los perros, y a mi hermano también, pero desde que se nos murió un hámster que tuvimos mamá nunca ha vuelto a permitirnos tener animales en casa.

- Y tu madre, ¿cómo se llama? – pregunta interesado en que yo también le cuente acerca de mi familia.

- Mi madre se llama Celia, es abogada y su edad ya te la he dicho – respondo con risas - ¡Ah! Mi hermano se llama Pablo y va a tercero de la ESO.

- ¡Qué graciosa! Te recuerdo que le veo todos los días en clase – contesta irónicamente enfadado - ¿y tu padre? – pregunta y la cara se me agría.

- No tengo padre – contesto muy seria.

- Lo siento, no... no quería ser impertinente – responde culpable por la pregunta que acaba de hacer y suponiendo que mi padre está muerto.

- No te preocupes – le digo con una sonrisa pasándole la mano por la mejilla – mi padre nos abandonó cuando yo tenía diez años, y jamás hemos vuelto a saber nada de él, así que para mí no existe – añado sin darle mucha importancia al tema.

- Lo entiendo... - me dice dándome la mano - ¿hay alguna novedad entre el loco de mi hermano y la loca de Daniela? – pregunta tratando de cambiar de tema.

- ¡Buah! ¡Pues sí que está loquita por él! – respondo con una carcajada – nunca la había visto tan *in love*, porque ella no es de las que se enamoran, ¡eh!

- Es que los hombres de la familia Doménech tenemos un encanto especial para enamorar a las mujeres – responde moviendo las cejas y haciéndose el interesante.

- Baja de la nube, ¿sí? – le respondo arqueando una ceja y poniendo los ojos en blanco. Él se ríe y se echa un poco de sushi a la boca.

Después de cenar no tumbamos en el sofá con la manta para ver una película que están poniendo en la televisión, pero son las diez y mi madre debe estar preguntándose dónde estoy, ya que le dije que iba a merendar con los chicos. De pronto recuerdo la escena que he visto esta tarde en el Retiro y la rabia me recorre todo el cuerpo, pero ya no de la misma manera que hace unas horas. Después de haber pasado este tiempo con Jorge me siento más feliz, como si el problema ya no fuera tan grande, aun así, no sé si podré volver a mirar a Nora a la cara; lo que está claro es que mi relación de amistad con Alex se ha acabado.

- Creo que voy a irme a casa, mi madre debe estar preguntándose dónde estoy... - le digo incorporándome del sofá.

- Vale, yo te llevo – me dice girándose hacia mí.

- No hace falta, iré en metro – le respondo.

- Ya, pero me apetece llevarte – contesta y yo le sonrío

tímidamente para luego besarle en señal de agradecimiento.

Nos levantamos del sofá y le ayudo a recoger un poco las cosas de la cena. Luego cogemos los abrigos y nos dirigimos hacia el garaje para coger el coche. Al bajar del ascensor todo está oscuro, pero Jorge le da al interruptor para encender la luz y observo que el garaje es enorme, ni siquiera puedo ver el final. Caminamos un poco hasta llegar a donde está aparcado su Mercedes y nos subimos. Él arranca y yo con toda confianza empiezo a tocar botones en la pantalla en busca de las listas de Spotify hasta que encuentro “La Promesa” y pulso el botón de Play. Él me mira y sonrío al recordar el día en que me llevó a casa cuando sonaba esta canción, y le dije que Melendi era mi cantante favorito.

Al llegar a mi casa, para el coche a unos metros de la puerta, como siempre. Es muy tarde y la calle está oscura, así que dudo que alguien nos pueda ver.

- Me ha encantado pasar la tarde contigo – le digo sonriendo tímidamente como una niña pequeña.

- A mí también me ha gustado mucho – contesta mostrándome sus dientes blancos – tanto como para repetir. Yo sonrío de nuevo y me acerco hasta él para besarle de una forma apasionada sin soltar mis manos de su cuello. Cuando me separo de sus labios, nos quedamos a escasos dos centímetros el uno del otro.

- Siento decirte esto, pero... me gustas mucho – le digo directa.

- No lo sientas, porque tú a mí me encantas – contesta con media sonrisa y yo vuelvo a besarle.

- Adiós, profe – le contesto con sorna guiñándole un ojo y él se ríe.

- Hasta mañana, Cloe – responde y me besa por última vez en el

día de hoy, me bajo del coche y me dirijo hasta la puerta de casa. Cuando me giro para ver si se ha ido veo que aún sigue ahí esperando a que entre. Una vez abro la puerta, le digo adiós con la mano, él arranca su coche y se va por el final de la calle.

Al entrar en casa, mi madre está dormida como un tronco en el sofá; la despierto muy despacio y le digo que se vaya a la cama. Cuando subo las escaleras observo que mi hermano aún está jugando con su videoconsola, así que le doy varios toques en la puerta para que entienda que es tarde y se vaya a dormir, aunque me hace menos caso que un sordo. Entro en mi cuarto y vuelvo a quitarme los treinta kilos de abrigo que llevo encima, me pongo mi pijama de franela, mis calcetines gorditos y me meto en la cama. Antes de dormirme miro mi móvil y veo que tengo un mensaje de Nora que pone “*Tengo que explicártelo todo*”. ¿Explicármelo? ¿Ahora? A estas alturas ya puede ahorrarse todas las explicaciones, el daño ya está hecho y por más que pretenda justificarse no pienso perdonarla en lo que me resta de vida. Supongo que por el bien de las chicas debo llevar con ella una relación cordial cuando estemos todas juntas, pero mientras pueda, evitaré estar en el mismo espacio en el que ella se encuentre. No pienso contestarle, así que después de leer los demás mensajes, dejo mi móvil en la mesa de noche y pongo la cabeza en la almohada. Sin poder evitarlo me sale una sonrisa tonta al pensar en Jorge, el rato que hemos pasado juntos ha sido algo mágico, y cuando me acuerdo revolotean unas maripositas en mi estómago; ojalá todos mis días fueran así. De buenas a primeras empiezo a notar el sueño, y caigo rendida en menos de quince minutos.

A la mañana siguiente...

- ¡Cloe! ¡Coge el teléfono! ¡Es Nora! – me grita mi madre desde la

planta baja. Es media mañana y estoy en mi cuarto viendo una serie, no me apetece para nada hablar con esa que dice ser mi amiga. Me levanto de la cama y voy hasta la parte superior de la escalera.

- Dile de mi parte que no me vuelva a llamar nunca más y que no tengo nada que hablar con ella – respondo seriamente a mi madre que está en la parte baja de la escalera con el teléfono en la mano.

Ella me mira atónita sin saber qué ha pasado, pero sabe que si le digo eso es por algo importante, así que le repite a Nora las palabras que le he dicho y se despide disculpándose de forma tímida. Yo vuelvo a mi habitación y me siento en la cama; tengo la enorme necesidad de romper a llorar porque no me gusta hablarles así a mis amigas. Quiero mucho a Nora, pero lo que me ha hecho es demasiado fuerte como para perdonarla. De pronto la puerta de mi cuarto se abre, y mi madre entra muy despacio para sentarse a mi lado en la cama.

- ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado con Nora? – pregunta de forma delicada intentando hacerme ver que está preocupada.

- Nada mamá, solo nos hemos peleado – respondo secándome las lágrimas.

- Cloe... siempre andáis peleándoos unas con otras, pero nunca habíais llegado a este punto... ¿no me quieres decir qué ha pasado? – pregunta insistente. No quiero contarle lo que ha pasado, más que nada porque no quiero que cambie la opinión que tiene de Alex ni de Nora, pero necesito desahogarme y contárselo; mi madre es siempre mi apoyo cuando las cosas van mal.

- Ella y Alex se han liado a mis espaldas – respondo cabizbaja – los he descubierto y por eso quiere hablar conmigo – me mira con una

cara de paciencia infinita con las manos sobre sus rodillas.

- Bueno, cariño... hace tiempo que tú y Alex no estáis juntos, están en su derecho, ¿no crees? – me dice intentando hacerme entrar en razón.

- ¡Pero mamá! ¡Es una de mis mejores amigas! Y Alex ha sido mi novio durante dos años... - respondo entristecida y rabiosa a la vez.

- Bueno cielo, creo que deberías pensarlo, la amistad siempre es más importante que cualquier chico – contesta – pero bueno, es solo un consejo.

Me quedo callada y mirando al suelo. En realidad, mi madre tiene razón, la amistad es lo más importante que hay, pero... me siento muy dolida, y creo que al menos por un tiempo será mejor que no hable con ninguno de los dos. Tal vez cuando volvamos de las vacaciones sea un buen momento para hablarlo, lo pensaré...

Después de aconsejarme y darme un fuerte abrazo revitalizador, mi madre sale de la habitación y retomo la serie, pero pasada una media hora recibo un mensaje de Jorge en el móvil.

“¿Te apetece que repitamos el plan de ayer? Podríamos vernos esta tarde, si estás libre, claro”

De pronto se me olvidan las penas y empiezo a bailar sentada en la cama de la emoción; parezco un perrito meneando la cola, menos mal que estoy sola en mi cuarto y nadie me ve. Me apetece muchísimo verle y volver a estar a solas con él, así que le digo que estaré en su casa sobre las seis, me inventaré cualquier excusa con mi madre. Cuando le he contestado intento volver centrarme en la serie, pero la emoción puede conmigo y no dejo de fantasear como una tonta hasta que llega la hora de irme a su casa.

6.

Quince días después...

Ha llegado el momento de volver a clase. Han pasado dos semanas desde que nos dieron las vacaciones de navidad, y durante todo este tiempo no he vuelto a ver a Alex o a Nora, ni me he interesado por saber nada de ellos, a pesar de que los dos me han enviado mensajes para que hablásemos las cosas, pero no les he contestado. La semana pasada quedé con Carlota y Daniela para ir de compras y les conté lo que había sucedido porque quería hacerlo en persona para saber cómo reaccionar en caso de que ya lo supieran y me lo hubieran ocultado. Ninguna de las dos salía de su asombro, pero por las expresiones de sus caras supuse que se sentían incómodas al verse en medio de las dos, no obstante, les pedí que no cambiaran ningún aspecto de su relación con Nora ni conmigo, porque realmente el problema es entre ella y yo nada más.

Durante este tiempo he estado viéndome a escondidas con Jorge, casi siempre en su casa, y no puedo borrar de mi cara la expresión de felicidad; han sido unas navidades totalmente diferente a los años anteriores, ni siquiera le he puesto tanta importancia a los regalos. Me encanta estar con él a todas horas, me pasaría los días enteros compartiendo risas en su casa, porque me aporta una sensación de tranquilidad y felicidad increíble. No quiero pensar que esto sea así debido a que es un chico mucho mayor que yo, pero estando con él me siento tremendamente protegida, me asombra su madurez y capacidad para entablar cualquier tipo de conversación; con él nunca me aburro. Aún no hemos pensado cómo vamos a abordar la vuelta a la rutina, ni siquiera hemos hablado del punto en el que está nuestra relación, aunque no

sé si pueda denominarse “relación” a algo que debe esconderse del resto del mundo, porque en teoría “está prohibido” que estemos juntos. Me dejaré llevar, y mientras estemos en el instituto, actuaré como si se tratara de un profesor más, obviando el hecho de que me acuesto con él, claro...

- Hasta luego, cariño – me dice mi madre al bajarme del coche en la puerta del insti – ten paciencia, no te alteres – añade dándome un beso en la mejilla haciendo referencia al tema de Nora.

- Tranquila, mamá – respondo sonriente – tengo que acostumbrarme a verles cada día, así que trataré de controlarme – añado y mi madre me dedica una pequeña sonrisa.

- ¡Eh tú! ¡Al menos di adiós! – le grita a mi hermano desde dentro del coche, pero él ya va camino de la esquina dónde está su grupo de amigos. Hace dos semanas que no les ve, porque mi madre le ha tenido estudiando en casa sin poder salir, así que como está enfadado con ella por eso, lo único que hace es levantar la mano desde lejos para despedirse y yo me río sola al verle.

Cuando me bajo del coche, me dirijo hasta dónde están los chicos; siento un gran alivio al ver que Alex y Nora aún no han llegado, así que me siento en el muro junto a los demás. El ambiente se percibe bastante tenso; se quedan callados cuando me ven llegar.

- ¿Qué tal esos regalos de reyes? – pregunto en general para aliviar la tensión.

- ¡Marc me ha regalado un colgante precioso! ¡Mira! – exclama Daniela sonriente sacándose de debajo del suéter del uniforme un colgante dorado en forma de corazón.

- ¡Joder! Parece que vais en serio, ¡eh! – respondo con un

movimiento de cejas - ¡es precioso!

- Bueno, bueno... no me agobies – contesta Dani cambiando su cara a la seriedad absoluta – aún no hemos hablado nada de eso, además, ya sabes que yo soy un alma libre... – añade no muy convencida de sus palabras.

Al escucharla, Carlota, Fabio y yo empezamos a reírnos de forma irónica y ella nos mira con una cara de enfado notable. Justo en ese momento se acercan por la esquina caminando juntos Alex y Nora, y el buen ambiente desaparece para implantarse el mal rollo de nuevo. Me siento muy incómoda y no quiero que se cree una atmósfera desagradable, así que decido levantarme de allí para subir a clase. Cuando les digo que me voy, los tres asienten con la cabeza y una sonrisa cómplice con la que lo dicen todo.

Al llegar al aula abro las ventanas de madera vieja y me siento en mi pupitre. ¡Buah! Otra vez en este sitio... menos mal que solo me quedan seis meses para salir de aquí, aunque pensándolo de otro modo, dentro de seis meses dejaré de ver a Jorge todos los días, y eso me entristece un poco. Pensar que cualquier otra alumna como yo pueda fijarse en él me pone muy celosa; no soportaría que nadie más se fijara en lo que es mío. No obstante, a la mayoría de las chicas del insti las trae locas por ser el profe joven, guapo y simpático, así que no sé por qué me quejo en realidad, si soy la afortunada que ha logrado conquistarlo. Sonrío interiormente orgullosa de mi hazaña, y en ese momento noto que alguien entra en clase.

- Buenos días preciosa, ¿qué haces aquí tan sola? – pregunta Jorge apoyado en la puerta del aula.

- ¡Buenos días! – contesto sonriente y muy alegre al verlo. Me levanto de la silla y a toda prisa me dirijo hacia el final de la clase, le cojo de la mano y lo llevo hasta la parte trasera de la puerta. Allí,

donde nadie nos puede ver, le planto un enorme beso en la boca. Él me coge por la cintura y me sigue el juego con otro enorme beso acercando su pecho al mío.

De pronto suena el timbre de las ocho, y sonriendo sale del aula, no sin antes regalarme otro cálido beso de despedida. Vuelvo a mi mesa para sentarme y a los dos minutos empiezan a entrar a clase los demás formándose un jaleo tremendo, sin embargo, Dani y Carlota se sientan cada una en su mesa completamente en silencio.

- Tía... no soy quién para meterme en esto pero... creo que deberíais hablar las cosas – me dice Daniela con semblante serio refiriéndose al tema de Alex y Nora.

- Yo también lo pienso... - añade Carlota con la misma cara – Nora está fatal, y ya sabéis cómo influye su estado de ánimo en sus notas...

- ¿Su estado de ánimo? ¿y qué pasa con el mío? – pregunto retóricamente - ¿acaso no tengo derecho a estar dolida?

- ¡Sí! ¡Claro que sí! – responde Daniela – pero... - en ese momento entra la profe de Economía por la puerta - ¡bueno! En el recreo hablamos – añade en voz baja.

A la hora del recreo, tardo un poco más en bajar porque quiero atrasar el máximo tiempo posible el momento de encontrarme con la pareja de tortolitos, pero va a ser algo imposible. Cuando llego a los bancos del patio dónde están sentados, me siento junto a Daniela en una esquina a tomar mi desayuno sin pronunciar una palabra. Nadie dice nada al respecto, solo hablan de otros temas como el fútbol o las clases para intentar evitar los momentos de tensión. Pero de repente, y con el atrevimiento que le caracteriza, Daniela se mete de lleno...

- Bueno, ¿qué? ¿vosotros tres no pensáis hablar nunca? – pregunta entrometiéndose y se crea un silencio generalizado.

- No hay nada de qué hablar – respondo levantándome para tirar a la papelera el bote de mi zumo vacío.

- Cloe... - esboza Nora casi sin voz.

- ¿Qué? ¿qué queréis que haga? – pregunto de forma retórica y cabreada – ¿que todo sea normal como si el que era mi novio no llevara meses enrollándose con una de mis mejores amigas? ¡Es absurdo!

- Pero, Cloe, nada fue planeado... simplemente surgió y teníamos miedo de contártelo – añade Alex.

- Quizá sea mejor que os dejemos solos... - dice Fabio refiriéndose a él, Carlota y Dani y haciendo un amago de levantarse.

- ¡No! ¡No os preocupéis! – exclamo – la que se va soy yo, a partir de ahora iré por mi cuenta, no quiero que por mi culpa se forme un mal ambiente en el grupo así que podéis quedaros, de verdad – añado con serenidad – me subo a clase.

- ¡Pero Cloe! – exclama Daniela.

Ni si quiera me doy la vuelta para escucharla, ya he emprendido el camino a clase y no pienso quedarme ahí para que haya malos rollos. Jamás me perdonaría que pasara eso por mi culpa así que lo mejor será que me aleje y punto. Al subir a la planta alta me voy directa al baño, me siento en la taza del váter y comienzo a llorar en voz baja para que nadie me escuche. Necesito desahogarme, porque siento que tengo una enorme presión en el pecho que no me deja respirar... Después de un buen rato ahí sentada llorando, decido levantarme para lavarme la cara. Daría lo que fuera por ir

ahora mismo a buscar a Jorge para que me abrace y se me olvide todo, pero ya va a sonar el timbre y debo volver a clase, así que le veré a última hora.

Las siguientes dos horas las paso callada, sin pronunciar ninguna palabra y sin dirigir la mirada hacia las chicas; me siento bastante culpable por la situación. Pero todo cambia cuando llega la última clase del día y Jorge entra por la puerta; la cara se me ilumina de nuevo y empiezo a sonreír como una tonta. Me doy cuenta de que, cuando nadie mira, él gira su mirada en mi dirección y de vez en cuando me guiña un ojo, eso me crea un morbo increíble, porque saber que nadie de alrededor se da cuenta de que estás haciendo algo prohibido es una sensación muy divertida. Aunque tampoco me puedo dejar llevar del todo por esa sensación, de lo contrario nos pueden descubrir.

Al acabar el día quisiera irme con él y pasar la tarde tumbados en su sofá, pero debo irme a casa para empezar a estudiar. Además, tampoco hemos hablado de que seamos pareja, así que no quiero agobiarle viéndonos tanto. Recojo mis cosas al sonar el timbre y espero a que todo el mundo salga de clase para despedirme de él sin que nadie me vea; le doy un beso furtivo en los labios, salgo de clase guiñándole el ojo y sonriendo me voy hacia la parada del bus. Los chicos ya van caminando delante, así que voy a paso lento detrás de ellos para no tener que unirme a la conversación. Mientras, mi hermano camina a mi lado con sus enormes auriculares escuchando música a un volumen tan alto que puedo escuchar la letra de las canciones. Después de llegar a casa, almuerzo y me acuesto un rato a dormir para luego pasarme la tarde estudiando. Intento evitar pensar en la situación que tengo encima ahora mismo, de lo contrario no podré concentrarme en lo que estoy haciendo...

Al día siguiente en el instituto...

Ya ha sonado la campana para bajar al recreo, pero no quiero propiciar la situación de ayer, así que les pido a las chicas que bajen y yo me quedaré en la biblioteca repasando Historia. Cuando entro a la sala no hay casi nadie; solo los típicos frikis que no bajan al recreo y se quedan leyendo. En realidad no sé ni por qué me refiero a ellos como frikis, porque no los considero así; realmente ese grupo de chicos me da mucha pena; no se relacionan con nadie, y la mayoría de las veces los demás se suelen meter con ellos, aunque yo siempre intento tratarlos a todos de la misma manera, porque al fin y al cabo todos somos personas que sentimos. Me siento al fondo de la biblio y allí abro mi libro de Historia para intentar ponerme a repasar algo. Cuando estoy con la cabeza agachada y casi sumergida dentro del libro, noto como alguien se acerca lentamente hasta dónde estoy; es Jorge.

- ¿Qué haces aquí? Te he buscado por todos lados – me pregunta en voz baja sentándose en la silla que hay a mi lado.

- Nada, que me he venido a repasar – respondo - ¡deja de vigilarme! – le digo en tono de broma.

- Cloe... no pretendas engañarme, sé que te pasa algo – me dice levantando una ceja – desde ayer te he notado alejada de las chicas, ¿qué ha pasado?

- Bueno, es que están empeñadas en que hable con Nora, y ayer en el recreo discutimos y... ¡no me apetece hablar con ella! – respondo revolviéndome en mi sitio y cruzándome de brazos.

- Si quieres un consejo de este señor mayor, creo que deberíais arreglar las cosas – responde – no es justo que acabéis con una amistad

tan bonita solo por rencor.

- ¿Rencor? – pregunto desconcertada.

- Dudo mucho que sigas queriendo a Alex, así que no creo que sea eso por lo que no quieras arreglar las cosas – me dice convencido – además, te recuerdo que tú llevas meses sintiendo algo por otra persona, él no fue el único – añade irónicamente – creo que también tiene derecho a enamorarse de alguien más, y Nora, por su parte, también...

- Pero... es que siento que ha traicionado nuestra amistad – respondo indignada.

- El amor no entiende de amistades, ni de barreras o edades... pero, ¿qué te voy a contar que no sepas? – responde riéndose de una forma muy sexy.

- ¡Buah! Ya ha sacado el García Márquez que lleva dentro... - respondo poniendo los ojos en blanco a modo de burla.

- Pues este García Márquez te encanta, así que los demás también tienen derecho a que les encanten otras personas, ¿no crees? – me pregunta refiriéndose a mi amiga y a mi ex.

- ¡Bueeeeno! ¡está bien! Hablaré con Nora... - respondo rendida ante él porque me ha logrado convencer con sus palabras.

- Así me gusta, ratita de biblioteca – me contesta riéndose y yo le doy un golpe en el muslo cerciorándome después de que nadie me haya visto. No creo que haya nada de malo en que un profesor y una alumna hablen en la biblioteca, pero que hagan manitas ya es otra cosa...

En cuanto suena el timbre, salimos de allí aparentando total normalidad; yo me voy a clase y él se queda en la sala de profesores. Sé que le he prometido que hablaré con Nora, pero no creo que ahora sea el mejor momento, tal vez mañana...

A mediodía, me despido de los chicos al bajar del bus y entro con mi hermano en casa, pero mi madre aún no ha llegado, así que me toca poner la mesa y calentar la comida, con lo que, sorprendentemente, mi hermano me echa una mano; debe de ser porque tiene hambre, si no, no habría movido un dedo. Después de despertarme de la siesta en el sofá del salón, me subo a mi cuarto para ponerme a estudiar, pero en cuanto abro los libros y me siento en el escritorio, suena el timbre de casa dándome un pequeño susto.

- ¡Cloe! ¿puedes asomarte a la escalera? – grita mi madre desde la planta baja.

- Dime, mamá – le contesto acercándose hasta el último escalón.

- Es Nora... dice que si puede hablar contigo – me contesta. ¡Uf! ¡Qué oportuna! No me apetece en absoluto hablar, pero le he prometido a Jorge que lo haría y además, quiero normalizar la situación con las chicas, así que tendré que coger el toro por los cuernos...

- Está bien, dile que suba a mi cuarto – respondo sin más.

Pasados unos dos o tres minutos en los que Nora entra y saluda a mi madre, sube hasta la puerta de mi cuarto, la golpea suavemente con el nudillo de su dedo índice y me pregunta muy tímida que si puede entrar.

- ¡Pasa! – le digo sentada en el sofá cama.

- ¿Cómo estás? – pregunta sentándose a mi lado.

- Bueno... iba a ponerme a pasar apuntes a limpio ahora mismo, ¿y tú? – le pregunto intentando romper el hielo.

- Pues... tengo mucho que estudiar, ya sabes, ¡cómo siempre! – exclama sonrojada – pero he querido venir para que aclaremos las cosas – añade cabizbaja.

- Está bien... dime lo que necesites decirme – le respondo compasiva y en un tono serio.

- Cloe... ya sé que parece que fue todo lo contrario, pero, te prometo que nada fue planeado, surgió sin más... de repente – me dice angustiada – volvíamos juntos de clase, nos reíamos mucho y bueno... al final un día acabamos por besarnos al despedirnos, una cosa llevó a la otra y al final nos vimos metidos hasta el cuello – añade agobiada – nos sentíamos muy mal por lo que estábamos haciendo, pero ninguno de los dos queríamos perderte y también nos gustaba lo que teníamos, así que decidimos ocultarlo porque no queríamos hacerte daño.

- ¿Os queréis? – es lo único que se me ocurre preguntarle en ese momento.

- No lo sé... solo sé que me encanta estar con él, me lo paso muy bien y me siento muy a gusto – responde avergonzada – es algo diferente a lo que he sentido con otros chicos, es... especial.

En ese momento siento como si se me encendiera una luz interior que hasta ahora había estado apagada, y me doy cuenta de algo en lo que no había pensado antes: yo tampoco conté a nadie lo que me pasaba con Jorge porque no quería hacerle daño a Alex, y lo que siento por él también es algo diferente que no quiero perder, así que ahora que me he dado cuenta de eso, empiezo a entender a Nora un poco más. Tal vez se haya enamorado como

me ha pasado a mí, y sé perfectamente que en esa situación lo único que te importa es estar con la persona a la que quieres sin pensar en las consecuencias que pueda tener eso. Durante un rato me quedo mirando hacia la tela del sofá, pensando en lo que me acaba de decir mi amiga, y recuerdo que mi madre tiene toda la razón cuando me dice que la amistad es lo más importante, porque yo no cambiaría ninguno de los momentos que he vivido con las chicas por nada del mundo. Cuando vuelvo en mí, miro a Nora a la cara y veo que en su expresión hay una notable culpabilidad, así que, para que se tranquilice, sonrío olvidando el rencor y le doy un fuerte abrazo a lo que ella me responde de la misma manera.

- Si tú eres feliz, yo también lo seré – le digo separándome un poco de ella después de abrazarla.

- Gracias – me contesta con una visible emoción en sus ojos.

- ¡Ahora vete a estudiar! – exclamo en tono de broma y ella se ríe.

Tras volver a la confianza de siempre, me pregunta qué estoy estudiando y empezamos a hablar sobre los apuntes de Historia que las dos hemos cogido. Le tengo una envidia increíble, porque se acuerda de todas y cada una de las palabras que ha anotado en clase, y todo aquello que me falta me lo va diciendo de memoria para que lo apunte. Después de poner al día mis anotaciones, bajamos y nos despedimos en la puerta de casa, a pesar de que mi madre le haya sugerido quedarse a merendar pero Nora le ha dado una negativa por respuesta, ya que ambas tenemos muchas cosas por repasar.

Al día siguiente, juntas les contamos a las chicas que ya hemos arreglado las cosas, y observando la reacción de ambas, creo que se alegran ellas mucho más que nosotras dos. No puedo decir que la semana transcurra con normalidad, porque al fin y al cabo, necesitaré algún tiempo más para adaptarme a la situación de ver a mi ex y a una de mis mejores amigas juntos,

pero bueno, intentaré tratar el tema con la mayor normalidad que me sea posible sin retirarle la palabra a Alex; todo sea por el bien de nuestra amistad y la unión del grupo.

7.

Es viernes por la tarde y los chicos han quedado para ir a la bolera, pero ya Jorge me había pedido que fuera hoy a su casa porque por lo visto tiene algo que darme, así que, me invento la excusa de que tengo que ir al dentista y les digo a los chicos que no podré ir con ellos. Jorge me avisó el miércoles, y desde entonces no paro de darle vueltas a la cabeza intrigada con qué será lo que tiene que darme. ¡Odio la espera! Ese es uno de mis grandes defectos, no soy nada paciente. Durante toda la semana me he estado reprimiendo las ganas para no besarle delante de todo el mundo, pero la verdad es que he necesitado hacerlo en más de una ocasión. Quiero que la gente sepa que es solo mío, aunque no estoy segura de si él mismo lo sabrá, porque estamos en una situación extraña... Es decir, sabemos que queremos estar juntos, y al vernos lo comprobamos, pero también sabemos que nuestra relación en este momento no puede ser, así que por ahora no tienen ninguna “denominación”.

Justo a las cinco en punto salgo de casa para coger el metro e irme hasta San Blas. Cuando llego allí, camino en dirección a su edificio observando a toda la gente que hay a mi alrededor; creo que en un futuro, si todo sale bien, no me importaría venirme a vivir con él; aunque sigo con la idea de alquilarme un piso en el centro cuando acabe la carrera. Me gustaría trabajar en alguna revista importante y triunfar en el mundo del periodismo, pero tengo que ser sincera conmigo misma, y es que ese mundillo es muy complicado... Además, ni siquiera sé qué planes de futuro tiene él, y yo aquí haciéndome ideas estúpidas en mi cabeza, como siempre, dejándome llevar por mis propias fantasías...

Llego a la puerta del edificio y toco en el porterillo para que me abra; al

subir hasta el cuarto b, aparece en la puerta sin camiseta, únicamente con un pantalón de chándal gris muy ceñido, lo cual me obliga instantáneamente a lanzarme sobre él para empezar a besarle de manera apasionada, y a duras penas, intento apartar mi bufanda de en medio. Él me coge en peso rodeando su cintura con mis piernas, cierra la puerta de la entrada y me lleva hasta la cama. Una vez allí, empieza a quitarme toda la ropa que llevo encima, ya que él no tiene mucho que quitarse, y cuando me quedo completamente desnuda, empieza a hacerme el amor como solo él sabe hacerlo...

- Deberías haberte puesto una camiseta - le reprendo en tono de burla, recostada sobre su pecho – si hubiera sido así, esto no habría pasado – añado irónicamente haciendo círculos con mi dedo índice sobre su hombro y él se ríe.

- Era justamente lo que quería que pasara – responde travieso y me vuelvo para besarle en los labios.

- ¡Oye! ¿puedes darme ya eso que tanto tenías que darme? – le digo ansiosa - ¡Me tienes en ascuas!

- ¡Está bien agonías! – exclama sonriendo – espera aquí que voy a por ello – me dice levantándose de la cama para ponerse la ropa interior. Luego sale de la habitación, empieza a revolver entre las cosas de su escritorio en el salón, y yo mientras, aprovecho para ponerme también la ropa interior. Una vez acabo de abrocharme el sujetador, vuelve a entrar en la habitación con un sobre en la mano.

- ¡Toma! ¡Ábrelo! – exclama sentándose de nuevo a mi lado en la cama. Cojo el sobre y lo abro a toda prisa casi rompiéndolo por un lado. Cuando consigo sacar lo que hay dentro, me doy cuenta de que son dos entradas; pero no son dos entradas cualquiera, ¡son dos entradas para ver a Melendi en el Palacio de Deportes! ¡Flipo en

colores!

- ¡¿Perdona?! ¿estás de coña, no? ¡Qué fuerte! – exclamo tropezando una palabra con otra - ¿son para mí?

- ¡Para los dos! – responde con una sonrisa - ¿te gusta? Es mi regalo de reyes, aunque un poquito atrasado...

- ¿Qué si me gusta? ¡Me flipa! – le contesto dándole un abrazo tan fuerte que le vuelvo a tumbar en la cama y empiezo a besarle por todos lados hasta que casi lo asfixio.

- ¡Es dentro de un mes! – exclamo con los ojos bien abiertos al volver a mirar las entradas y percatarme de la fecha.

- ¡Sí! ¿Crees que tendrás un hueco en tu agenda? – me pregunta en tono de sorna.

- Pues... creo que podría buscarlo – respondo siguiéndole la broma.

Después de pasar unas dos horas tumbados en la cama charlando de todo un poco y repasando las letras de Melendi a modo de preparación para el concierto, decidimos que es el momento de levantarnos. Le propongo preparar macarrones carbonara para cenar; no es que sea una gran cocinera, pero esa receta se me da bastante bien. Él acepta entre risas y me reta poniendo a prueba mis dotes culinarias, aunque para cuando la cena está servida, se come con patatas sus risas porque le ha encantado cómo ha quedado. Después de cenar, nos tumbamos un rato a ver la tele, pero de nuevo debo irme pronto, si no mi madre entrará en cólera...

Un mes más tarde, la semana del concierto...

- ¡Hasta el lunes, chicos! No estudiéis mucho – les digo a Carlota y Fabio irónicamente con una sonrisa al bajarme del autobús.

Hoy es viernes, pero no es un viernes como cualquier otro; es el viernes previo al día del concierto. Hace un mes que Jorge me regaló las entradas y desde entonces, estoy de lo más nerviosa pensando en la noche de mañana, ¡pienso cantar todas y cada una de las canciones a todo pulmón! Cuando llego a casa, me despojo de mi abrigo, almuerzo y automáticamente me meto en la ducha para empezar a prepararme porque a las cinco he quedado con mi chico para ir al parque que está cerca de mi casa, al que fuimos cuando decidimos dejar de vernos. Todos los fines estamos metidos en su casa para que nadie nos vea por ahí, pero esta vez hemos decidido hacer “algo diferente” en un sitio donde sabemos que hay muy poca probabilidad de que haya gente conocida, aunque seguramente luego acabaremos de nuevo en su piso...

Se ha empeñado en venir a buscarme, pero le he dicho que iré caminando; total, el parque solo está a varias calles de mi casa. Cuando llego allí, observo desde la entrada que está sentado en la parte superior de uno de los bancos, con un abrigo gris oscuro, un pantalón vaquero y unas zapatillas negras; creo que es el hombre más sexy que he visto en mi vida. Me dirijo hacia el banco, y cuando llego me quedo de pie delante de él, inclinándome un poco para besarle, a lo que me responde agarrándome de la cintura para levantarse y atraerme hacia su cuerpo arropándome con su calor. Nos sentamos y empezamos a charlar sobre cómo ha ido la semana, puesto que durante el horario escolar tenemos que aparentar lo menos posible que estamos juntos, y no podemos ponernos a hablar como si nada, por desgracia...

De repente, e interrumpiendo nuestra conversación, se acerca corriendo un chiquitín blanco con manchitas negras muy lindo, y se sube sobre el regazo de Jorge como si le conociera de toda la vida. Yo me asusto un poco porque parece que va a morderle, pero el perrito se acuesta sobre él buscando que le acaricie y, acto seguido, yo me abalanzo sobre el chiquitín para acariciarle la barriguita.

- ¡Eh! ¿qué haces aquí enano? – le dice Jorge al perrito como si le fuera familiar. ¿Enano? ¿conoce a este perro?

- ¡Coco! ¡Coco ven aquí! – se oye a una chica gritar desde detrás de los arbustos. Su voz me resulta tremendamente conocida - ¡Coco! ¿dónde estás?

De pronto, aparece mi amiga Daniela detrás de los árboles cómo una loca buscando al perro, y aproximadamente treinta segundos después, aparece detrás de ella Marc, el hermano de Jorge. La cara de los cuatro es un poema, ninguno sabemos cómo actuar ni dónde meternos, creo que al igual que yo, ellos también quieren que la tierra les trague en este momento. Siento una especie de punzada en la tripa, como si fueran nervios, y me quedo en blanco sin poder crear una frase con sentido.

- ¡Ey! ¿qué hacéis aquí? – pregunta Jorge de repente acariciando a Coco.

- ¡No! La pregunta es, ¿qué haces tú aquí? ¡y con usted! – exclama Dani abriendo muchísimo sus ojos verdes y refiriéndose a mí.

- ¿Usted? – pregunta Marc riéndose - ¡estás mayor colega! – añade sin parar de reírse. Jorge se levanta y le da un golpe en el hombro a su hermano en señal de protesta para devolverle a su perro en las manos.

- Bueno... es algo muy largo de explicar... - respondo

abochornada ante la cara de asombro de mi amiga.

- ¡Venga, bah! Creo que no hay nada que explicar – responde Marc poniendo los ojos en blanco.

- O sea... ¡yo es que estoy flipando! – exclama Dani pestañeando con la boca abierta. Yo me levanto para hacerla a un lado y hablar con ella a solas.

- Tía, no te puedo explicar ahora mismo, pero te prometo que en cuanto pueda te lo cuento todo – le digo en voz baja cogiéndole del hombro – pero, por favor, no le digas a nadie nada de lo que has visto aquí.

- Tía... ¿estás enrollándote con el profe? – pregunta impactada.

- ¡Sí! ¿vale? ¡Sí! Pero no le digas nada a nadie, por favor – le pido asustada - ¡me echarán del instituto si se enteran!

- ¡Está bien, está bien! ¡Tranquila! Tu secreto está a salvo conmigo – me dice con una sonrisa cómplice dándome la mano – pero a cambio tendrás que darme detalles – añade con una sonrisa traviesa y un movimiento de cejas.

- ¡Daniela! – exclamo enfadada y ella se ríe – Además, creo que tú, para no atarte a nadie, te estás atando mucho a Marc, ¿no? – añado intentando tirar la pelota en su tejado, pero la cara le cambia por completo.

- Bueno, ¿qué? ¿dejamos a los tortolitos en paz? – pregunta Marc de fondo muy oportuno.

- ¡Sí, vámonos! – contesta Dani escabulléndose - ¡Ya hablaremos tú y yo! – añade refiriéndose a mí y caminando hacia la dirección por

la que vino - ¡Adiós profe!

- ¡Adiós profe! – repite Marc con burla y Jorge hace el amago de salir corriendo detrás de él para pegarle, pero su hermano empieza a correr a toda prisa y Coco detrás de él. A Daniela y a mí nos entra un ataque de risa incontrolable, a pesar de que ya está bastante lejos.

Una vez han desaparecido de nuevo entre los arbustos, Jorge vuelve hasta el banco y volvemos a sentarnos.

- ¡Buf! Me da un miedo Daniela... - me dice asustado porque mi amiga pueda contar algo de lo nuestro.

- Tranquilo, le he pedido que no diga nada y me lo ha prometido – respondo cogiéndole de las manos – puede ser una cabra loca, pero es la más fiel con sus amigas.

- Está bien, confío en ti – responde con media sonrisa pero aún preocupado.

- ¡Así me gusta! – contesto sonriente y le doy un beso.

- Po cierto, cambiando de tema... te quería proponer algo – me dice.

- A ver, ¡sorpréndeme!

- ¿Te gustaría quedarte mañana en mi casa después del concierto?

- ¿A dormir? – pregunto inocente y él se ríe – sí, por mí sí, pero... debo inventarme alguna excusa para mi madre – añado sofocada.

- No creo que ese sea un problema a estas alturas... - me dice con sorna.

- Sí, bueno, puedo decirle que duermo en casa de alguna de las

chicas – respondo con media sonrisa.

No es que no me agrade la idea de dormir en su casa, porque me encantaría, pero me da un poco de miedo que alguien pueda descubrirnos, además de que nunca he dormido en casa de ningún chico, ni siquiera de Alex... pero bueno, él me aporta la confianza suficiente como para hacerlo. Aun así, tengo que pensar bien en todo lo que le voy a decir a mi madre para que mi mentira encaje bien.

Pasamos un par de horas allí charlando, pero empieza a anochecer y el frío es más intenso. Finalmente no vamos a su piso porque Jorge ha quedado para cenar con unos amigos, y me invita a acompañarle, pero me niego en rotundo. No es gente conocida ni que pueda conocer a nadie del instituto, pero creo que no estoy preparada aún para sacar esta relación a la luz; bastante he tenido ya con el mal trago que acabo de pasar con Daniela y Marc, y por ahora no me gustaría volver a repetirlo; aunque sean sus amigos y se alegren por él, sé que interiormente juzgarían lo nuestro.

Cuando nos vamos del parque, me lleva hasta mi casa en su coche, allí nos despedimos y quedamos en vernos mañana sobre las ocho para cenar antes de ir al concierto. Lo único que deseo es que, de todas las personas de Madrid y todas partes del mundo que puedan ir a ese concierto, no nos encontremos con nadie conocido... Me despido dándole un beso, y me bajo del coche para entrar en casa viendo como arranca para irse.

Al día siguiente...

¡Estoy de los nervios! Anoche apenas pude dormir y esta mañana me he despertado muy temprano. No me he quitado los auriculares en todo el día repasando cada uno de los discos de Melendi. ¡Ah! ¡Solo queda una hora y media! Las entradas son generales, y hemos acordado que no vamos a hacer

la cola para estar delante, porque tendríamos que haber estado acampando allí desde la noche de ayer, así que nos conformamos con poder escucharle en directo donde nos toque ponernos. Le he dicho a mi madre que íbamos a quedarnos las cuatro en casa de Carlota para ver pelis y cenar pizza, así que espero que mi mentira no caiga por su propio peso.

- ¡Mamá me voy! Vuelvo mañana – le digo a mi madre desde la puerta del salón.

- Vale cielo, pasadlo bien – responde tumbada en el sofá dedicándome una sonrisa.

Salgo por la puerta del jardín y veo que Jorge está esperándome con el coche aparcado al fondo de la calle, así que empiezo a caminar hasta allí, y cuando llego se baja para ayudarme a meter el bolso en el maletero.

- ¡Buenas noches, preciosa! – me dice dándome un furtivo beso en los labios - ¿estás nerviosa?

- ¡Sí! ¡Estoy de los nervios! – exclamo alegre después de besarle y él se ríe – pero peor me pondré si alguien nos ve aquí, ¡vamos! – añado con una pequeña sonrisa.

Nos subimos al coche, él aprieta el botón para arrancar, y desde que lo hace pongo rápidamente la lista de Spotify de Melendi al máximo volumen. Empiezo a cantar y a bailar como una loca sentada en el asiento, y Jorge no puede evitar las carcajadas cuando me ve, pero noto que se siente muy a gusto e inmediatamente empieza a cantar también.

Al llegar al centro, es imposible aparcar en la calle, por lo que nos vemos obligados a dejar el coche en un parking y echarnos a andar un poco hasta que encontramos un restaurante en el que entramos a comer algo antes de ponernos en la cola. Casi no como porque tengo la tripa llena de nervios, y él

empieza a bromear como si fuera una niña pequeña haciéndome el avioncito.

Cuando acabamos, nos vamos andando hasta el Palacio, y estamos a punto de ponernos en cola cuando me percató de que ya han abierto las puertas. Poco a poco vamos avanzando hasta que pasamos la puerta, y una vez dentro, buscamos un sitio dónde quedarnos.

- ¡Cuánta gente! ¡Qué pasada! – exclamo asombrada.

- ¡Sí! ¡Es increíble! – responde él.

De repente se apagan las luces y comienza a sonar una sirena seguida de una música de percusión; empieza el concierto. Cada canción que suena es más increíble que la anterior, y escucharlas en directo es algo indescriptible. No puedo parar de cantar, una canción tras otra porque me siento pletórica. Una de las veces en las que miro a Jorge le veo cantando a viva voz y disfrutando como un niño. Me quedo absorta mirándole; creo que definitivamente estoy enamorada de él. Instintivamente me acerco hasta su boca y le doy un dulce beso en los labios, y él sonríe como si fuera un hombre muy afortunado. Después de eso, empieza a sonar nuestra canción, aunque en realidad ninguno de los dos ha afirmado que esa sea nuestra canción, pero yo misma he denominado así a “La Promesa”. En cuanto él la escucha, me agarra por la espalda y me da un tierno beso en la cabeza, para posteriormente agacharse hasta mi oído y decirme textualmente “creo que te quiero”. Me quedo totalmente en blanco, no buscaba escuchar esas palabras, pero la emoción me recorre todo el cuerpo, y la música de fondo ayuda muchísimo a que crezcan y revoloteen esas maripositas dentro de mi estómago, así que dejo aflorar mis sentimientos y le respondo sutilmente “creo que yo a ti también”. En realidad, no lo creo, en este mismo instante me he dado cuenta de que le quiero y que hasta ahora ha sido la persona de la que más profundamente me he enamorado en toda mi vida. Giro la cabeza hacia

él y veo cómo me mira sonriente, yo le respondo con otra sonrisa y un beso en los labios, para luego seguir disfrutando del resto del increíble concierto.

- ¡Buah! ¡Qué pasada! ¡Ha sido flipante! – exclamo cuando nos subimos al coche.

- ¡Repetiremos! – me dice sonriente pasándome la mano por la mejilla, luego pone el coche en marcha para emprender el camino hasta su casa.

Al llegar al piso, me ofrece dejar el bolso sobre un pequeño taburete de la habitación, y me dice que pase al cuarto de baño si lo necesito. Noto en su voz que está algo nervioso, así que me acerco hasta él para besarle y que se tranquilice, y luego paso al baño para desmaquillarme, lavarme los dientes y ponerme el pijama. Cuando salgo de nuevo a la habitación, le veo tumbado en la cama, con los ojos cerrados e increíblemente sexy mostrando su espalda desnuda por encima de la sábana. Apago la luz del baño y me tumbo a su lado de una forma muy suave para intentar no despertarle.

- Buenas noches, qué descansas – le susurro y le doy un dulce beso en los labios.

- Buenas noches, preciosa. Descansa – me responde acomodándose para que me tumbe sobre su cálido pecho. Ojalá este momento durara eternamente, no quiero salir de la cama, quiero quedarme aquí con él para siempre.

A la mañana siguiente...

- Buenos días preciosa – escucho entreabriendo los ojos para despertarme. Cuando lo consigo, observo que Jorge está tumbado a mi lado, apoyado sobre su brazo izquierdo y acariciándome la espalda con

la mano metida por debajo de la blusa de mi pijama.

- Buenos días – le respondo aún medio dormida y tratando de acercarme hasta él.

- ¿Has dormido bien? – me pregunta besándome en la frente.

- Perfectamente – respondo sonriente.

- Te prepararé el desayuno – me dice intentando levantarse de la cama, pero yo le agarro del brazo y tiro de él para atraerle hacia mí.

- Prefiero que tú seas mi desayuno – respondo incorporándome para quedarme sobre él. Comienzo a besarle apasionadamente, me quito el pijama para dejar mi cuerpo desnudo, y esta vez soy yo la que toma las riendas.

Después de levantarnos, me doy una ducha y él se ofrece para ir a comprar bollos y preparar el desayuno. Cuando salgo del baño recuerdo que quedé en contarle a Daniela lo que sucedía, y conociéndola, debe de estar desesperada por no saber nada, así que cojo mi móvil y le envío un mensaje para proponerle que almorcemos juntas en una cafetería que está por mi barrio, a lo que ella me responde que nos vemos a las dos allí. Tras haberme puesto la ropa, me dirijo hasta la cocina dónde Jorge ya está sirviendo las tazas de café con unos cruasanes y más bollos que ha ido a comprar mientras me duchaba.

- ¡Qué pinta tiene todo! – le digo acercándome hasta la barra.

- Espero que te guste – me dice sonriente.

Me siento en una de las butacas y, mientras desayunamos, empezamos a charlar sobre el concierto de ayer y muchísimas cosas más, entre ellas, le comento que he quedado con Dani para almorzar y contarle lo nuestro,

aunque a ninguno de los dos nos agrada la idea de que alguien más sepa de nuestra relación, pero ya es algo inevitable. Cada vez que habla, le observo y escucho con atención, sin poder creerme aún que esto sea real. Debo confesar que al principio sentía miedo por lo que pudiera pasar, porque nos descubrieran y me expulsaran del instituto o algo así, pero ahora ya todo eso me empieza a dar igual; prefiero quedarme viéndole ahí sentado, en una de las butacas de su cocina, sin camiseta y con un aspecto de lo más sexy agarrando la taza con una mano y con su otro brazo apoyado sobre la barra. Me quedaría aquí toda la vida, porque las vistas que tengo son maravillosas.

- ¿Te pasa algo? – me pregunta – estás como en las nubes...

- No, no – respondo volviendo en mí – solo pensaba en lo afortunada que soy de estar contigo ahora mismo – añado. Él sonríe y se levanta de su butaca para venir hasta dónde estoy yo, me coge por la cintura para sentarme sobre la barra y yo pego un leve chillido.

- Si tuviéramos que hablar de suerte, creo que yo saldría ganando – responde de pie frente a mí. Mis pies se han quedado a la altura de su cintura, así que le atraigo con ellos para abrazarle y se queda mirándome fijamente a los ojos – porque cuando estoy contigo me siento más libre que nunca, y pienso que podrías ser tú esa persona con la que... - añade quedándose dubitativo y mirando hacia el suelo.

- Si quieres que sea yo, lo seré – respondo con media sonrisa – seré todo lo que quieras que sea por ti.

- Solamente quiero que sigas siendo tú – contesta – con tus pequeños conciertos en mi coche, tus... tus gritos de loca, y los bailes que te inventas cuando entras a mi baño para meterte en la ducha sin siquiera estar escuchando música – añade con un brillo en los ojos – yo solo quiero eso, porque es lo que me hace sentir vivo. Y esa es una

sensación que había perdido hace mucho tiempo, hasta que llegaste tú...

Sin dejar que siga hablando, le abrazo muy fuerte, entrelazando mis dedos en su pelo y uniendo mis labios con los suyos. Durante al menos cinco minutos permanecemos ahí abrazados sin decir nada, y es que no es necesario decir nada, porque los dos sabemos perfectamente lo que sentimos el uno por el otro, y nos encanta esta sensación. Pero también somos conscientes de que todo lo que queremos es un imposible, al menos hasta dentro de cinco meses. Cinco largos e intensos meses en los que tendremos que seguir besándonos por las esquinas y escondiéndonos de todo el mundo para no perderlo todo.

Después de ese lapso de tiempo entre besos y caricias, nos disponemos a recoger toda la cocina ya que debo prepararme para irme con Dani. Le ayudo con las tazas, y a ordenar un poco la habitación, no quiero que piense que soy ningún desastre, a pesar de que en el fondo sí que lo sea, pero supongo que a mi edad él también lo era. Tras acabar de recoger mi bolso y vestirme, vuelvo a salir al salón y le veo sentado en su escritorio con una montaña de papeles delante.

- ¿Qué es eso? – pregunto curiosa sentándome sobre su regazo.

- Exámenes – contesta.

- ¿Ah sí? ¡Déjame ver! – exclamo quitándole el que tiene en las manos.

- ¡Oye! Eso es privado, no tienes por qué mirarlo – contesta en tono serio.

- ¡Vale! ¡Vale! Disculpe usted – contesto irónicamente devolviéndole el papel.

- Sabes que cuando me tratas de usted me haces sentir muy mayor,

¿verdad? – me pregunta con una ceja arqueada.

- Lo sé, por eso lo hago – respondo con una risa traviesa.

- Ah, ¿sí? ¡Ahora verás! – exclama cogiéndome en peso y tirándome sobre el sofá para empezar a hacerme cosquillas. No puedo parar de reírme, siento que me voy a asfixiar, pero me da igual porque soy muy feliz. Y él también lo es.

Sobre la una y media me dispongo a salir de su casa para coger el metro, así que nos despedimos en la puerta y le doy las gracias por la maravillosa noche de ayer. Si por mi fuera, la repetiría cada día, aunque por ahora sea imposible...

Al salir del metro, voy cargando con el bolso que me he llevado a casa de Jorge hasta la cafetería dónde he quedado con Dani. Cuando entro en el sitio, veo que ya está sentada en uno de los sillones junto a una mesa, aunque me resulta muy extraño que no me haya mandado ningún mensaje para decirme que ya estaba allí, pero sabiendo que últimamente el amor la tiene cambiada, ya nada me asombra.

- ¡Ey! ¡qué pasa! – exclama a modo de saludo.

- Tía, no me habías avisado de que ya habías llegado – respondo desconcertada sentándome con ella.

- Ya, es que llegué hará unos cinco minutos y pensé que estarías viniendo hacia aquí, así que estaba esperando a que aparecieras – me contesta despreocupada – por cierto, ¿a dónde vas con ese bolso?

- De dónde vengo dirás... – respondo.

- Bueno, y, ¿de dónde vienes? – pregunta.

- Pues he pasado la noche en casa de Jorge, hemos ido al concierto

de Melendi – respondo sonrojada sin poder ocultar mi sonrisa.

- ¡No jodas! ¿en serio? – contesta alucinando - ¿y tu madre lo sabe?

- ¿Estás loca? Si mi madre se enterara me encerraría en mi casa lo que me resta de vida... - respondo pesarosa – le he dicho que nos quedábamos todas en casa de Carlota, ¡así que ni se te ocurra chivarte! – le advierto, y ella empieza a reírse.

- No te preocupes, soy una tumba – responde intentando ponerse seria – pero, ¡cuéntamelo todo!

- Buah... no sé ni por dónde empezar... - le digo agobiada – vamos a pedir la comida y ahora te cuento.

- ¡Vale! – contesta de lo más alegre como si estuviera esperando con ansias mis explicaciones.

Pedimos las bebidas y la comida, y luego empiezo a explicarle lo que me ha sucedido con Jorge desde que empezó todo esto. No me dejo nada atrás, Daniela es la primera persona con la que puedo desahogarme en lo que se refiere a este tema, así que le cuento todo con pelos y señales, incluidos los cuernos a Alex. A medida que voy hablando su boca cada vez se va abriendo más, y los ojos se le van a salir de las órbitas por la impresión, aunque de vez en cuando me interrumpe para preguntar alguna que otra cosa. Yo me voy poniendo más y más roja, y empiezo a sofocarme porque me estoy sincerando demasiado, pero siento que necesito hacerlo.

- Tía, no te puedo negar que estás metida hasta el cuello en un problema muy gordo, pero no tienes por qué avergonzarte de nada – responde comprensiva cuando acabo de contarle – por lo que me cuentas, los dos se gustan mucho, ¡incluso te ha dicho que te quiere!

¡qué fuerte tía!

- Lo sé, y yo adoro estar con él – respondo como una tonta enamorada – estando a su lado me siento protegida, cuando estamos juntos me da igual lo que pase en el mundo, porque con él todo es más fácil, y... nunca he tenido esta sensación pero, es la persona con la que me imagino pasando el resto de mis días – añado con la sonrisa y un brillo de emoción en los ojos.

- Joder tía... eres una cursi, pero me has emocionado – responde Daniela también emocionada – te gusta de verdad, ¿eh?

- ¿Qué si me gusta? – pregunto retóricamente – es algo más que eso... y tengo miedo de lo que pueda pasar.

- A ver... no te puedo asegurar que no pueda aparecer cualquier chica de su edad y se fije en ella, pero en mi opinión, si se está jugando tanto el cuello por estar contigo, creo que es porque tú también eres especial para él – responde – de lo contrario, ¿crees que se complicaría la vida de esa manera por una cría de diecisiete años?

- Lo sé... si yo también creo eso, pero no puedo dejar de pensar en que esto es una locura, y que en cualquier momento se puede ir todo a la mierda – respondo agachando la cabeza.

- Bueno, solo quedan cuatro meses para que acabemos el instituto, y cinco para que cumplas los dieciocho – contesta – creo que si de verdad él te hace feliz, vale la pena esperar ese tiempo.

Levanto la mano por encima de la mesa y me agarro a la de ella dedicándole una sonrisa de agradecimiento a mi amiga, a la cual me responde con otra igual. Me alivia pensar que ya no estoy sola en esto, que tengo alguien a quien puedo contarle lo que me está sucediendo y todo lo que siento

por Jorge, pero lo que más me reconforta es saber que tengo el apoyo de, por ahora, al menos una de mis amigas. Espero que cuando las demás lo sepan actúen de la misma manera, o al menos que no se lo tomen mal, aunque es un poco pronto todavía para contárselos.

- Bah, y tú, ¿qué? – le pregunto interesándome en su historia con Marc.

- ¿Yo? ¿qué de qué? – contesta haciéndose la loca abriendo sus enormes ojos verdes.

- No disimules, sabes perfectamente que te hablo de Marc – respondo levantando una ceja.

- ¡Ah! Bueno pues... la cosa va bien – contesta tajante.

- ¿Bien? – pregunto – Solamente ¿bien?

- A ver, va muy bien, no te voy a engañar... pero no sé si estoy preparada para esto – responde asustada apoyando la cabeza sobre su mano derecha – va todo demasiado rápido.

- ¿Rápido? – pregunto irónicamente - ¡Dani llevas cuatro meses viéndole! Incluso ya paseas a su perro... tú lo que estás es acojonada porque te has enamorado hasta las trancas y tienes miedo de acabar sufriendo por un tío – le contesto directa.

- ¡No! No es eso, sino que... - responde y se queda pensativa – bueno, está bien, sí; creo que me estoy enamorando de él, pero tengo miedo de que las cosas salgan mal...

- Creo que esas palabras te las he dicho yo hace un rato... - respondo riéndome y ella sonrío – ¿no crees que deberías aplicarte los consejos que acabas de darme a mí? ¿qué tiene de malo enamorarse?

Sí, está claro que puedes sufrir, pero en eso consiste el amor; si no sufrieras por la persona a la que quieres entonces no debería llamarse amor...

- Ya, si tienes razón pero entiende que para mí es algo nuevo, y es complicado – contesta – aunque ya no me apetece salir de fiesta como una loca, ni enrollarme con otros tíos, ni nada por el estilo... al único al que me apetece besar cada día es a él, y no puedo quitármelo de la cabeza.

- Amiga... ¡bienvenida al club! – respondo con una pequeña risa – estamos las dos como para contar una historia...

- Ya te digo... - contesta riéndose y a mí se me contagia su risa- ¡oye! ¡que somos cuñadas extraoficialmente! ¡brindemos por ello! – me dice con una carcajada chocando su vaso de Coca Cola contra el mío, y ambas reímos sin poder parar.

Cuando acabamos de comer y de desahogarnos con nuestros dilemas sentimentales, salimos de la cafetería enfundándonos de nuevo en nuestros abrigos; Daniela se va hasta el metro y yo me voy caminando a casa. Creo que ya mi madre debe estar echándome de menos, además, tengo que poner al día todo lo que no he estudiado este fin de semana, así que mi tarde se resumirá en apuntes, libros y mi pijama de franela. Mañana empieza una nueva semana, una menos para cumplir los dieciocho años y poder acabar con todo este dilema que tengo en la cabeza, y una más en la que me pasaré los días viendo a Jorge y teniendo que reprimirme las ganas de besarle y abrazarle...

A mediodía de ese mismo día en casa de los padres de Jorge...

- ¡Qué pasa colega! – saluda Jorge a Marc cuando entra al salón de casa de sus padres.

- ¡Ey! ¡Menos mal que has llegado! – exclama Marc desde el sofá – estábamos esperando por ti para comer.

- Ya, es que estaba con Cloe y se me ha hecho tarde... - responde Jorge sentándose en el pequeño sofá azul marino.

- Hablando de eso, ¿cuándo pensabas contarme que te tiras a tus alumnas? – pregunta de manera irónica su hermano sin levantarse del sofá.

- ¡No me tiro a mis alumnas! – exclama Jorge en un tono serio y enfadado – Cloe es... diferente.

- ¿Diferente? – pregunta asombrado - ¿por eso has dejado a Penélope?

- Sí... - responde pasándose una mano por detrás de la cabeza – y no me arrepiento para nada.

- Bueno... yo entiendo que te guste, pero tengo que decirte que te estás metiendo en algo bastante complicado... - responde Marc.

- ¿Complicado? ¡Estoy hasta el cuello! – exclama Jorge en un tono de estar enfadado consigo mismo – estoy muy jodido, porque no puedo hacer otra cosa que pensar en ella – añade.

- No creo que estés jodido, simplemente te has enamorado de la persona equivocada – responde Marc curvando la boca.

- ¿Y qué hago Marc? – pregunta retóricamente Jorge - Si me acuesto cada noche deseando tenerla a mi lado en la cama, para cuidarla, para protegerla de todo y de todos – añade – no soporto estar

sin ella, pero tampoco soporto saber que puedo joderle la vida...

- Tranquilízate, verás que todo va a salir bien – le dice incorporándose del sofá para consolarlo – dentro de unos meses cumplirá los dieciocho, y a partir de ese momento no habrá ningún problema, ¿no?

- Eso siempre que no lo haya antes...

- ¡Jorge! ¡Has venido! – exclama una voz de niña desde la puerta del salón.

- ¡Hola pequeña! ¡Qué guapa te has puesto! – responde Jorge a su hermana pequeña.

8.

Una semana más tarde...

- ¡Buenos días! – saludo en general a los chicos al llegar hasta el muro dónde siempre nos sentamos - ¿Qué os pasa? ¿os veo apagados?

- ¿Qué nos va pasar? ¡Qué tenemos un sueño increíble! – exclama Alex –maldito instituto, menos mal que hoy es viernes y que ya falta poco para acabar el curso...

- Sí, unos tres meses y dos semanas para ser exactos... - responde Carlota agotada.

- El tiempo pasará volando, ya verás – responde Fabio.

- ¡Pues yo no quiero que acabe! – contesto entristecida.

- No me extraña, guapa... - añade Daniela por lo bajo mientras mira su móvil y yo le dedico una mirada fulminante, los demás se quedan con cara de extrañados sin saber exactamente por qué.

- Bueno, ¿subimos? ¡hace un frío que pela! – dice Nora pasándose las manos por los brazos para intentar calentárselos, y en ese momento Alex la abraza para intentar que se le quite el frío, sin darse cuenta de que estoy mirándoles.

No me molesta que estén juntos, todo lo contrario, me alegro mucho de que mi amiga sea feliz, pero tengo miedo de que Alex le haga daño. Es una chica tan inocente que cualquiera podría engañarla, y si me engañó a mí, con ella le sería mucho más fácil... pero he decidido darle un voto de confianza, aunque aún no me acostumbro del todo a verles por el instituto abrazados o

cosas así. Al principio la gente me miraba raro, como si tuvieran lástima de mí, pero desde que corrió el rumor de que fui yo quien dejó a Alex y la situación se normalizó un poco, ya es un tema que no da tanto de qué hablar. Justo en ese instante vuelvo la mirada hacia mi derecha y observo como aparece mi hombre caminando por la esquina del instituto, con su maletín colgado del hombro y esa cara de malote travieso que pone al verme delante de los demás, aunque luego en la intimidad sea todo lo contrario. Ambos nos quedamos mirándonos fijamente y sonriendo como tontos, él me guiña un ojo sin que nadie le vea, y justo cuando pasa delante del grupo nos dedica un sutil “muy buenos días” y sigue su camino hasta la puerta. Yo le observo atenta sin poder quitar esa sonrisa de mi cara, pero una vez ha desaparecido, disimuladamente saco de mi bolsillo el móvil para enviarle un mensaje: *“No puedes sonreírme así e irte como si nada, porque te comería a besos ahora mismo”*

- Tía, disimula un poco, ¿no? – me dice Daniela susurrando cuando caminamos hasta la puerta - ¡qué se os ve el plumero!

- ¿Se ha notado mucho? – le pregunto preocupada en voz baja.

- No sé si alguien más se dio cuenta, pero yo sí, así que cortaros un poco que la liais – responde reprendiéndome sin tratar de ser antipática. Yo asiento con la cabeza en señal de culpabilidad, y cuando entro a clase, voy directa a mi pupitre y me siento con la cabeza puesta en mi teléfono.

- *“Yo te comería a besos cada día”*, ¿quién ha escrito eso? ¡joder con la peña! – pregunta Carlota atónita mientras lee un mensaje en la pizarra y yo levanto la mirada para leerlo también - ¡Que existe el WhatsApp, coño!

- A ti lo que te pasa es que estás celosa porque no te dedican esos

“mensajes” – contesta Daniela riéndose y Carlota se acerca a ella para darle un golpe en el hombro, pero Dani empieza a corretear por la clase huyendo de ella. ¡Lo ha escrito Jorge! Pero, ¿está loco? ¡como alguien lo haya visto nos la cargamos!

- Habrá algún enamorado en clase... - respondo levantándome con mucha pasividad de la silla para borrarlo e intentar disimular, pero lo hago con mucha pena porque la verdad es que me ha encantado el detalle.

- Sí, sí... alguno – añade Dani riéndose con la mirada dirigida hacia mí.

- Vosotras dos estáis más raras... - responde Carlota extrañada.

En ese momento empiezan a entrar los demás a clase y yo me escabullo entre el barullo para bajar hasta la sala de profesores en busca de Jorge y agradecerle el detalle; si alguien me pregunta, me inventaré que tengo que hablar con él sobre algún examen. Bajo la escalera y recorro el pasillo de la planta baja hasta la sala de profesores. Una vez estoy en la puerta, asomo la cabeza buscándole, pero lo que encuentro no puedo decir que sea de mi agrado... le veo charlando de lo más amigable con la profesora de Inglés, ella pasa su mano por el hombro de él sonriendo, y él se ríe con ella de lo más a gusto; parecen estar pasárselo muy bien. Me quedo parada en la puerta mirándoles fijamente sin decir nada, y pasados treinta segundos, él gira la cabeza hacia mi dirección y me ve ahí. En cuanto se percata de mi presencia, intenta caminar hacia dónde estoy, pero la profe de Filosofía se entromete en su camino y me pide que me vaya a clase porque ya es la hora de empezar, así que dolida me doy media vuelta y vuelvo al aula. Tal vez Daniela tenía razón cuando me dijo que en cualquier momento se podía cruzar una chica de su edad en su camino y se olvidaría de mí, al fin y al cabo, alguien cómo la

guapísima e inteligente profe de Inglés, puede ofrecerle muchas más cosas de las que yo podría, y quizá se acabaría cansando de eso, y de mi...

Paso el día entero sin volver a dirigirle la mirada cuando le veo por los pasillos, y al llegar la hora de la clase de Lengua, ni siquiera participo con tal de no tener que hablar con él. No sé exactamente si estoy triste, cabreada o decepcionada conmigo misma; es una mezcla de todo un poco. El caso es que él se da cuenta de que algo me sucede, y se acerca hasta mi mesa para pedirme que me quede al final de la clase, supuestamente para “hablar de un trabajo de Literatura”. Daniela se da cuenta, y con una mirada le pido que me eche un cable y que disimule por mí delante de los demás cuando salgan, así que en cuanto suena el timbre, coge a Carlota del brazo y le mete prisa para llegar a pillar el bus.

- ¿Se puede saber qué te pasa? – me pregunta él cerrando la puerta del aula cuando ya todo el mundo ha salido, y viene hasta mi mesa donde estoy apoyada.

- No me pasa nada, ¿por qué? – respondo haciéndome la loca.

- Llevas todo el día ignorándome, esta mañana ibas a hablar conmigo y saliste corriendo de la sala de profesores – contesta confundido.

- Sí, bueno, es que... fui a buscarte para darte las gracias por el mensaje de la pizarra, pero la profe de Filosofía me dijo que me fuera a clase – contesto mirando al suelo.

- ¿No me vas a decir la verdad? – pregunta insistente.

- Es que... te vi ahí hablando con la profe de Inglés y, no sé... he estado pensando en que cualquier chica de tu edad podría darte mucho más de lo que yo te doy – me sincero cabizbaja y cruzada de brazos.

- Mírame – me dice poniendo la mano bajo mi barbilla para levantarme la cabeza – nadie me podrá dar nunca lo que tú me das.

- ¿Por qué estás tan seguro? – le pregunto triste y dudosa.

- Porque eres lo más bonito que me ha pasado en la vida – responde. Yo sonrío tímidamente para luego abrazarle muy fuerte, y aprovecho para darle un beso que llevaba toda la semana guardándome.

- Anda, vamos – me dice sonriente – te llevo a casa - asiento con la cabeza y vuelvo a sonreír.

Al coger nuestras cosas, y teniendo mucho cuidado de que nadie nos vea, salimos por separado tanto del aula como del instituto. Camino algunos metros hasta la esquina de la calle y allí me recoge con su coche para irnos. Durante todo el trayecto no quita la mano de mi pierna, y yo cariñosamente pongo la mía sobre la suya para hacerle entender que ya no estoy enfadada, mientras improviso uno de mis conciertos con coreografía incluida en el asiento del acompañante. Al llegar, aparca como siempre a unos metros de la puerta de mi casa y se baja para despedirse de mí.

- ¿Te veré esta tarde? – me pregunta apoyado sobre la puerta del acompañante y me agarra por la cintura para atraerme hacia él.

- No lo sé, es que quizá vaya a la biblio con las chicas – respondo - ¿te importa que nos veamos mañana?

- Claro que no, ratita de biblioteca – responde riéndose en un tono cariñoso y yo le doy un golpecito en el brazo en señal de protesta, para luego acercarme hasta sus labios y besarle tiernamente. Cuando separo mi cabeza de la suya, noto que alguien nos está mirando desde algunos metros por delante del coche, y al girar la cabeza para cerciorarme, veo

a mi madre de pie, a unos escasos cinco metros observando la escena atónita.

- ¡Mierda! – exclamo en voz baja. Mi madre mueve la cabeza de un lado a otro como si estuviera negando algo y entra furiosa por la puerta de mi casa.

- ¿Es tu madre? – pregunta él.

- Sí... - respondo a sabiendas de lo que puede ocurrir ahora.

- ¿Quieres que hable con ella? – me pregunta para intentar calmarme.

- No te preocupes, yo hablaré con ella – le respondo con una sonrisa cómplice.

- Está bien, pero si ocurre algo, promete que me llamarás – me pide.

- Te lo prometo – le respondo para besarle en señal de despedida – hasta mañana – añado soltándole de la mano y alejándome de camino a casa.

- Hasta mañana, preciosa – contesta y se sube a su coche para irse.

Al entrar me quedo en el jardín durante un par de minutos, tengo mucho miedo de lo que pueda ocurrir en el momento en que pase de la puerta de casa. Cuando reúno el valor suficiente para enfrentarme a lo que sea, abro la puerta muy despacio y entro, pero no veo a mi madre por ningún lado. Dejo mis cosas en el suelo de la entrada y camino hasta la cocina para ver si está ahí; la encuentro sentada en una de las sillas de madera con las manos en la cabeza.

- ¿Me puedes explicar lo que acabo de ver ahí afuera, Cloe? Por

favor – me pregunta tratando de conservar la calma.

- Bueno... yo... - respondo titubeante.

- Tú, ¿qué? – pregunta perdiendo los nervios - ¿qué coño haces besándote con tu profesor en la puerta de nuestra casa?

- Pues... estamos juntos, mamá – respondo asustada mirando al suelo.

- ¡¿Juntos?! Pero por Dios, Cloe, ¿cuántos años te pasa?, ¿veinte? – pregunta sin dejarme responder - ¿qué pasa contigo? ¿no hay suficientes chicos de tu edad en los que te puedas fijar?

- Sí , mamá – respondo - ¡Claro que los hay! ¡Pero me he enamorado de él!

- ¡¿Enamorado?! Por favor hija, ¡podría ser...

- ¡¿El qué, mamá?! ¿Mi padre? – pregunto enfurecida - ¡Dilo! Di que podría ser ese cabrón que nos abandonó, ¡dilo! ¡Ojalá ese hijo de puta hubiera sido la mitad de hombre de lo que es Jorge! – exclamo perdiendo los nervios. Mi madre levanta el brazo y me da un bofetón que me duele como si me hubiera pegado en medio del alma. Luego permanece inmóvil delante de mí sin decir nada durante un tiempo y veo que tiene los ojos llorosos.

- Lo siento... no quería hacerlo – me dice sin moverse de su sitio.

Salgo de la cocina sin decir otra palabra, cojo mis cosas de la entrada y subo la escalera tropezándome con mi hermano que va bajando desconcertado al ver mi actitud. Entro en mi cuarto, cierro la puerta a mi espalda, tiro las cosas al suelo y me tumbo en la cama a llorar; supongo que me merecía el golpe, pero no podía quedarme callada. Me paso ahí toda la

tarde, sin salir ni siquiera para comer; no tengo hambre, pero a media tarde me levanto para quitarme el uniforme y ponerme algo más cómodo. Había quedado con las chicas para ir a la biblioteca, pero no me apetece ni siquiera hablar con nadie, no he tocado mi móvil desde el mediodía, solamente me he dedicado a estar tumbada en la cama y llorar. Mi madre jamás me había levantado la mano, ni cuando era pequeña, y pensar eso me ha dolido más que el golpe... Cuando llega la noche y ya me he cansado de secarme las lágrimas, me levanto de la cama para darme una ducha y ponerme el pijama. Bajo a por un vaso de leche caliente intentando evitar a mi madre y a mi hermano, y cuando subo, cojo el móvil, pero tengo tantos mensajes que no me apetece ponerme a leerlos. Me pongo una película y acabo quedándome dormida.

Dos días después...

- Cloe, el teléfono – me dice mi hermano abriendo suavemente la puerta de mi habitación el domingo a media mañana. Estoy sentada repasando mis apuntes, y desde el viernes a mediodía no toco mi teléfono móvil, así que supongo que debe ser alguna de las chicas – es Daniela.

- Gracias – le digo a mi hermano levantándome para coger el teléfono, le paso la mano por la cabeza como gesto de cariño y cuando se va cierro la puerta para hablar con mi amiga.

- Hola Dani – contesto poniéndome el teléfono en la oreja.

- ¡Tía! ¿dónde estás metida? ¡Llevamos dos días sin saber nada de ti! – exclama asustada.

- Estoy en mi casa, ¿por qué? ¿sucede algo? – pregunto.

- Bueno, es que Marc me ha pedido que te llame – contesta – bueno, en realidad Jorge le ha pedido a Marc que me dijera que te llamara. Dice que lleva dos días intentando localizarte, que quedaste en llamarle y no le coges el teléfono.

- Ya... lo sé – respondo.

- ¿Qué ha pasado? – pregunta confundida.

- Mi madre nos pilló besándonos el viernes en la puerta de mi casa, y desde entonces no me habla ni me mira a la cara – contesto apesadumbrada.

- ¿De verdad? ¡Joder tía vaya lío! ¿No le has dicho nada?

- Intenté explicarle que estamos juntos y todo eso pero... no hubo manera – contesto – creo que se avergüenza de mí.

- ¡Bah tía! No digas chorradas, seguro que puede arreglarse, ya verás – me dice intentando animarme.

- Bueno, creo que debería enviarle un mensaje a Jorge para que sepa que estoy bien – respondo – muchas gracias por decírmelo, y perdona que haya estado desaparecida. Diles a las chicas que estoy bien, invéntate que he estado enferma o algo así, ¿vale?

- Vale, no te preocupes por eso – contesta cómplice – y si necesitas algo, llámame.

Le doy las gracias y cuelgo el teléfono. Lo dejo sobre la mesa y saco el cargador para enchufar el móvil; no lo utilizo desde el viernes, así que no debe tener batería. Cuando lo enciendo me llegan infinidad de mensajes de las chicas y también de Jorge, además de al menos cincuenta llamadas perdidas. Abro su conversación para escribirle un mensaje: *“Lo siento, siento muchísimo haber desaparecido. Mi madre me odia después de lo que pasó, ni siquiera me mira a la cara y estoy rota por dentro... entiende que no te haya llamado...”*

Pasadas las horas, no contesta a mi mensaje, ni siquiera me llama... ¿ese era el interés que tenía en saber lo que me ocurría? Tanto no debo importarle si ni siquiera me contesta al mensaje, aunque quizá esté cabreado conmigo por no haber dado señales de vida desde hace dos días... ¿y si le ha pasado algo? ¡Bah, Cloe, deja la paranoia! Lo más seguro es que esté cabreado, y está en todo su derecho.

Después de comer en el más absoluto silencio, únicamente armonizado por las aportaciones de mi hermano al contar sus batallas en el partido de

ayer, me vuelvo a mi cuarto para tumbarme en mi sofá cama a ver un rato la tele. Al cabo de una media hora suena el timbre de casa, y escucho que mi madre se levanta para abrir. Alguien entra y se dirigen al salón, y al escucharles hablar me doy cuenta de que es la voz de un hombre, ¿quién será?

Me entra la curiosidad y me asomo a la escalera para ver si consigo identificarle desde allí. ¡Es Jorge! ¡y está sentado en mi sofá hablando con mi madre! ¡Joder, joder! No sé dónde meterme... bajo lentamente los escalones sin hacer ruido para tratar de escuchar la conversación que están manteniendo y me quedo detrás de la puerta del salón.

- Discúlpeme señora, lamento haberme presentado así por sorpresa – dice Jorge.

- Llámame Celia, por favor – responde mi madre con un tono muy serio.

- Está bien, Celia – contesta Jorge – si he venido hasta aquí es porque quisiera darle las explicaciones necesarias acerca de mi relación con su hija.

- ¿Qué pretendes contarme? ¡No quieras que me crea lo que sea que vayas a decirme! – exclama mi madre furiosa - ¡es una cría, por Dios! ¿qué harás? ¿dejarla embarazada y abandonarla como a un perro para joderle la vida? – añade extremadamente cabreada. Esas palabras de mi madre me enfurecen muchísimo, ¿cómo puede pensar algo así de Jorge? ¡Ni siquiera le conoce!

- Sé que es normal que tenga esa imagen de mí, y lo entiendo – responde él – le paso trece años, y ella aún está empezando a vivir, pero le aseguro que quiero a su hija más de lo que se pueda imaginar –

añade sincero – ojalá pudiera decirle lo contrario para que se quedara tranquila, pero no puedo. Me imagino cada día despertando junto a ella, y lo único que quiero es cuidarla y protegerla. ¡Porque la quiero! Porque desde que llegó a mi vida, Cloe se ha convertido en la razón por la que quiero despertarme cada mañana, ¡quiero hacerla feliz! Y eso es lo único que puedo decirle...

Al escuchar las palabras de Jorge, las lágrimas brotan de mis ojos como por arte de magia. Camino lentamente hasta traspasar la puerta y entrar en el salón, para quedarme parada delante de los dos, mirándole a él fijamente a los ojos con una sonrisa en la cara, mientras él me mira con los ojos también brillantes y una expresión en su cara de desesperación.

- No puedo decir que la situación me agrade, pero si tus intenciones son así de sinceras, no me inmiscuiré en lo que pueda pasar entre vosotros dos – responde mi madre aún con tono serio sin mirarme a la cara – No obstante, desde ahora mismo te advierto que, si los estudios de mi hija se ven afectados por esto, te puedo jurar que seré la primera persona en tomar medidas legales – añade amenazante – ahora, si me disculpan, no tengo nada más que decir - en ese momento sale del salón para meterse en la cocina cerrando la puerta y no vuelve a decir nada más. Por suerte, mi hermano está encerrado en su cuarto y no se entera de la situación.

Me acerco hasta Jorge para abrazarle y besarle durante unos segundos que me parecen una eternidad. Al escuchar sus palabras me ha quedado más que claro que lo que siente por mí es real; yo ni siquiera le pedía nada de eso, pero saberlo me deja más tranquila, y me hace muchísimo más feliz.

- No vuelvas a hacerme esto – me dice separando sus labios de los míos. Con las dos manos me agarra la cara y apoya su frente contra la

mía para quedarse a un centímetro de mi boca – me he vuelto loco todas estas horas sin saber nada de ti, me ha faltado poco para entrar por la fuerza a tu casa y llevarte conmigo. No soporto vivir sin ti, te necesito ¡joder!, necesito saber que estás bien y que sigues estando ahí...

- Lo siento, lo siento... - repito entre sollozos – te prometo que no volverá a ocurrir – añado – si entraras a mi casa por la fuerza me dejaría secuestrar sin poner resistencia – le digo con media sonrisa.

- Te quiero, Cloe – me dice impasible mirándome a los ojos y con una pequeña lágrima brotando de su ojo derecho.

- Yo también te quiero – respondo con una sonrisa y lágrimas de felicidad.

9.

Un mes más tarde...

- ¡Oye! Coge tu carpeta que te la dejas de nuevo atrás – le grito a mi hermano al bajarme del coche delante de instituto. Él regresa hasta mí para cogerla y yo me acerco para darle un beso en la mejilla, sé que le molesta que lo haga delante de sus amigos, así que por eso lo hago, pero antes de dejarme que le pille el moflete, sale corriendo mientras yo me río.

Hace un mes que Jorge fue a mi casa para explicarle a mi madre que estamos juntos y que está enamorado de mí. Desde entonces, ella ha cambiado su actitud conmigo; está más seria y distante, pero al menos ha vuelto a dirigirme la palabra y ya la situación no es tan incómoda. Creo que tiene miedo de que me expulsen del instituto antes de acabar el curso, o de que Jorge me deje tirada y sufra por él, pero quiero demostrarle que eso no va a pasar, y estoy segura de que el tiempo me dará la razón. Por suerte, ahora no tengo que ocultarle a dónde voy los fines de semana. A sabiendas de que no le gusta, le cuento que voy a casa de Jorge, pero ella no dice nada, solo se limita a decirme en un tono muy serio que tenga cuidado. Aún no les he contado a las chicas mi historia, y cada día me cuesta más ocultarlo o reprimirme las ganas de besar a Jorge en medio del pasillo del instituto. Le quiero, y quiero que todo el mundo lo sepa, que se enteren de que es solo mío y yo soy suya, y somos felices juntos...

Cuando llego al sitio de siempre, solo me da tiempo de saludar a los chicos, porque en seguida empieza a sonar el timbre para subir a clase, aunque aún no he visto a mi chico entrar y eso me resulta extraño. Nos

movemos de allí con mucha pereza y subimos las escaleras hasta el aula; cuando abro la chirriante puerta de madera, veo que me ha dejado otro mensaje en la pizarra como aquella vez.

“Porque cuando un hombre ama a una mujer, es como si le empezara a parecer que lleva tiempo dormido, pensando que estaba vivo. Yo te prometo contigo envejecer...”

¡Es el final de la letra de nuestra canción! En estos momentos todas las mariposas del mundo habitan en mi estómago. Yo que pensaba que no había llegado aún, y resulta que había subido antes para escribirme eso. En cuanto lo leo me apresuro en correr hasta la pizarra para borrarlo, no quiero levantar sospechas innecesarias.

- ¡Hala! Ya está de nuevo el de las notitas románticas – exclama Carlota al ver lo que estoy borrando – pero, ¿por qué lo borras? – me pregunta extrañada.

- Porque eso no pinta nada ahí... - respondo haciéndome la loca.

- Pero si... ¡un momento! – exclama poniendo cara de pensativa y apoyándose sobre su mesa - esa es una letra de Melendi y eres la única persona de nuestra edad que le prefiere a él antes que al reggaetón... ¡las notas son para ti! – añade con los ojos a punto de salirse de las órbitas después de atar cabos - ¡Qué fuerte! ¡Te lo tenías calladito! ¡Ya mismo me dices quién es!

- Tía, déjala, no la agobies – responde Daniela mientras empieza a entrar la gente en clase.

- Tú sabes algo, ¿verdad? – le pregunta inquisitiva. Yo dejo el borrador sobre la pizarra y me acerco hasta la mesa de Carlota.

- Te prometo que en el recreo te lo cuento, pero ahora no, por fa –

le pido en voz baja. No sé ni lo que me voy a inventar para contarle, pero me ha descubierto y solo tengo tres horas para pensarlo.

El tiempo pasa muy lentamente, y no presto atención a ninguna de las clases, porque por más que pienso no se me ocurre nada que pueda contarle a las chicas y que cuele. Durante la clase de Filosofía, Carlota me da un papelito por debajo de la mesa.

“Me va a dar algo como no me lo cuentes ¡ya!”

Giro la cabeza hacia ella y le dedico una mirada a modo de reprimenda, pero ella me dedica una risa traviesa. Vuelvo a girar la cabeza hacia la pizarra y observo que la profe nos está mirando fijamente, nuestras caras se quedan blancas como la cal, y durante el resto de la clase no vuelvo a levantar la mirada del libro. Al llegar la hora del recreo, Carlota me coge del brazo a punto de arrancármelo y me mete dentro del baño de las chicas. Instintivamente, Dani y Nora nos siguen hasta allí, y Carlota se sienta en un pequeño muro que hay junto a la ventana del baño.

- ¡Venga bah! Empieza a contarnos – me pide.

- ¿Contarnos? ¿el qué? – pregunta Nora desconcertada - ¿qué ha pasado?

- La niña ¡que se nos ha enamorado! – exclama Carlota riéndose. Dani al escucharla no puede evitar la risa.

- ¡Qué me dices! ¿de quién? – pregunta Nora asombrada.

- Joder parecéis el FBI con tanta pregunta – respondo sofocada.

- ¡Dejadla que respire! – añade Daniela.

- Vale, vale, perdona... ¡dilo ya! – exclama Carlota.

En este mismo instante me estoy muriendo de miedo, sé que estoy

rodeada de mis mejores amigas, pero lo que les voy a contar no es algo muy normal que digamos, y temo su reacción. He pensado que no voy a ponerles ninguna excusa, Daniela lo sabe, así que las demás también tienen derecho a saber la verdad. Si son mis amigas me entenderán y apoyarán...

- Está bien... es Jorge – respondo asustada - ¡Hala, ya lo he dicho!

- ¿Qué Jorge? – pregunta Nora confundida – ¿el friki de los superhéroes que está en mi clase? – añade.

- ¡No! – exclamo y se me escapa una risa – Jorge, el profe de lengua.

- ¡¿Perdooooona?! – exclaman las dos al unísono.

- Venga, bah, estás de coña – añade Carlota – di la verdad.

- Esa es la verdad – respondo y el asombro no se va de sus caras.

- ¡Doy fé! ¡Los he visto juntos! – añade Daniela levantando la mano derecha con una pequeña risa.

- Me estáis vacilando... - dice Nora – ¡eso es imposible!

- ¡Joder! ¡qué os digo la verdad! – exclamo sin saber qué más decir - ¡mirad esto! – sacó mi teléfono móvil y les enseño algunas fotos que me he hecho con Jorge durante estos meses atrás.

- ¡Ay la ostia! ¡Ay la ostia! – exclama Carlota dando vueltas por el baño y haciendo aspavientos con las manos - ¿te das cuenta de lo que estás haciendo?

- ¡Baja la voz! No querrás que me expulsen del instituto, ¿no? – pregunto retóricamente agarrándola del brazo - Llevo meses ocultándolo como para que ahora se entere todo el mundo a dos meses de que acaben las clases.

- ¡¿Meses?! – pregunta Nora asombrada.

Antes de que sigan haciéndome preguntas y para sacarlas de la confusión, empiezo a contarles toda la historia desde el principio, tal y como lo hice con Daniela, con la excepción de que esta vez cuento con su apoyo moral. Entre más hablo, más se le abren los ojos a Nora y la cara de Carlota es un poema. Dios mío... dónde me he metido. Solo espero que sean capaces de guardar el secreto, si no, estoy perdida...

- Tía... ¿sabes dónde te has metido? – pregunta Nora aún asombrada - ¡qué te pueden echar del instituto!

- ¡Lo sé! ¿Por qué crees que llevo todo este tiempo guardando el secreto? – contesto en tono enfadado – me expulsarían y él se quedaría sin trabajo...

- ¡Joder colega! vaya marrón... - responde Carlota entornando los ojos.

- Bueno, ¡dejemos los dramatismos! – dice Dani – que si llevan casi siete meses juntos y no ha pasado nada, no tiene por qué pasar ahora que apenas quedan dos y medio para que acaben las clases ...

- Pero, tía... ¿en serio estáis enamorados? – pregunta Nora – a ver, no es que lo ponga en duda pero... es muy mayor, y ya sabes que los chicos tan mayores no se comprometen seriamente con las chicas de nuestra edad...

- Ha ido a mi casa y le ha dicho a mi madre que no puede vivir sin mí, ¿te parece poco? – pregunto irónica.

- Bueno, ya... - contesta entrando en razón – pero, espera un momento... estuviste enfadada conmigo todo aquel tiempo, ¿y tú también le estabas poniendo los cuernos a Alex?

- Sí... - respondo cabizbaja – aunque a mi favor te tengo que decir que estaba enfadada por nuestra amistad, a mí mi relación con Alex ya me daba igual en ese momento.

- ¡Joder tía! Pero me hiciste sentir una mierda, y tú tampoco estabas haciendo las cosas bien... - responde dolida.

- Lo sé... lo siento mucho – le digo acercándome para abrazarla - ¿me perdonas?

- Buah... te perdono porque estás más enamorada que una tonta, porque si no te mando a la mierda – responde a punto de reírse, pero como no consigue explotar con alguna carcajada, lo hago yo para que se le contagie.

- ¿Por qué la vida de todas es más emocionante que la mía? – pregunta Carlota frustrada – yo tengo a mi novio, vamos al cine, comemos juntos y ya está... ¡pero ni es mayor, ni me regala cosas, ni nada de nada! – en cuanto acaba de quejarse volvemos a reírnos todas.

- Tranquila, someteremos a Fabio a una inspección para que reaccione – respondo con media sonrisa – pero, por favor, no les contéis nada, ni a Fabio ni a Alex, porque me veré metida en serios problemas para acabar Bachillerato...

- Tranquila, si Daniela ha podido guardar el secreto con la lengua tan suelta que tiene, para nosotras no será problema – responde Carlota y Dani le pone la mano sobre la cabeza para revolverle su pelo rizado en señal de protesta, con lo que Nora y yo no podemos evitar reírnos – pero... ¡a ver cómo me concentro yo ahora en la clase! Os voy a imaginar ahí... ¡dale que te pego!

- ¡Carlota! – exclamo molesta.

- Pues no levantes la mirada del libro, es lo que tengo que hacer yo siempre – contesta Daniela riéndose.

Levanto ambos brazos para darles a las dos un golpe en el hombro a modo de queja, pero justo en ese momento suena el timbre y salimos pitando del baño. Está prohibido quedarse ahí durante el recreo, así que si algún profe nos descubre nos puede caer una buena bronca. A última hora tengo clase de Lengua, y en cuanto Jorge entra por la puerta ya empiezan a sonar las risitas de Carlota y Daniela. Me giro hacia ellas y me paso la mano por delante de la boca intentando pedirles que estén calladas, pero no paran de hacerme corazoncitos con las manos, así que no me queda más remedio que pasar el resto de la clase sin mirarlas.

- Ahora entiendo por qué te quedabas tantas veces después de clase, pillina... - me dice Carlota mientras recogemos las cosas a las dos en punto.

- ¿Vamos? – pregunta Nora desde la puerta, y en cuanto se percata de que Jorge está dentro, entra disimuladamente hasta mi mesa.

- ¡Joder, más evidentes no podéis ser! – exclamo enfadada, pero ellas se ríen y esperan ahí hasta que ha salido todo el mundo.

- Venga, va, encima que te ayudamos a quedarte a solas con tu amorcito – contesta Nora en voz baja.

- Oye, que ahora mirándolo desde aquí... ¡no podrás quejarte, amiga! – exclama Daniela también en voz baja - ¡te estarás poniendo las botas! – las demás empiezan a reírse.

- ¿Os vais a quedar aquí todo el finde? – pregunta Jorge al ver que tardamos en irnos.

- ¡No, no! – contesta Carlota – eso a usted no le gustaría... - añade

traviesa.

- ¡Ya nos vamos! Cloe, te esperamos abajo – dice Nora que se ha asustado con el atrevimiento de Carlota. Las coge a ambas por los brazos y se las lleva fuera de clase entre risas - ¡Hasta el lunes profe!

- ¡Adiós chicas! – contesta Jorge. Una vez nos quedamos solos, me acerco hasta él asegurándome de que las chicas ya se hayan ido y no queda nadie por los alrededores.

- Perdona, han descubierto lo nuestro por lo que me has escrito esta mañana, y están como locas – le digo poniendo los ojos en blanco y resoplando, pero él se ríe.

- Bueno, mientras quede entre vosotras no pasa nada – me dice agarrándome por la cintura.

- Sí, tranquilo. Aunque ha sido culpa tuya, pero las he amenazado con contar sus secretos si cuentan el mío – respondo y él suelta una carcajada – Gracias por la sorpresa, me ha encantado.

- Quería dejarte claro que por ti estoy dispuesto a todo – me dice mirándome fijamente a los ojos.

- Gracias – le respondo besándole intensamente.

No puedo quedarme mucho tiempo con él, porque las chicas me están esperando, así que me despido brevemente y quedamos en vernos mañana en su casa. Salgo corriendo para bajar las escaleras del instituto pensando que las chicas ya estarán en la parada del bus esperando por mí, pero no, están plantadas en la puerta de la entrada; cómo se nota que les encanta un chisme, de lo contrario ya estarían subidas al autobús...

Dos semanas más tarde...

- ¡Cloe! ¡el teléfono! – me grita mi madre desde la cocina – es Carlota.

- ¡Vale, mamá! – respondo y me levanto del sofá de mi cuarto para coger el teléfono que está sobre mi escritorio.

- ¡Hello! ¿qué pasa? – respondo descolgándolo.

- ¿Qué va a pasar? ¡Nada, idiota! – contesta Carlota indignándose porque no ha ocurrido nada interesante en nuestras vidas desde hace dos semanas. Maldita la hora en que les conté lo de Jorge, porque no he podido pasar en paz las clases de Lengua ni encontrarme con él por los pasillos, siempre me dejan en evidencia – oye que me ha dicho Dani que nos vemos a las cinco en Sol, ¿vale?

Hoy hemos quedado las cuatro para ir de compras al centro. Hace tiempo que los estudios no nos permitían hacer un plan así, y como esta semana estamos menos saturadas, hemos decidido planearlo.

- ¡Ah, vale! Pero podíais haber puesto un mensaje en el grupo – le contesto confundida.

- Ya, pero es que mi móvil va un poco a su bola y se ha vuelto a quedar la pantalla en negro, por eso te llamaba al fijo – responde cabreada por lo de su móvil y yo me río al otro lado del teléfono.

- ¡Vale pues nos vemos luego! – contesto y nos despedimos.

A eso de las cuatro y cuarto salgo de casa en dirección al metro. A pesar del frío, hace un día estupendo y soleado; saco los auriculares de mi bolso, y camino escuchando “Un día de estos” de Marwan; me encanta ese chico, cada canción que compone le sale completamente del alma. Al llegar a Sol,

miro en todas las direcciones buscando a las chicas, pero hay una cantidad tan grande de gente que no las encuentro, así que me aparto a un lado para esperar a que lleguen entre la multitud que allí se encuentra. Casi no me da tiempo de apoyarme en una farola cuando Carlota y Daniela me gritan desde lejos y se acercan hasta dónde estoy abriéndose paso entre el gentío, y unos cinco minutos después, llega Nora para unirse a nosotras. La tarde se nos va, yendo de tienda en tienda por la Gran Vía y alrededores, probándonos mil cosas para acabar comprándome solo dos camisetas, como siempre, pero al menos pasamos un buen rato juntas. Sobre las ocho, Nora propone que vayamos a tomar un batido al Tommy Mel's, y yo soy la primera que acepto encantada, ¡los batidos son mi perdición! Entramos a sentarnos en una de las mesas, y sin parar de hablar como cotorras, esperamos a que nos traigan lo que hemos pedido.

Al cabo de unos veinte minutos de cháchara, entran tres personas por la puerta: dos chicas y un chico. La cara de una de ellas me resulta increíblemente familiar, como si la conociera; es Penélope, la ex novia de Jorge... Únicamente la vi aquel día saliendo del piso, pero recordaré su cara toda la vida. Me quedo mirándola fijamente, asustada y sin decir nada.

- Tía, ¿qué te pasa? – pregunta Daniela mirándome confundida – parece que has visto un fantasma.

- Esa chica, la morena de ojos pequeños, es la ex novia de Jorge – respondo sin quitar la vista de Penélope.

- ¡No jodas! ¡Pero no la mires! – exclama Carlota intentando voltearme la cara. Ya es tarde, se ha dado cuenta de que estoy ahí y tímidamente se acerca hasta nuestra mesa, dejando atrás a las otras dos personas.

- Hola, Cloe – me dice directamente a mí.

- ¿Cómo sabes mi nombre? – pregunto asustada.

- No olvidaría tu nombre ni aunque me lo pidieran – responde tajante - ¿cómo estás? – pregunta en un tono afable. La cara de las chicas es de un acojone total, ninguna dice nada, parecen estatuas.

- Pues... bien, aquí – no se me ocurre otra cosa que contestarle, estoy bloqueada.

- Y Jorge, ¿todo bien con él? – pregunta directamente sin pestañear ni perder la calma.

- Sí... todo muy bien – respondo asustándome cada vez más.

- Oye... eres una chica muy guapa, eres joven y tienes toda la vida por delante – me dice pasándose la mano por la frente como si quisiera darme un consejo – no dejes que un tío como él te joda la vida, ¿vale? No merece la pena – sus palabras suenan en mi cabeza como una patada en medio del estómago y la furia sale desde lo más profundo de mí.

- ¿Qué coño sabrás tú de lo que hay entre él y yo? – pregunto enfurecida - ¡Te aseguro que jamás te quiso la mitad de lo que me quiere a mí! – añado notablemente cabreada y casi poniéndome de pie. Daniela me pasa la mano por delante para que no me levante de mi sitio y Penélope esboza una pequeña risa que tiene cierto tono de compasión.

- Ojalá sea así, eres muy joven aún para sufrir – responde con una calma total – Hasta luego, Cloe. Pásalo bien con tus amigas – me dice y se va para salir de nuevo del restaurante sin dirigirse en ningún momento a las demás personas que hay a nuestro alrededor. Presiento que iban a comer algo, pero al encontrarme allí ha decidido ir a otro

lado.

- ¡Hija de puta! ¿Qué coño sabrá ella? ¡Si no la quería no es mi problema! – exclamo enfurecida y con la lágrima a punto de caer.

- Venga tía, tranquilízate – me dice Nora cogiéndome de la mano – entiende que está despechada, y hace todo lo posible para hacerte daño porque sabe que estáis bien – añade.

- Nora tiene razón, no vale la pena que te pongas así por ella – añade Carlota.

- ¡Anda! Tómate tu batido y olvida lo que ha sucedido, ¿sí? – dice Dani con una sonrisa – sabes que Jorge te quiere, y te quiere de verdad. No hace falta que nadie venga a ponerlo en duda.

- Gracias – les contesto a las tres secándome las lágrimas y cogiéndonos todas de la mano por encima de la mesa.

Al día siguiente en casa de Jorge...

- Cloe, ¿estás bien? – me pregunta incorporándose en el sofá.

Son las ocho de la noche y estoy acostada con mi cabeza sobre sus piernas en el sofá viendo la tele. Desde que he llegado apenas he hablado y no he parado de darle vueltas a lo que me dijo ayer Penélope cuando la vi en el centro. ¿Qué habrá querido decirme? Tal vez yo no conozca a Jorge tanto como pensaba, quizá quisiera advertirme de que puede hacerme daño... pero las chicas tienen razón; está despechada, y probablemente solo quiera intentar joderme porque no le agrada saber que seguimos juntos.

- Sí, ¿por qué lo preguntas? – le digo quitando la mirada de la tele y girando la cabeza hacia él.

- No sé, estás muy rara desde que llegaste... casi no has hablado - responde confundido - y eso es muy extraño en ti - añade. Me levanto para sentarme a su lado en el sofá y contarle lo que me sucede.

- Ayer, cuando fui con las chicas al centro, me encontré con Penélope – respondo cabizbaja y suspirando.

- ¿Qué? – pregunta confuso - ¿te dijo algo?

- Sí, bueno... – respondo apesadumbrada – me dijo que me ibas a joder la vida o algo así...

- ¿En serio? – me pregunta asombrado abriendo muchísimo sus ojos negros - ¿qué le pasa? Penélope nunca ha sido así...

- Bueno, supongo que sigue queriéndote... – añado con un tono triste.

- Oye – me dice incorporándose para agarrarme la cara con las dos manos – no sé qué se le habrá pasado por la cabeza para decirte algo así, pero te quiero Cloe – añade – puede que ella siga enamorada de mí y por eso haya hecho lo que hizo, pero tú eres lo único que me importa, y no pienso permitir que nadie te haga sentir mal poniendo en duda lo que siento por ti.

- Pero... ¿cómo puedo estar segura de que esto va a salir bien? – le pregunto confundida.

- Hasta ahora ha salido bien, ¿no? – pregunta con una sonrisa – lo más importante es que los dos queremos que salga bien, lo que opine el resto de la gente me da exactamente igual. Eres lo más bonito que tengo, y no pienso perderte por nada ni por nadie – añade besándome en los labios.

- Te quiero – le digo al separar mis labios de los suyos. Él sonríe y me contesta con otro profundo beso, luego me tumba en el sofá y se inclina encima de mí para hacerme el amor de una forma muy dulce...

Una semana después...

- Chicas tengo que irme, he quedado con Jorge – les digo a mis amigas saliendo el sábado por la mañana de la biblioteca.

Se acercan los exámenes finales, y este es el momento más decisivo de todos, así que nos hemos propuesto motivarnos unas a otras para estudiar y que ninguna saque una mala nota para entrar en la uni, aunque debo decir que por ahora no puedo quejarme de mis notas; creo que lo conseguiré. Entre semana estudiamos en casa, y hemos pactado ir todos los sábados por la mañana a la biblio hasta que acabe el curso.

- ¿Qué vais a hacer? – pregunta Carlota con un movimiento de cejas.

- La cucharita durante todo el día seguro – añade Daniela riéndose.

- ¡No! ¡listillas! – exclamo arqueando una ceja – le he dicho que le llevaría al parque de atracciones, ¡no ha ido desde hace años!

- Normal, tía... estás con un viejo – contesta Nora intentando inútilmente no reírse, doy dos pasos hasta alcanzarla y le pego un buen golpe en el hombro a modo de queja.

- Bueno, pues a partir de ahora le enseñaré a hacer cosas divertidas – le contesto orgullosa de mi misma.

- Pero, ¿quién es el mayor? ¿tú o él? – pregunta Carlota entre risas y la fulmino con la mirada.

- ¡Buah! ¡Ya os vale! Podríais habernos invitado a Marc y a mí, ¡qué somos familia! – responde Daniela pestañeando muchas veces haciendo notar el verde de sus ojos. Al escuchar sus palabras todas nos reímos a la vez.

- Hace meses que escucho eso, pero hasta que no deis el paso de hacer formal la relación, me temo que no seremos familia... - respondo poniendo los ojos en blanco – así que, ¡quedáis excluidos del plan!

Justo en ese momento aparece el coche gris de Jorge por la esquina de la calle, y al llegar hasta la puerta de la biblio, se para delante para que me suba.

- ¡Hola chicas! – saluda desde el interior del vehículo mostrándonos su reluciente sonrisa.

- ¡Qué pasa profe! – contesta Carlota con confianza y él se ríe.

- Venga, me voy que sois muy cotillas – les digo despidiéndome y

me subo al coche - ¡Ya hablaremos!

- ¡Hasta luego! – se despiden las tres a la vez y Jorge arranca el coche levantando la mano para despedirse.

- ¿Preparado para volver a ser joven? – le pregunto con una risilla traviesa cuando ya estamos solos.

- Ya soy joven – me dice arqueando una ceja a modo de protesta y yo me río. Me acerco hasta él, empiezo a besarle por toda la cara y entre risas me aparta suavemente porque le quito visión conduciendo.

- ¡Nos vamos a estrellar! – me dice riéndose. Yo sonrío traviesa, vuelvo a mi sitio y empiezo a investigar en la pantalla del coche en busca de alguna canción que me guste y que sea motivante, ya que estoy muy contenta. Encuentro “Me haces falta” de Antonio José y mi pequeño concierto con coreografía incluida da comienzo, pero las carcajadas de mi chico me cortan el rollo porque me desconcentran y se me olvida la letra.

Pasamos el día entero en el parque de atracciones, sin parar de subirnos en todas, incluida la montaña rusa, a dónde jamás me hubiera imaginado que se subiría, pero lo ha hecho. Me encanta verle así, disfrutando solo por hacerme feliz, aunque lo que él no sabe es que ya me hace feliz solo con estar a mi lado. Ojalá pudiéramos hacer más a menudo estas cosas, pero la verdad es que me he pasado todo el tiempo agobiada mirando hacia los lados y escondiéndome por si acaso hubiera alguien conocido por allí. No quiero estar así con él, quiero que podamos salir, disfrutar y besarnos dónde nos dé la gana y cuando nos dé la gana, sin que el miedo sea el dueño de nuestros actos. Pero bueno, a pesar de eso hemos pasado un día estupendo, de los que repetiría una y mil veces, y por suerte nadie nos ha visto. Cada vez queda menos para que acaben las clases y yo cumpla los dieciocho, así que vivo

desesperada restando los días del calendario, incluso me he hecho uno propio en un folio, en el que voy tachando cada día que pasa. Ya solo queda un mes y medio; y dos para mi cumpleaños...

- Gracias por el día de hoy, y por todos en los que me haces inmensamente feliz – me dice cuando ya estamos en su casa acostados en la cama.

- ¿Acaso hay días en los que no te hago feliz? – le pregunto incorporándome de su pecho y haciéndome la indignada.

- ¡No! ¡No tergiverses mis palabras, listilla! – responde haciéndome cosquillas en mi costado desnudo.

- Tú también me haces muy feliz – le respondo con una sonrisa y un tierno beso en los labios. Él sonrío y me devuelve el beso – creo que es hora de irme, aunque mi madre sabe que estoy contigo, pero no quiero que se preocupe...

- Tienes razón, te llevaré a casa – responde dándome un beso en la frente.

- No, tranquilo, puedo pillar un taxi – contesto.

- ¿Y correr el riesgo de que me cambies por un taxista? ¡Ni loco! – contesta en tono de burla.

- ¡Oye! Que los taxistas también tienen derecho a enamorarse - respondo – pero ninguno de mí, porque ya yo estoy perdidamente enamorada de ti – añado besándole.

- ¡Qué pelota! – exclama poniendo los ojos en blanco – yo te llevo a casa, es muy tarde y no quiero que te vayas sola.

- ¡Está bien! – respondo agotada – cómo quieras – añado

guiñándole un ojo.

Muy a mi pesar me levanto de la cama y me pongo la ropa interior, luego el pantalón, la camisa, los zapatos, y por último mi abrigo. Espero sentada en el sofá mientras él se viste, y mirando a mi alrededor, de repente una sensación de melancolía me recorre todo el cuerpo, como si fuera la última vez que voy a verle, pero intento no hacerle caso a las paranoias mentales que me dan a veces, y cuando sale de la habitación me levanto para que me lleve a casa.

Una vez estamos en mi puerta, para el coche justo delante; ya no tenemos miedo de que mi madre pueda vernos.

- Ojalá pudieras quedarte a vivir conmigo – me dice mirándome fijamente a los ojos desde su asiento – sería el hombre más feliz de la tierra.

- Algún día eso sucederá – le respondo con una sonrisa y me acerco para besarle en los labios. Me separo algunos centímetros de su cara y permanezco mirándole a los ojos.

- Nunca olvides que eres lo más bonito que tengo alrededor – me dice con media sonrisa.

- Te prometo que no lo olvidaré – respondo y le beso – pero tú no olvides que te quiero, y que esperaré toda la vida si hiciera falta para poder estar contigo.

- Yo también te quiero, Cloe – contesta y me besa apasionadamente.

Tras despedirnos, me bajo del coche de nuevo con esa rara sensación. Tal vez sea porque me va a venir la regla y estoy algo más sentimental de lo normal, es lo más probable; de milagro no me he puesto a llorar con mi

revoloteo de hormonas. Camino hasta la puerta del jardín y él arranca el coche levantando una mano para decirme adiós, yo le lanzo un beso desde dónde estoy, abro y entro en casa. Me doy una ducha rápida, me pongo el pijama y caigo más que rendida en la cama. No hemos parado de caminar en todo el día y me levanté desde las ocho de la mañana, así que mi cuerpo está pidiendo a gritos una tregua urgente.

10.

Al lunes siguiente...

- ¡Buenos días! – saluda la directora al interrumpir de repente la clase de Inglés - ¿podría salir Cloe un momento, por favor? – le pregunta a la profesora.

- Por supuesto – responde miss Silvia – Cloe, por favor.

Me levanto de mi silla y miro a las chicas temiéndome lo peor, tengo el estómago como un puño cerrado y el corazón se me va a salir del pecho. Camino hasta la puerta sin decir una palabra, y al salir, Clara me pide que la siga hasta su despacho sin decir nada más. Bajo las escaleras casi agarrándome el corazón para que no me salga por la boca, creo que me va a dar un infarto. No me ha dicho nada aún, pero apuesto lo que sea a que no me equivoco al pensar en que se ha enterado de lo mío con Jorge; jamás me han llamado al despacho de la directora, ni siquiera ha tenido que reprenderme nunca ningún profesor, por eso sé que estoy en lo cierto. Llego a su puerta y me invita a pasar; al entrar veo a mi hermano con una brecha en la frente, sentado en una de las sillas del despacho, y a un chico de su clase sentado en la otra silla con un poco de sangre en el labio. ¡Uf! Mi hermano se ha peleado. No es que me alegre de su comportamiento, pero respiro tranquila al saber que la cosa no va conmigo.

- ¿Qué ha pasado? – pregunto cuando ya estoy más calmada.

- Pasa, por favor, y siéntate ahí – me dice sentándose en su sillón e indicándome una silla para que me siente.

- Vamos a ver Cloe... - me dice cogiendo aire y entrelazando las

manos por encima de la mesa – según tu hermano, Lucas le ha dicho que te vio el sábado en el parque de atracciones besándote con el profesor de Lengua, tu hermano cree que eso es mentira y han empezado a pelearse en medio de clase – dice en un tono muy serio – necesito que le aclares a Lucas que eso no es cierto, que quizá se confundió con otra persona.

- ¡Sí que es cierto! Los vi con mis propios ojos – exclama Lucas enfadado.

Me quiero morir en este mismo momento, no sé qué hacer ni qué decir, el corazón me vuelve a latir muy rápido y las manos me tiemblan. Tuve un mal presentimiento el sábado, sabía que alguien nos podría ver... Estoy a punto de ser expulsada del instituto y soy consciente de ello. Quiero inventarme cualquier excusa, decirle que es mentira, que no era yo, pero mis nervios no me permiten decir ninguna palabra, y jamás se me ha dado bien mentir, por lo que creo que mi cara dice todo lo que mi voz no puede. Estoy pálida y no puedo hacer otra cosa que mirar fijamente a Clara, a mi hermano y a Lucas, pero sin mover la cabeza, solamente los ojos. Ahora mismo no soy capaz de coordinar ningún movimiento en alguna de las partes de mi cuerpo.

- Yo... no... - balbuceo difícilmente para luego quedarme callada y muy nerviosa.

Clara se da cuenta de la situación y les pide a los chicos que salgan del despacho para quedarse a solas conmigo. Me siento como un corderito que está yendo directamente al matadero sin opción a retorno. Ella se levanta de su sillón y se queda apoyada en la parte delantera del escritorio mirándome fijamente.

- Cloe, no creas que esta es una conversación fácil para mí, pero necesito que me digas la verdad – me pide intentando ser comprensiva.

Clara nunca ha sido una mala directora como esas brujas que salen en las películas. Todo lo contrario, siempre ha sido muy buena con nosotros, y se puede hablar con ella perfectamente.

- No sé qué decirte, Clara... - le respondo agachando la cabeza y apoyándola en mis manos.

- Mírame – me dice levantándome suavemente la cabeza con una mano - ¿Jorge te ha hecho algo malo? ¿Te ha amenazado para que no digas nada?

- ¡No! ¡No! ¡No! – exclamo asombrada - ¡eso nunca!

- Entonces... cuéntame qué ha pasado, te prometo que no voy a juzgarte – responde con cariño.

- Bueno, es que... Jorge y yo nos queremos – contesto con la lágrima a punto de salir.

- ¿Qué os queréis? ¿Cómo que “os queréis”? – pregunta confundida.

- Si, que estamos juntos... - contesto.

- Pero... ¡Cloe! – exclama perdiendo un poco los nervios – sabes que están terminantemente prohibidas las relaciones entre profesores y alumnos eso... ¡eso es imposible!

- Lo sé, lo sé... – respondo cabizbaja – sé lo que va a pasar, usted me va a expulsar y le despedirá, lo sé... – contesto entristecida.

- Yo no he dicho nada de eso – me interrumpe.

- No hace falta que lo diga – contesto reponiéndome – sé que es mucho mayor que yo, que es mi profesor y todo eso... ¡pero le quiero! Y sé que él también me quiere, así que por más que me expulse o me

abra un expediente, no van a poder separarnos – añado secándome la lágrima.

- Está bien, Cloe... mira, hagamos una cosa – me dice cogiendo aire desesperada – vas a subir, vas a coger tus cosas y te vas a ir a casa. Llamaré a tu madre para que venga a recogerte y mañana cuando vuelvas hablaremos más tranquilamente tu madre, tú y yo, ¿te parece bien? – me pregunta.

- ¡No! Por favor, no le diga nada a mi madre de esto – le pido desesperada – ella ya está al tanto de mi relación con Jorge. No está de acuerdo, pero lo único que le exigió fue que no tuviera consecuencias en mis estudios, así que por favor, no le diga nada o será peor... - le ruego con cara de pena – me iré a casa y mañana hablaremos si es lo que usted quiere, pero por favor, no le diga nada a mi madre.

- Vale... - me responde pesarosa – entonces mañana hablaremos Jorge, tú y yo para buscarle una solución a esto, no me dejas otra opción.

- Está bien, lo acepto – respondo a regañadientes.

Me levanto de la silla, me despido y salgo por la puerta llorando. Subo hasta el baño de la planta de arriba y me encierro en uno de los váteres a llorar, ahora mismo me muero de ganas por entrar en el aula de Nora donde está Jorge dando su clase y pedirle que salga para abrazarle, pero no puedo hacer eso o el escándalo será aún mayor. Cojo mi teléfono móvil y le escribo un mensaje: *“Clara lo sabe todo, me ha pedido que me vaya a casa y que hablemos mañana los dos con ella. Lo siento... Nunca olvides que te quiero”*

Me levanto de allí, me coloco la ropa del uniforme y me voy hasta el lavamanos para lavarme la cara. Cuando ya la tengo algo menos hinchada,

salgo del baño con la intención de entrar en clase y coger mis cosas, pero al levantar la cabeza saliendo por la puerta del baño, veo a Jorge al fondo del pasillo, delante de la puerta del aula de Nora, con el teléfono móvil en la mano tratando de responderme al mensaje, así que corro hasta él y le abrazo aprovechando que el pasillo está vacío.

- Lo siento, lo siento Cloe... - me dice desesperado agarrándome la cara con las dos manos y mirándome a los ojos – te prometo que lo arreglaré, ¿vale?

- Vale... - asiento intentando no volver a llorar.

- Ahora mismo no podemos hablar, pero necesito que luego me cuentes todo lo que ha pasado – me pide – ahora entra en clase, coge tus cosas y ve a casa. Luego pasaré a recogerte – añade dándome un tierno beso en la frente.

- Vale... te quiero – le digo visiblemente emocionada.

- Y yo a ti cariño – responde con la misma emoción en su mirada.

Le doy un intenso beso en los labios, me doy media vuelta y camino hasta la puerta de mi clase. Al llegar allí, me giro para ver si aún no se ha ido, pero ya ha vuelto a entrar en el aula, así que intento reponerme la ropa y entro. Camino hasta la mesa dónde está la profesora de Inglés, y en voz baja le explico que tengo que irme a casa, ella asiente y sonrío sin preguntar nada; yo me dirijo a mi pupitre para recoger mis cosas ante la atenta mirada de los demás, aunque únicamente les devuelvo la mirada a Carlota y Daniela, y en voz baja les digo que luego les explico.

Salgo de clase, bajo las escaleras y le digo al portero que tengo permiso de Clara para irme, por lo que me abre la puerta sin poner ningún impedimento. Mientras camino hacia la parada del bus no puedo evitar

ponerme a llorar, ni siquiera me apetece escuchar música con los auriculares, pero los saco del bolso y me los pongo en un intento de distraerme. Ahora mismo lo único que me apetece es escuchar música triste, así que pongo la Playlist más melancólica de todo mi Spotify y empieza a sonar “Aunque tú no lo sepas”. Durante todo el camino en el bus voy mirando por la ventana con la mirada perdida, me viene a la mente aquel día en que Jorge paró su coche al lado del autobús y yo le saludé como una idiota, y también como una idiota, sonrío acordándome de eso.

Al llegar a casa subo directamente a mi cuarto y me tumbo en la cama a llorar, mi madre aún no ha llegado de trabajar, es media mañana todavía. Me quedaría dentro de la cama eternamente, no quiero salir de aquí, no tengo fuerzas para enfrentarme al mundo en estos momentos. Me siento tan mal que no quiero saber nada de nadie, lo único que deseo es que venga Jorge a buscarme, me saque de mi casa y me lleve muy lejos de aquí para siempre...

En el despacho de Clara en ese mismo momento...

- Pasa Jorge – responde Clara con semblante serio desde el otro lado de su escritorio – precisamente contigo quería hablar.

- Lo sé, Cloe me lo ha dicho – responde él cerrando la puerta al entrar.

- ¿Así que os veis en medio del instituto también? – pregunta irónica levantando una ceja.

- No, Clara, no confundas las cosas – contesta en un tono muy serio.

- No trato de confundir las cosas Jorge – responde – solo quiero que me expliques qué haces acostándote con mis alumnas.

- No voy por ahí acostándome con todas las chicas del instituto – responde él enfadado – además, te recuerdo que Cloe también es alumna mía.

- Sí, pero la responsabilidad ante su madre es toda mía, así que dime, ¿cómo le explico que tengo que expulsar a su hija porque todo el instituto se enterará de que se acuesta con su profesor de Lengua? – pregunta desesperada ante la situación.

- No tienes por qué hacer eso, Clara – contesta intentando calmarla – podemos encontrar alguna solución y nadie tiene por qué enterarse.

- Ah, ¿no? – responde ella en un tono serio – ¿y qué se supone que debo hacer? ¿permitirlo? ¿y que el inspector se entere y nos deje a los dos sin trabajo? – pregunta retóricamente sin dejarle hablar - ¿es eso lo que quieres Jorge?

- ¡No, no es eso! – contesta él – lo último que querría sería joder a los demás por mi culpa.

- Entonces, ¿qué hacemos? – pregunta ella.

- No lo sé, Clara, ¡no lo sé! – responde desesperado – estoy realmente jodido.

- ¡Y tanto que lo estás! – contesta ella tratando de calmarse – mira, Jorge... sabes que te aprecio muchísimo; eres un gran profesor, y desde que llegaste al instituto has conseguido unos resultados extraordinarios, pero ponte en mi lugar – le pide mirándole a los ojos – entiende que no puedo permitir esto, es prácticamente imposible... ¡es una niña!

- ¡Lo sé, Clara! ¡Lo sé! – responde él dando vueltas por el despacho agobiado - ¿crees que no me he dado cuenta? Pero no puedo dejar de pensar en ella, de día, de noche, por la mañana cuando me despierto lo único que quiero es llegar lo antes posible aquí para poder verla.... ¡estoy loco por ella! - exclama – y sé que esto no está bien, porque sí, es una niña, pero me ha demostrado que por dentro es toda una mujer, y no he encontrado la forma de dejar de quererla...

- Jorge... entiéndeme – le dice agotada– no puedo permitirlo.

- Tranquila, si lo entiendo perfectamente... – responde él agachando la cabeza. Clara se queda pensativa con las manos cruzadas durante un buen rato.

- No quiero perderte como profesor, pero lo único que puedo pedirte es que te cojas una baja hasta que acabe el curso y ella ya no esté aquí – le dice – tienes mi palabra de que volverás a trabajar aquí, pero por favor, no me obligues a tener que expulsarla... aunque estés

de baja seguirás siendo profesor de este centro, y mientras eso sea así, tu relación con Cloe está totalmente prohibida – añade con pesar – no sé si entiendes lo que te quiero decir...

- Sí, Clara – contesta Jorge tajante – te he entendido perfectamente. Tú también tienes mi palabra de que no tendrás que expulsarla, si eso le va a traer consecuencias negativas, me alejaré de ella para que pueda acabar el instituto.

- Gracias por entenderlo – le dice Clara cogiéndole de la mano – puedes recoger tus cosas hoy mismo si quieres, pediré un sustituto para mañana y le diré a Lucas que se confundió de persona y que todo ha sido un malentendido para que el rumor no se extienda como la pólvora.

- Está bien... lo siento Clara – contesta Jorge abatido.

- Créeme que la que más lo siente soy yo... - responde ella con un tono triste.

A la hora de comer en casa de Cloe...

- ¡Hija! ¿qué haces aquí ya? – me pregunta mi madre asustada al entrar en la cocina y verme ahí preparando la comida - ¿y tu hermano?

- Me sentía mal y me he venido antes de clase – respondo excusándome – Pablo vendrá ahora mismo.

- ¿Qué tienes? – pregunta preocupada.

- Me duele la tripa, nada preocupante, tranquila – respondo con media sonrisa.

Justo en ese momento entra mi hermano por la puerta de casa y de un

portazo la cierra. Sube las escaleras como si estuviera poseído por el diablo, y mi madre me mira con cara de extrañada, para luego asomarse a la puerta de la cocina.

- ¡Pablo! – le grita a mi hermano que ya está en el último escalón de arriba - ¿qué te pasa?

- ¡Que la odio! ¡la odio! ¡la odio! – exclama cabreado señalándome con el dedo – ¡por su culpa mis amigos se burlan de mí! – añade - ¡no quiero volver a verte en la vida!

- Pero... ¿qué ha pasado? – pregunta mi madre impactada mirándonos a los dos – y, ¿qué tienes en la frente? ¿te has peleado?

- Déjale, mamá – le pido con una voz tímida y mi hermano se encierra en su cuarto dando otro portazo – yo te lo explicaré.

Me siento una mierda ahora mismo. A pesar de que me pase la vida entera peleando con mi hermano, le quiero más que a nada y es la persona más importante de mi vida, así que sus palabras me duelen en lo más profundo del alma. Soy consciente de que a partir de este momento mi vida va a cambiar por completo; no solo mi hermano me odia, también mi madre lo hará desde que le cuente todo lo que ha pasado.

Le pido que se siente en una de las sillas de la cocina y yo me siento en otra. Sin saber muy bien dónde poner las manos empiezo a contárselo todo, pero permanece con un gesto serio sin decir absolutamente nada.

- Mira Cloe... ya eres mayorcita para saber arreglar tu sola tus problemas, pero lo que no pienso consentir es que le busques problemas a tu hermano – me dice tajante – así que ahora mismo estás rompiendo tu relación con ese señor, si no quieres que te saque mañana mismo de ese instituto – añade más seria que en toda su vida –

iré mañana a hablar con la directora e irás conmigo, juntas le diremos que ya no estás con él y le pediré que te permita acabar el curso allí.

- Pero, ¡mamá! – exclamo entre lágrimas. Las palabras de mi madre me duelen como si me estuvieran clavando cuchillos en los brazos.

- ¡Se acabó! – grita enfadada – tienes diecisiete años, y hasta dentro de dos meses seguirás haciendo lo que yo te diga.

Me levanto corriendo y subo a mi cuarto casi tropezándome con los escalones entre lágrimas. Cierro la puerta de mi habitación, me tumbo en la cama y rompo a llorar desconsoladamente, como si me hubieran arrancado de cuajo el corazón. No quiero comer, no quiero ver a nadie, solo quiero que llegue la hora en que Jorge me venga a buscar.

Pasa el tiempo, una hora, dos, tres... son las siete de la tarde y aún no ha venido a buscarme como habíamos acordado, ni ha contestado a mis mensajes, y su teléfono móvil está apagado. Tengo la enorme necesidad de ir hasta su casa a buscarle, pero sé perfectamente que si mi madre me ve salir por la puerta de casa las cosas serán mucho peores tanto para mí como para él. ¿Habrá hablado con Clara? ¿Por qué no da señales de vida? ¿Le habrá pasado algo?

Cuando el reloj marca las ocho y media, ya desesperada por no saber nada de él, cojo mi teléfono y llamo a Daniela para contarle lo que ha sucedido y le digo que le pida a Marc que le llame, pero me dice que su hermano no sabe nada de él, que le dijo que saldría y tampoco le coge el teléfono. Estoy desesperada, sin embargo, no puedo hacer absolutamente nada, me siento atada de pies y manos... lo único que me queda es esperar a que pase la noche y verle mañana en el instituto. No he almorzado y ni siquiera tengo hambre para cenar, así que me ducho, me pongo el pijama y

me meto en la cama sin haber tocado en toda la tarde mis apuntes.

A la mañana siguiente...

- Cariño, sube a clase – le dice mi madre a mi hermano en la puerta del instituto – tu hermana y yo vamos a hablar con la directora.

De lejos veo a los chicos sentados en el muro de siempre. Las chicas me miran con cara de pena al verme entrar con mi madre por la puerta del instituto y desde aquí noto que se sienten impotentes al no poder hacer nada por ayudarme, pero al menos ya no tendrán por qué seguir guardando mi secreto, o eso creo...

Llegamos a la puerta del despacho de Clara y esperamos en la salita hasta que la veo llegar por el pasillo con un café en la mano.

- Buenos días, Clara – le dice mi madre – me gustaría poder hablar con usted, si es posible.

- Buenos días – responde confundida – sí, por supuesto, pasad – añade abriéndonos la puerta para que entremos.

- En primer lugar, quería pedirle disculpas por toda la situación y el revuelo que se ha formado – dice mi madre sentándose en una de las sillas del despacho. Yo me quedo de pie detrás de ella, y Clara se sienta en su sillón dejando el café sobre la mesa.

- No se preocupe – responde – suponía que al final te verías obligada a contárselo a tu madre, Cloe – me dice y yo asiento con la cabeza sin decir absolutamente nada.

- Por supuesto, esta situación no se puede permitir – responde mi madre muy seria – acepté su relación con ese chico, pero le juré que en cuanto supusiera un problema en sus estudios tomaría las medidas

necesarias, y ahora, incluso ha supuesto un problema para su hermano... - añade enfadada.

- Bueno, tampoco saquemos las cosas de quicio, aunque puede estar tranquila – le dice a mi madre intentando tranquilizarla – Jorge ya no será un problema, ni para ella, ni para usted; por ahora ha dejado de trabajar con nosotros y me he ocupado personalmente de que la noticia no se difundiera.

- ¡¿Qué?! – pregunto impactada por lo que acabo de oír – ¡¿por qué?! ¡expúlsame a mí! Pero por favor, no lo deje sin trabajo – le pido a Clara desesperada entre lágrimas.

- Cloe, no me ha quedado otra opción – responde tajante – Jorge se ha marchado porque su actitud era intolerable.

- ¿Intolerable? – pregunto indignada - ¡Intolerables sois todos vosotros, que estáis tan quemados de la vida que ya no os acordáis de lo que es estar enamorado! – exclamo llorando y salgo del despacho dando un portazo.

Subo hasta la planta de arriba y me meto en el baño para enviarles un mensaje a las chicas y pedirles que suban, las necesito más que nunca. Cuando llegan al baño me encuentran sentada en el muro que hay junto a la ventana llorando desconsoladamente, y se agachan a mi lado para tratar de apoyarme. Les explico lo que me ha pasado y no hacen más que intentar animarme, pero es inútil. Me quiero morir... quiero largarme lejos de aquí; quiero salir corriendo hasta el piso de Jorge a buscarle y quedarme allí con él para siempre. Por suerte, tengo unas amigas maravillosas, y se quedan conmigo hasta que estoy algo más calmada. Les he prometido que estaría mejor, y que me quedaría en el instituto hasta las dos, aunque hoy no habrá clase de Lengua, aún no hay sustituto. Tenemos la hora libre, y durante esos

cincuenta minutos mi cabeza no para de dar vueltas a pesar de que las chicas tratan de animarme sabiendo que ahora mismo Jorge podría estar aquí y todo sería como siempre; pero lo tengo más que claro, esta tarde iré a buscarle a su casa.

Esa misma tarde...

Sobre las cuatro me asomo muy lentamente y sin hacer ruido a la puerta del salón, observo que mi madre y mi hermano están durmiendo como dos osos hormigueros en el sofá, así que aprovecho para abrir la puerta muy despacio y escaparme sin que se den cuenta. Al cerrar la puerta del jardín, me echo a correr hasta la boca del metro con miedo de que mi madre se haya percatado de que me he escapado, pero no. Llego al metro sin ningún sobresalto y pillo la línea que me lleva hasta San Blas. No sé si es porque tengo muchísimas ganas de hablar con él, pero noto que esta vez el metro va más lento que nunca. Cuando llego, salgo rápidamente de allí y no paro de correr hasta que estoy delante de la puerta del edificio de Jorge; está abierta, así que aprovecho para entrar y subir hasta el cuarto b. Una vez llego arriba, toco el timbre y tapo la mirilla emocionada para intentar darle una sorpresa con mi visita.

Cuando me abre la puerta, la cara me cambia, porque no me gusta nada lo que veo; tiene un aspecto desgarrado, sin camisa, con un pantalón de chándal viejo, la barba y el pelo descuidados, y unas ojeras que se le podrían ver a kilómetros.

- ¿Qué haces aquí? – pregunta confundido.
- ¿No te alegras de verme? – pregunto extrañada por su reacción.
- Sí, claro, pasa – me dice muy distante invitándome a pasar sin

siquiera darme un beso. Al entrar y observar el panorama, incluso me dan ganas de llorar; está todo desordenado. La mesa del salón está llena con sus libretas, carpetas y demás cosas que ha traído del instituto, por no hablar de que la mayoría de los cojines del sofá están tirados por el suelo, como si llevara desde ayer ahí acostado sin hacer nada.

- ¿Estás bien? – le pregunto preocupada.

- ¿A ti qué te parece? – me pregunta irónico. No entiendo a qué viene su actitud, parece estar a la defensiva conmigo.

- ¿Por qué me hablas así? – le pregunto confundida.

- Discúlpame, es que he estado algo nervioso...

- ¿Qué ha pasado Jorge? – pregunto intentando saber qué le ha dicho Clara.

- Pues... ¡lo que tenía que pasar! – exclama apesadumbrado – me he quedado sin trabajo y todo se ha ido a la mierda.

- Pero, ¿por qué? – pregunto con tristeza - ¿no había otra solución?

- No, Cloe – me dice mirándome fijamente a los ojos con un semblante más serio que nunca – esta es la única solución: te vas a ir a casa, acabarás el Bachillerato, buscarás a un chico de tu edad y te olvidarás de mí, ¿de acuerdo? – añade irónicamente como si todo le diera igual.

- ¿Qué? – pregunto casi sin voz y entre lágrimas.

- Los dos sabíamos que esto no iba a funcionar y al final uno tenía que acabar jodiéndose la vida, y he tenido que ser yo – responde tajante.

- Pero, ¿no entiendes que sin ti mi vida se va a joder igualmente? – exclamo entre lágrimas.

- Tranquila, eres guapísima, inteligente y joven; encontrarás a alguien mejor con quien no tengas que esconderte por los rincones – me dice con total seriedad y extremadamente frío.

- ¿Estás dejándome? – le pregunto confundida.

- Estoy acabando con algo que nunca debió empezar Cloe – contesta con el mismo tono de seriedad – estoy seguro de que vas a ser feliz sin mí.

- ¿Tienes idea de todo lo que he hecho por estar contigo? ¡Mi madre no me habla y mi hermano me odia! – exclamo cabreada y triste a la vez – Ojalá algún día pudiese querer a alguien un cuarto de lo que te he querido a ti...

- ¿Crees que yo no he perdido suficientes cosas también por estar contigo? – contesta cabreado - No me pesan, porque ha sido muy bonito, pero creo que esto es lo mejor para tu futuro y para el mío – añade con total convencimiento.

- ¡Eres un cobarde de mierda! No te atreves a admitir que solo piensas en tu futuro al tomar esta decisión – respondo enfurecida – me dejas porque tienes miedo de que no vuelvan a contratarte en ningún otro sitio por lo nuestro, y sobre todo tienes miedo de enfrentarte a una vida con alguien como yo.

- ¿Alguien cómo tú? – pregunta en tono confuso.

- ¡Sí! Alguien que no viva preocupado por el qué dirán, ni por llegar a fin de mes o encontrar un buen trabajo – le digo indignada – porque a mí lo único que me importa es despertarme contigo cada día

el resto de mi vida, sea aquí o debajo de un puente, ¡me da exactamente igual mientras sea contigo! Pero ya veo que tú no te atreves a vivir una vida así... - añado levantándome del sofá y cogiendo mi bolso para marcharme.

- Lo siento, Cloe – responde apesadumbrado – prefiero que pienses eso de mí y que seas feliz...

- Jamás voy a poder ser feliz sin ti, Jorge – le digo algo más calmada pero aún con las lágrimas en la cara – aunque tú prefieras que esto sea así, te aseguro que aunque pasen años, yo siempre estaré esperándote...

Me doy media vuelta y camino hasta la puerta con la esperanza de que me siga para pedirme que me quede, pero no lo hace. Sin siquiera decir adiós, abro la puerta y salgo cerrándola de un portazo a mi espalda para irme directa al ascensor. Cuando se abren las puertas en la primera planta, me echo a correr hasta la boca del metro, y una vez más, al llegar a las escaleras de la entrada, me siento y agacho la cabeza entre las manos para llorar. Esta vez con más ganas que nunca, siento que me han quitado todo lo que le daba sentido a mi vida; no puedo vivir sin Jorge, sin sus risas, sus besos y sus caricias. Sin saber que estará a mi lado cuando más lo necesite y que podré correr a refugiarme en sus brazos cuando algo vaya mal. No sé qué voy a hacer ahora con mi vida...

Cuando llego a casa ya estoy algo más calmada, abro la puerta y veo a mi madre apoyada en el bastidor de la cocina con los ojos fijos en mí.

- ¿Se puede saber a dónde has ido? – pregunta con un notable enfado.

- A terminar con tus problemas – respondo cabreada.

- ¿Perdona? – pregunta confundida.

- Sí, mi relación con Jorge ha acabado, ya puedes vivir en paz – respondo enfadada y el semblante le cambia por completo.

- Hija, yo solo quiero lo mejor para ti y para tu hermano... - contesta con nostalgia.

- ¿Lo mejor para mí? – pregunto irónica y ella asiente - ¡Te diré lo que es mejor para mí! Ver a Jorge llegar cada mañana con la mejor de las sonrisas porque era feliz al verme, poder refugiarme en él cuando tenía un problema y sentirme la persona más feliz de la tierra cada vez que estaba a su lado – añado con los ojos llorosos - ¡Eso era lo mejor para mí! Pero por lo visto nadie puede entenderlo...

- Cariño... - contesta mi madre.

Ni siquiera dejo que termine, en seguida subo las escaleras y me encierro en mi cuarto a llorar de nuevo; esta vez cierro la puerta con llave, porque no quiero ver a nadie, me quiero morir en este mismo momento. Me siento tremendamente decepcionada con Jorge, es un cobarde que no se atreve a arriesgarlo todo por mí, pero yo no supe darme cuenta, así que también me siento decepcionada conmigo misma por ello y por pensar que tal vez Penélope tenía algo de razón en sus palabras... Definitivamente, lo único importante en mi vida a partir de ahora serán mis estudios; no pienso dedicar un segundo más a sufrir por ningún tío, aunque dudo mucho que pueda olvidarle tan fácilmente. Me había imaginado una vida con él, y ahora tendré que borrar de mi mente esa imagen y volver a la vida que tenía antes de que él irrumpiera en mis planes...

Llegada la noche, me siento cansadísima de tanto llorar, tengo los ojos hinchados y las mejillas rojas, así que me voy al cuarto de baño para darme

una ducha y bajo a por un vaso de leche. Al subir veo que la puerta de la habitación de mi hermano está medio abierta, y aprovecho para hablar con él. Doy dos toquecitos con los nudillos y entro.

- ¿Se puede? – pregunto tímidamente.

- Sí, pasa – contesta muy serio, aún enfadado conmigo. Entro, dejo el vaso de leche sobre su escritorio y me siento a su lado en el sofá para hablar con él.

- Lo siento... - le digo - ¿podrás perdonarme?

- Creo que podría hacer un esfuerzo – me contesta irónico con media sonrisa. Sé que en el fondo me quiere tanto como yo a él.

- No te preocupes, ya no estoy con Jorge así que no volverás a tener problemas, te lo prometo – respondo – y si alguien vuelve a decirte algo prométeme que me lo dirás para ir a meterle una paliza – añadido entre risas.

- Te lo prometo – contesta riéndose - ¿de verdad que ya no estás con Jorge?

- De verdad.

- ¿Estás bien? – pregunta compasivo sacando su lado más tierno.

- Sí, tranquilo – respondo intentando no derrumbarme – se me pasará – añadido sonriente revolviéndole el pelo y él me da un abrazo – ahora, ¡sigue estudiando! ¡Que ya queda menos para las vacaciones!

Me levanto del sofá, le doy un beso en la frente, cojo mi vaso de leche y salgo dejándole allí con su libro de ciencias. Me voy a mi cuarto, abro el ordenador e inicio una conversación a cuatro por Skype con las chicas. Necesito desahogarme y contarles lo que ha pasado, porque necesito el apoyo

de alguien en estos momentos, aunque solo sea a través de internet...

11.

Un mes y medio más tarde...

- ¡Sí! ¡Por fin! – exclama Alex dando un salto al salir por la puerta del instituto - ¡Que le den al instituto!

- ¡Alex! – exclama Nora reprendiéndole, él se ríe y se acerca a ella para abrazarla.

- ¡Menos mal! Pensé que esta tortura no acabaría nunca – contesta Daniela sacando su teléfono móvil.

- Pues aún queda lo peor... - añade Fabio poniendo los ojos en blanco.

- ¡Venga! No será para tanto... - dice Carlota.

Hoy nos han entregado las notas de Bachillerato, en realidad hace dos días que acabaron las clases, pero debíamos volver a por el boletín. Hemos aprobado todos con unas notas medianamente buenas, aunque algunos menos que otros, pero ninguno se ha quedado atrás, por lo que hemos decidido que iremos al parque de atracciones a pasar el día para celebrarlo. Hace un mes y medio que no he vuelto a saber nada de Jorge, ni siquiera he querido pedirle a Daniela que le pregunte a Marc por él porque sé que me pondré mal, y por suerte, he conseguido ser fuerte y centrar todos mis esfuerzos en los estudios para tratar de olvidarme de él. La verdad es que ha sido un esfuerzo un poco inútil, porque aún sigo pensando cada día en volver a su casa y abrazarle, pero cuando ese pensamiento me viene a la cabeza trato de eliminarlo con cualquier distracción, a pesar de que al principio lo pasé bastante mal. Ha venido una sustituta como nueva profesora de Lengua, una chica aún más

joven que Jorge y contra todo pronóstico, ha sido muy simpática con nosotros y ha encajado perfectamente, pero no tanto como él; las clases no han sido iguales, y venir cada día al instituto sabiendo que no le vería se me ha hecho cuesta arriba... afortunadamente, ya no tendré que volver a este sitio, aunque me produce mucha nostalgia, porque me llevo unos recuerdos preciosos de este lugar.

- ¡Venga! ¡Que se nos hace tarde! Y aún nos esperan cuarenta minutos en autobús – exclama Fabio desesperado por llegar al parque de atracciones.

Hace tiempo que no vamos todos juntos, y me hace mucha ilusión pensar en que lo pasaremos tan bien como cuando solíamos ir más a menudo, a pesar de que Nora y Carlota son unas miedicas que acaban siempre por esperarnos fuera de las atracciones, ¡pero esta vez las obligaré a subir!

Al bajarnos del bus me pongo un poco nostálgica porque me viene una oleada de recuerdos a la mente de la última vez que estuve con Jorge en este lugar y lo pasamos de maravilla juntos...

Son las dos de la tarde, así que nos vamos directamente hasta un restaurante de comida rápida que hay dentro del parque para comer algo.

- ¡Eh! Vosotras dos, sabéis que os vais a montar en todo, ¿verdad?
– les digo a Carlota y Nora cuando acabo de comerme mi hamburguesa.

- ¡Eh! ¡Que yo no te he obligado a nada! – exclama Nora enfadada.

- ¡Déjanos! Iremos a nuestro ritmo... - añade Carlota y los demás nos reímos.

- Creo que deberíamos ir primero a las atracciones más tranquilas – dice Alex – si no terminaremos echando la pota acabados de comer –

añade riéndose.

- ¡Tienes razón! ¡Aunque mi estómago es fuerte! – dice Fabio enseñando su bíceps marcado.

- ¡Buah! El machote... - responde Carlota a su chico y él la abraza y la besa en la mejilla dejándonos a todos perplejos, incluida ella. Fabio no suele tener muestras de cariño en público, pero supongo que está tan eufórico por haber acabado el insti que hasta ha cambiado sus manías.

Cuando terminamos de comer, nos levantamos con mucha calma y empezamos a caminar hacia la zona de las atracciones tranquilamente para dejar tiempo a que nuestros estómagos hagan la digestión. Los chicos van delante hablando de fútbol, y nosotras nos quedamos un poco más atrás con nuestras cosas.

- Cloe, tengo que contarte algo – me dice Dani con un tono serio.

- ¿Qué pasa? – le pregunto asustada.

- Pues... ayer Marc me invitó a comer a su casa para que conociera a sus padres – responde sonrojada – y Jorge también estaba allí.

- Ah, ¿sí? – respondo irónica como si me diera igual – estaba con Penélope, ¿verdad? ¿es eso lo que me quieres decir? Suponía que había vuelto con ella...

- ¡Oye qué te pasa! – exclama enfadada - ¿me puedes dejar que acabe de hablar?

- ¡Sí, sí! – exclamo haciéndome la asustada – perdona, perdona.

- No, ¡no ha vuelto con Penélope! – exclama y siento un alivio enorme en mis adentros. La posibilidad de que hubiera vuelto con ella

me revolvió las tripas desde hace tiempo – está hecho una mierda, si te digo la verdad... Tiene pinta de que hace semanas que no se afeita y lo peor es que no habla, ni se ríe. Para lo único que abrió la boca fue para preguntarme cómo estás, pero noté que mi presencia le recordaba muchísimo a ti...

- ¿Te preguntó por mí? – pregunto asombrada.

- Sí, y la verdad es que se alegró muchísimo cuando le dije que habías sacado buenas notas – me dice – fue la única vez que sonrió durante todo el día.

- Entonces... ¿aún se acuerda de mí? – pregunto nostálgica.

- ¡Joder tía! – exclama Carlota a mi izquierda - ¿cómo se va a olvidar de ti después de todo lo que has sido en su vida?

- Bueno... si fue tan egoísta como para dejarme no creo que haya significado mucho para él – respondo hablando desde mi orgullo.

- Tal vez se equivocó o se ha dado cuenta de que hizo las cosas mal – añade Nora, siempre intentando buscar una solución a todo.

- No lo creo... no he sabido nada de él desde hace un mes y medio – respondo – si de verdad le sigo importando ya habría venido corriendo a buscarme, o al menos me habría escrito para saber cómo estoy.

- Tal vez... pero yo solo te digo lo que vi – responde Daniela – y lo que yo vi fue a una persona que aún sigue enamorada...

- Lo dudo... - contesto sin dejar que las palabras de Dani me creen falsas ilusiones – aunque por lo que veo tú sí que lo estás, ¡por fin habéis formalizado la relación! – añado con una pequeña sonrisa

traviesa y Daniela empieza a ponerse de nuevo roja como un tomate.

Seguimos caminando y mi intento de cambiar de tema funciona ya que empezamos a hablar de la relación de Dani y Marc, no quiero joderme nuestro día pensando en Jorge ni en si me echa o no de menos. Lo que está claro es que tanto no me necesita si no ha sido capaz de volver a buscarme, aunque como le dije, yo estaría mil años más esperándole...

Llego a casa sobre las ocho, rendida de estar todo el día caminando e incluso me duele la tripa de tanto reírme, ¿o quizá sea por haber subido a las atracciones después de comer? ¡No lo sé! El caso es que me voy a dar una ducha caliente para tomarme un vaso de leche y acostarme a dormir. Cuando abro la puerta de la entrada, mi madre está esperándome apoyada en el bastidor de la cocina con una gran sonrisa; supongo que está esperando a que le enseñe el boletín de las notas.

¡Ah, sí! Ya hemos vuelto a hablarnos, aunque aún guardo un poco de rencor por lo sucedido, pero he pensado que quizá mi madre solo trataba de advertirme de que Jorge no sería tan valiente por mí como yo lo fui por él.

- Hola, mamá – la saludo con un abrazo.

- ¡Felicidades cariño! – exclama sonriente.

- Gracias – le respondo entregándole el boletín que llevaba guardado en mi bolso todo el día.

- ¿Qué tal ha ido el día? ¿Lo habéis pasado bien? – me pregunta interesándose por mi estado de ánimo.

- ¡Si! Hemos conseguido que Nora y Carlota subieran a la montaña rusa, ¡aunque se han muerto de miedo! – respondo riéndome al acordarme y a mi madre se le contagia la risa – ¡solo les faltó llorar!

- Me alegro de que lo pasarais bien, pero ahora ¡empieza lo importante! – exclama refiriéndose a la selectividad.

- Si... - respondo agobiada dejando la risa – voy a ducharme y acostarme, que mañana tengo que empezar a estudiar de nuevo...

12.

Dos semanas más tarde...

- ¡Buah! ¡Qué fuerte! ¡Ahora sí que se ha acabado todo! – exclama Daniela saliendo por la puerta de la universidad dónde acabamos de hacer los exámenes de la selectividad. Por un momento me imagino mi año siguiente estudiando ahí y siento unos pequeños nervios en mi estómago pensando en empezar ya.

- Creía que no acabaría el examen de química... voy a suspenderlo – responde Nora.

- ¡No empieces a agonizar! – exclamo – Sabes que lo aprobarás sin problema.

- A mí no me resultó tan difícil, la verdad – añade Alex que lleva un brazo por encima de los hombros de su chica.

- ¿Qué más da? ¡Lo importante es que somos libres! – exclama Fabio y empieza a corretear por toda la calle como un loco. Carlota empieza a correr detrás de él gritándole e intentando pararle porque le da vergüenza que la gente lo vea así, pero la verdad es que la escena es de lo más graciosa y los demás nos partimos de risa.

- ¿Hacemos algo esta noche para celebrarlo? – pregunta Daniela con ganas de fiesta.

- Uf... yo creo que en cuanto llegue me acostaré a dormir y no me pienso levantar en un par de días – respondo entre risas. Han sido dos semanas agotadoras, estudiando día y noche, y a mi cuerpo le está

pasando factura el cansancio.

- ¡Qué aburrida! – contesta Dani.

Al final nadie se anima a seguirle el ritmo; estamos todos agotados y con ganas de llegar a casa y dormir.

Cuando entro en casa, mi madre y mi hermano ya han llegado; es normal, son las dos y media de la tarde, pero es que la universidad queda un poco más lejos de casa que el instituto. Mi madre ha preparado lasaña, sabe que es mi comida favorita, así que creo que lo ha hecho para darme la enhorabuena. Al entrar en la cocina están los dos ya sentados a la mesa, y en mi sitio hay un pequeño paquetito de regalo.

- ¡Felicidades cariño! – exclama mi madre – te he comprado un detalle, ábrelo.

- Gracias mamá – le digo dándole un beso en la mejilla - ¡qué pasa enano! – saludo a mi hermano revolviéndole el pelo. Luego me siento para abrir el paquete y veo una cajita dentro, le quito la tapa y en el interior hay un colgante plateado con una piedra blanca incrustada; es precioso.

- ¡Gracias mamá! – respondo con una sonrisa y me inclino para darle un beso en la mejilla - ¡me encanta! – añado poniéndome el colgante.

Después de comer, me subo a mi habitación con la intención de tumbarme en el sofá hasta que me duela la espalda de pasar tanto tiempo acostada. Me quito la ropa para ponerme algo más cómodo, enciendo la televisión de mi cuarto y pongo una peli romántica de las que me gustan. Al cabo de unos quince minutos, me llega un mensaje al móvil; es Jorge... ¡parece que sigue vivo!

“Muchísimas felicidades, ya eres libre, ¡por fin! Disfruta de tus merecidas vacaciones y de tus increíbles notas, estoy seguro de que conseguirás ser la mejor periodista del mundo. Un beso”

¡Increíble! Primero me deja, luego se pega dos meses sin dar señales de vida, y ahora me escribe un mensaje para felicitar-me por mis notas, ¿qué se supone que debo hacer? ¿Contestarle como si fuéramos amigos? ¡Buah! ¡Que le den! Llevo semanas esperando una llamada suya, así que ahora que se fastidie porque no le pienso contestar a su mensaje...

¡Mierda! ¡Joder! ¡Puto pepito grillo! Tengo que contestarle, de lo contrario no voy a quedarme tranquila. Le enviaré un simple gracias con una carita sonriente, de forma cordial pero distante. En cuanto pulso la tecla de “enviar”, automáticamente les mando a las chicas una captura de pantalla del mensaje y en menos de un minuto Daniela me está llamando.

- Dime – contesto

- ¡Tía! ¡Te lo dije! Que aún se acuerda de ti – responde eufórica al otro lado del teléfono.

- ¡Bah! Seguro que se habrá enterado de que hoy acabábamos la selectividad y ha querido quedar bien... - contesto restándole importancia.

- No sé yo... - responde – yo creo que quiere volver contigo – las suposiciones de Daniela me producen una risa incontrolable.

- ¡Tía! ¡Deja de ver películas románticas que te están afectando al cerebro! – contesto entre risas.

- Hazme caso, ¡tiempo al tiempo! – responde segura de sí misma.

Esa misma mañana en el despacho de Clara...

- ¡Buenos días Jorge! – saluda Clara - ¡pasa y siéntate! Me alegro mucho de verte de nuevo por aquí.

- Hola, Clara – responde él con media sonrisa – yo también me alegro de estar aquí de nuevo, os he echado de menos.

- ¡Y nosotros a ti! – contesta ella sonriente – bueno... teníamos un pacto, ¿recuerdas?

- Sí, lo recuerdo perfectamente... - contesta él apesadumbrado.

- Te prometí que te devolvería tu trabajo cuando acabara el curso, así que... ¡oficialmente vuelves a ser profesor de este centro! – exclama Clara – te prometo que me costó muchísimo la decisión que tomé, pero no tuve otra salida...

- No te preocupes, no tienes que darme explicaciones – responde él – ha sido lo mejor para todos.

- Tienes razón, Cloe ha acabado la selectividad hoy, y viendo sus notas de bachillerato, dudo mucho que pueda superarlas en la selectividad – responde orgullosa – han sido unos resultados muy buenos.

- No sabes cuánto me alegra escuchar eso – contesta él - aunque nunca dudé de que lo conseguiría – añade sonriente.

- ¡Está bien! – exclama Clara con una sonrisa levantándose de su sillón - Desde mañana mismo puedes volver a tu puesto de trabajo, aunque supongo que debes ir a recoger el parte de alta, pero quiero que sepas que las puertas de esta casa vuelven a estar abiertas para ti –

añade sonriente - Gracias, Clara – responde Jorge con otra sonrisa diferente.

- ¡Ah! Y si de verdad quieres a esa chica, sigue luchando por ella ahora que ya puedes hacerlo – le contesta Clara con un tono de complicidad.

Dos días después...

¡Por fin! Ha llegado el ansiado dieciséis de junio, el día en que cumplo dieciocho años. La verdad es que ayer me acosté pensando en que al levantarme me sentiría mayor o diferente, pero sigo exactamente igual que anoche; mi pelo rubio en su sitio, mis ojos color miel siguen sin cambiar de color y por suerte, los años no me han traído un puñado de arrugas ni canas de regalo. Hace dos meses habría deseado con ilusión que llegara este día más que nada en el mundo, pero ya me da igual; aunque pueda sacarme el carnet y beber de manera legal, todo eso ya no me importa. Yo lo único que quería era ser mayor de edad, para poder pasear con Jorge de la mano por la calle sin tener que escondernos y sin que nadie nos juzgara por querernos, pero ahora ya nada de eso tiene sentido, es un día como otro cualquiera. Además, seguro que ni se acuerda de que hoy es mi cumpleaños...

Me siento en la cama evitando caer en ese bucle de pensamiento y cojo mi teléfono móvil para leer todos los mensajes de felicitaciones que me han enviado; las chicas, mi familia, gente del instituto, amigos de los campamentos de verano, incluso algún que otro rollo esporádico que tuve antes de estar con Alex... al fin y al cabo, no estoy tan sola el día de mi cumpleaños. A decir verdad, las chicas y mi madre me han preparado una fiesta sorpresa en mi jardín para este mediodía. Se supone que no lo sé, pero mi hermano tiene un serio problema para guardar secretos que creo que es

hereditario, porque yo padezco del mismo mal. En teoría, mi madre me mandará al centro para que recoja un vestido que ha mandado a pedir, y en lo que voy y vengo se supone que los chicos y mi familia vendrán a preparar las cosas y que todo esté listo cuando yo llegue. Me levanto de un saltito al pensar en que lo bueno del día de hoy es que recibiré regalos, y me pongo de lo más contenta sabiendo que podré estrenar ropa nueva mañana mismo. Bajo las escaleras, entro en la cocina y veo que mi madre me ha preparado el desayuno; un café con tostadas y una pequeña velita encima para que la sople.

- ¡Feliz cumpleaños cariño! – exclama mi madre sonriente y se acerca para abrazarme.

- ¡Gracias mamá! – respondo con una sonrisa.

- ¡Felicidades! – exclama mi hermano entrando por la puerta de la cocina con una especie de serpentina que me lanza encima. Creo que hace bastante rato que está despierto, de lo contrario no tendría esa alegría en el cuerpo ni de broma.

- ¡Gracias enano! – respondo dándole un abrazo.

- ¿Qué se siente al ser mayor de edad? – pregunta mi hermano interesado, y mi madre y yo nos reímos a carcajadas.

- Lo sabrás cuando te llegue tu momento, que ya queda menos – respondo pasándole la mano por su pelo rubio y alborotado.

- ¡Venga! A desayunar que se enfría y tu hermana tiene que ir a por mi vestido – dice mi madre en un nulo intento de disimular. Mi hermano, que ya me ha contado la sorpresa, me mira y suelta una pequeña risita sin que mi madre se dé cuenta.

Desayuno con tranquilidad y luego subo a mi cuarto para prepararme. Me

pondría cualquier cosa pasable, pero ya que es el día de mi cumpleaños debo estar guapa, así que saco mi vestido turquesa favorito, que destaca especialmente con el moreno que he podido pillar estos dos días atrás en el jardín de mi casa, y lo cuelgo en el armario para ponérmelo en cuanto salgo de la ducha. Me seco el pelo, lo alboroto un poco para que coja forma, algo de brillo en los labios ¡y lista!

Bajo las escaleras, le pido a mi madre el ticket para recoger el vestido y salgo de casa. Hace un precioso día de verano, el cielo está completamente despejado, y para ser dieciséis de junio en Madrid, corre una suave brisa fresca. Al cerrar tras de mí la puerta del jardín, cojo aire profundamente y sonrío; tengo la sensación de que piso la calle de una manera diferente, quizá será que me creo mayor por haber cumplido los dieciocho... Saco de mi bolso los auriculares y busco una lista de Spotify que me motive, aunque trataré de ir lo más despacio posible para darles tiempo de preparar todo. Llego hasta boca del metro, y por una vez no corro para pillar el primero que pase, me dejo llevar con calma entre la gente que camina a toda prisa a mi alrededor como si no pasara el metro cada cinco minutos.

Después de haberme recorrido todas las tiendas del centro solo para hacer tiempo, vuelvo hasta la parada de Sol para regresar a casa ya con el vestido de mi madre en la mano. Cuando voy llegando a la puerta, veo algunos de los coches de mis tíos y el de mis abuelos y no puedo evitar reírme sola como una idiota, ¡si es que no saben preparar una sorpresa! Me paro para practicar mi cara de sorprendida, saco la llave del bolso y la introduzco muy despacio en la ranura para luego girarla lentamente hacia la derecha.

- ¡Sorpresa! – exclaman todos a la vez cuando abro la puerta del todo.

No sé ni cuantas cosas me han lanzado; globos, serpentinas, confeti...

sabía que había una fiesta sorpresa, pero no puedo evitar emocionarme al verles allí a todos juntos por mí. Me quedo parada en la puerta durante un momento y Daniela se acerca hasta mí para cogerme del brazo y meterme dentro del jardín. Ha venido todo el mundo; mis tíos, mis primos, mis abuelos, los chicos... ¡incluso Marc está aquí! Al verle me cambia un poco el semblante, intento no venirme abajo, pero no puedo evitar que su cara me recuerde muchísimo a Jorge...

Dejo sobre una silla el vestido de mi madre y empiezo a saludarles uno a uno agradeciéndoles que hayan venido. Carlota y Dani se acercan hasta mí y me colocan una especie de collar hawaiano de colores y una corona plateada de plástico. Al mirar a los lados veo que hay de todo; tarta, golosinas, mis regalos a un lado... ¡incluso dos enormes globos rosas formando un dieciocho! Mi abuela está a punto de estrujarme cuando le doy un beso, pero me encanta que me abrace. Cuando mi padre nos abandonó, mis abuelos se convirtieron en unos segundos padres para mi hermano y para mí, y si no hubiera sido por ellos, no sé qué habría sido de nosotros. Después de la ronda de besos, empezamos todos a picar entre la enorme cantidad de comida que han preparado y me acerco hasta mi hermano.

- ¡Nadie nos ha pillado! – le digo en voz baja.

- Formamos un buen equipo – responde orgulloso masticando una chuche.

Cuando acabamos de comer, Pablo entra en casa, sale con mi ordenador portátil en una mano y la tele pequeña en otra, sujetando entre los dedos como buenamente puede, el cable que funciona para conectar ambos.

- ¿Qué haces? ¡Qué vas a romper algo! – exclamo desde mi asiento observando que se le puede caer mi Mac de las manos.

- ¡Deja que yo te ayudo! – le dice Alex y se levanta a ayudarlo.
- ¡Te hemos preparado una sorpresa! – exclama Carlota.
- ¿Otra? – pregunto sorprendida.
- ¡Te va a encantar! – añade Dani sonriente.
- ¡Ey, ey! Que, si te encanta, que sepas que el curro me lo he pegado yo – dice Nora orgullosa.

Cuando Alex y mi hermano consiguen conectar la tele y el ordenador, después de ocho mil intentos para que se vea, Nora se levanta, pone su pendrive en el ordenador, abre una carpeta en la cual hay solamente un video y le da al play.

Es un video hecho con muchas fotos y pequeños vídeos de nosotras cuatro desde que éramos pequeñas, y de fondo se escucha “Siempre estaré ahí” de Maldita Nerea. Dura apenas tres minutos, pero a medida que va avanzando el video, las cuatro nos ponemos a llorar como tontas viendo recuerdos de todos estos años, y cuando miro a mi madre veo que también se le sale alguna lagrimilla. Ahora mismo me doy cuenta de lo afortunada que soy al tenerlas a ellas en mi vida, en once años de amistad siempre hemos estado ahí para las demás, tal y como dice la canción, y no hay mayor suerte que esa.

Cuando el video acaba, me levanto de la silla secándome las lágrimas y riéndome a la vez, me acerco hasta ellas y nos abrazamos las cuatro en un abrazo colectivo muy cursi.

- ¡Muchísimas gracias chicas! – exclamo aun secándome los mofletes - ¡me ha encantado!
- ¡Venga! ¡Ahora a abrir los regalos! – exclama mi madre de lo

más contenta dirigiéndose a la mesa dónde están colocados los regalos.

Me coge del brazo y me sienta en una silla en el centro del jardín, junto a la mesa con los paquetes para ir dándomelos uno a uno. Empiezo a abrirlos poco a poco y encuentro de todo: ropa, zapatos, una agenda para ir a la universidad y... ¡la matrícula de la autoescuela pagada! Apuesto lo que sea a que este regalo es de mis abuelos.

- ¡Muchísimas gracias! – respondo emocionada – habéis sido vosotros, ¿verdad? – les pregunto mirándoles a los dos.

- Cariño, algún día tendrás que ir a la residencia a por tu abuela, ¿no? – pregunta mi abuela irónicamente entre risas. Me acerco hasta ellos y les doy un enorme abrazo, pero mi madre no para de darme paquetes y vuelve a sentarme en la silla de nuevo hasta que no me queda ninguno por abrir.

Me levanto y vuelvo a besarles a todos, uno por uno, para agradecerles los regalos. Pero cuando estoy abrazando a mi tía, noto que mi madre se acerca por detrás y me pone la mano sobre el hombro para decirme algo.

- ¿Qué pasa mamá? – pregunto girándome hacia ella.

- Aún no te he dado mi regalo – me dice en voz baja con un tono algo nervioso.

- ¿No era uno de todos esos? – pregunto confundida. Siempre suele regalarme ropa por mi cumpleaños, así que supuse que algo de lo que abrí era suyo, pero tal vez haya querido darme algo especial porque cumplo dieciocho.

- No, espera aquí – me pide con una risa nerviosa entre el bullicio de los demás que siguen hablando entre ellos - ¡ahora verás!

Se gira con una sonrisa y camina hacia la puerta de la entrada con la intención de traer algo que hay afuera y yo le sonrío con cara de confusión sin saber qué va a hacer. Solo espero que no se le haya ocurrido comprarme un coche, porque aún me quedan meses para sacarme el carnet...

Cuando mi madre abre la puerta del jardín, me quedo blanca como la pared que está detrás de mí y se crea un tremendo silencio, a excepción de los gritos de mis primos jugando a un lado del césped.

- ¡Ostias! – exclama Carlota en voz baja al ver lo mismo que estoy viendo yo. Los demás no dicen nada, se quedan inmóviles en el mismo lugar en el que están mirándose unos a los otros.

Jorge está parado delante de la puerta de mi jardín mostrando su increíble sonrisa al verme; lleva un vaquero azul marino, una camisa de botones celeste, notablemente algo más delgado y su barba vuelve a estar perfectamente recortada al milímetro en sintonía con sus patillas. Observo que lleva una especie de pequeña carpetita blanca en la mano, pero mi mirada se centra directamente en sus ojos y en su blanca sonrisa. Hace dos meses que no sé nada de él; al verle de nuevo he vuelto a sentir cómo si me diera un vuelco el corazón e instintivamente se me dibuja media sonrisa en la cara y se puede notar la emoción en mis ojos.

- Entra, por favor – le pide mi madre desde adentro y él asiente.

Al entrar, Marc se acerca para saludarle con un abrazo y los chicos hacen lo mismo para que no se sienta apartado entre tanta gente desconocida y así romper el hielo. Mis tíos y mis abuelos vuelven a sus conversaciones después de percatarse de que es alguien conocido para nosotros, pero yo sigo ahí parada sin saber qué hacer, hasta que por fin se acerca a mí y se queda a varios centímetros de mi cuerpo para mirarme fijamente a los ojos.

- Feliz cumpleaños – me dice dándome un beso en la mejilla. Siento como la energía vuelve a recorrerme todo el cuerpo, como si hubiera estado sin vida todo este tiempo desde que me besó por última vez.

- Gracias... - respondo tímidamente cuando se aleja de mi mejilla ruborizada.

No soy consciente de lo que pasa a mi alrededor, pero supongo que mi familia debe de estar preguntándose quién es, y las chicas estarán ansiosas porque pase algo interesante. Giro la cabeza hacia ellas y efectivamente, solo les falta dar saltitos de alegría y palmadas. Tierra trágame... ¡odio ser el centro de atención!

- Podéis entrar adentro, si queréis – me susurra mi madre acercándose un poco a mí.

- Sí, claro... - respondo casi sin voz. Sonrío y le doy a Jorge la mano para que me siga hasta el salón, sintiendo en mi mano el tacto cálido de su piel.

Una vez dentro, me siento en el sofá y él se sienta a mi lado dejando al otro lado lo que traía en la mano. Estamos solos y ya no hay ningún tipo de ruido de fondo, pero durante algunos segundos nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos en silencio absortos el uno en el otro como si no nos hubiéramos visto en años; al menos eso es lo que me han parecido a mí estos dos meses...

- Bonita casa – me dice sonriente para tratar de romper el hielo.

- Gracias – contesto con media sonrisa entornando la cara - ¿qué te trae por aquí? – le pregunto confundida.

- Bueno, no podía perderme un día tan especial... - responde

sonriente.

- Pues... muchas gracias por venir – contesto – ha sido toda una sorpresa.

- Cloe... no te imaginas cuánto te he echado de menos – me dice pasando una mano por mi pelo, pero yo la agarro y la aparto.

- Llevo dos meses sin saber nada de ti, ni siquiera te has dignado a enviarme un mensaje para preguntarme como estoy – respondo indignada - ¿pretendes que me crea que me has echado de menos?

- No, no pretendo que me creas, pero es la verdad... – responde con un semblante triste – no podía llamarte, ni verte, ni saber nada de ti, porque eso solo hubiera significado perjudicarte.

- ¿Perjudicarme? – pregunto confundida - ¿crees que al dejarme no me perjudicaste? ¡me costó semanas poder acostumbrarme a estar sin ti!

- Lo sé, Cloe, lo sé... y lo siento, pero tenía que hacerlo – responde impotente.

- ¿Por qué tenías que hacerlo? – pregunto de nuevo confusa.

- Clara me pidió que eligiera entre irme del colegio durante un tiempo y dejarte, o echarme a la calle y expulsarte, y yo elegí lo mejor para ti – responde mirándome directamente a los ojos.

- ¿Cómo sé que eso es verdad? – pregunto incrédula.

- Puedes preguntarle a Clara si no me crees... - contesta sin apartar la mirada, lo que me ayuda a pensar que es cierto lo que dice.

Ahora se me aclaran un poco más las cosas: su desaparición repentina, su intento de despreciarme cuando fui a verle, el que no quisiera saber nada más

de mi, pero le preguntara a Dani que cómo estaba... ¿de verdad ha hecho todo esto por mí? Al final Daniela va a tener razón y sí que me seguía queriendo... supongo que, si no fuera verdad, mi madre no le habría permitido entrar en mi casa, ni se habría molestado en venir hasta aquí. Quiero creerle, pero las dudas no dejan de atormentarme... lo pasé muy mal cuando me dejó, y todo este tiempo que he estado sin él, pero ahora que le tengo aquí delante todos esos malos ratos han desaparecido de mi cabeza.

- ¿Por qué no me dijiste nada? – pregunto.

- Porque sabía que si no me alejaba de ti por completo al final acabaríamos juntos de nuevo, y eso solo te traería problemas. La única manera que encontré de que no volvieras a buscarme fue intentar “despreciarte” y que así te olvidaras de mí... – contesta pasándose una mano por detrás de la cabeza.

- Lo de que acabaríamos juntos de nuevo no te lo voy a negar, porque me moría de ganas de volver a estar contigo – respondo con media sonrisa y él me contesta con una igual – pero te funcionó esa táctica, porque te odié durante estos meses...

- Supongo que me lo merezco – me dice con una sonrisa tímida – Cloe, volvamos a intentarlo, por favor – me pide acercándose cada vez más a mí – sin ti mi vida se ha vuelto a convertir en una mierda de rutina oscura y sin alegría, a pesar de que he recuperado mi trabajo, pero sin ti no tiene sentido – añade poniendo sus manos a ambos lados de mi cara – He hecho todo lo posible por alejarme de ti, pero no puedo, porque contigo me siento diferente; contigo me siento vivo de verdad.

Me quedo callada durante un rato, disfrutando de su tacto sobre mis mejillas, pero en cuanto reacciono vuelvo a mirarle de nuevo a sus negros y

profundos ojos que están a punto de echar una lágrima de emoción. Me acerco cada vez más hasta quedarme a medio centímetro de su boca.

- Prométeme que nunca más volverás a separarte de mí – le pido casi entre lágrimas.

- Te prometo que lo único que quiero es pasar todos mis días contigo – contesta con la voz entrecortada – te quiero Cloe, desde el día en que entraste en mi vida no he podido dejar de quererte.

Me acerco del todo hasta unir mis labios con los suyos y nos fundimos en un profundo beso lleno de deseos contenidos durante estos dos meses atrás; la explosión de sensaciones vuelve a hacer acto de presencia en todo mi cuerpo, y me vuelvo a sentir más viva que nunca. Al separar de nuevo nuestros labios, nos quedamos mirándonos y empezamos a reír de la alegría que sentimos en este momento.

- Toma, tu regalo de cumpleaños – me dice girándose para coger el pequeño sobre que traía en las manos y me lo da.

- ¿Qué es? – pregunto confundida – no hacía falta, de verdad – respondo con una sonrisa.

- ¡Ábrelo y verás! – me dice. Impaciente pongo mis manos encima del sobre y lo abro. Son dos pasajes de ida y vuelta durante una semana a Mallorca para el mes de agosto.

- ¿Son para nosotros? – pregunto impactada a la vez que alegre.

- Por supuesto, ¿te gustan? – pregunta ilusionado – ya no tenemos por qué escondernos...

Sin responderle, me acerco a sus labios y me lanzo encima de él para dejarle tumbado sobre el sofá y yo encima suya. No paro de repetirle

“gracias” una y otra vez, y de besarle mientras. ¡Es increíble! Toda mi vida he soñado con ir a Mallorca, y lo mejor es que ya no tengo que pedirle permiso a nadie para ir, porque ya soy mayor de edad ¡y puedo viajar sola! A partir de ahora podremos querernos sin que nadie nos juzgue, porque por fin podemos estar juntos de verdad, sin el miedo a jodernos la vida uno al otro sin pretenderlo. Por fin puedo gritarle al mundo entero que le quiero, que estoy enamorada de él, y que me da igual la edad ¡me da igual todo! Porque en este mismo momento me siento la persona más feliz del planeta.

- ¡Para, para! – me dice riéndose – que como entre tu madre entonces sí que me echa de aquí a patadas, aunque hayamos firmado la paz – responde entre risas.

- ¿Habéis hablado? – le pregunto con una sonrisa.

- Sí, y tranquila, ya sabe lo de tu regalo y está de acuerdo – contesta guiñándome un ojo.

- Ya soy mayor de edad, puedo quererte sin que el resto del mundo me señale con el dedo – le digo satisfecha pasando mis manos por detrás de su cabeza.

- Tienes razón, a partir de ahora podemos ser felices sin tener que sentirnos culpables – responde con una sonrisa.

Al cabo de un rato de besos, volvemos a salir al jardín, y la verdad es que me siento un poco incómoda con la situación a pesar de que estoy encantada con tenerle aquí conmigo. No sé lo que pueda pensar mi familia sobre nuestra relación, pero pensándolo bien, ya no me importa tanto; lo único que me importa es estar con él. Las chicas se ponen de lo más contentas al ver que salimos de la mano y no hace falta que me digan nada, en las sonrisas que les ocupan toda la cara se les nota la alegría.

- Bueno... pues esta es toda mi vida – le digo en voz baja refiriéndome a toda la gente que nos rodea y que siguen enfrascados en sus conversaciones como si el mundo no acabara de pararse ante nosotros.

- Creo que no me va a costar mucho acostumbrarme a una vida así – me contesta con una sonrisa, yo se la devuelvo y nos fundimos en un intenso abrazo.

Al cabo de un rato, ya nos hemos unido a los chicos en la charla para contarles que nos vamos de viaje a Mallorca. En un instante en el que está hablando con ellos sobre la universidad, me quedo embobada mirándole fijamente desde la silla en la que estoy sentada, y me doy cuenta de que cada vez que sonrío yo también lo hago instintivamente, a pesar de que nunca podré hacerle sombra a esa increíble sonrisa.

Sin ninguna duda, Jorge es el hombre de mi vida, con el que necesito despertarme cada mañana; del que me queda mucho por aprender y demasiado por enseñarle, pero estoy segura de que para eso aún nos quedan muchos años por delante, en los que aprender el uno del otro sin tener que volver a separarnos nunca más, y esto es solo el principio de los momentos perfectos que están por venir...